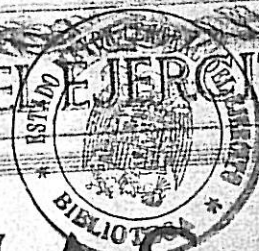


ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

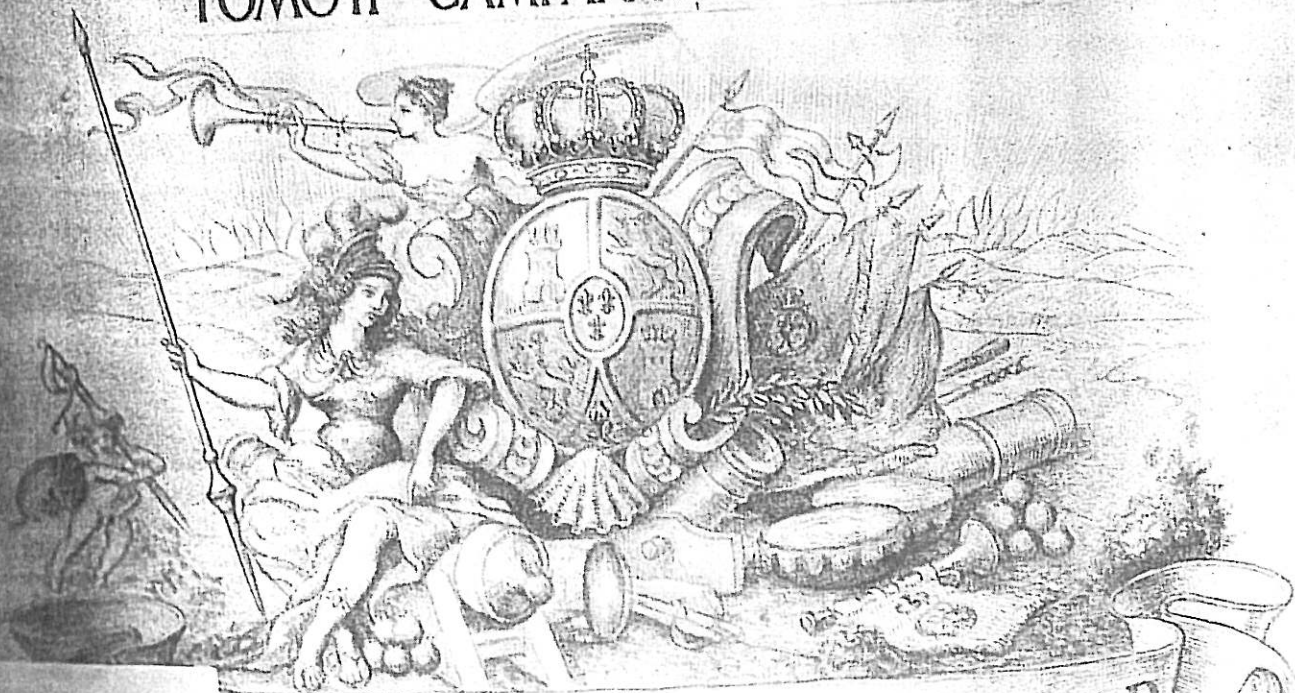


CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII

1793-95

TOMO II - CAMPAÑA DEL ROSELLON



ESTADO MAYOR CENTRAL
DEL EJERCITO

BIBLIOTECA

2596

SERVICIO HISTORICO MILITAR



CAMPAÑA
A FINA

Nº 2.596
Tomo II

EOS
(VIII)

E. M. C. Ejército

BIBLIOTECA

RECIBIDO 3925

ESTADO MAYOR

DEL EJERCITO

BIBLIOTECA

A.

T.

Nº 2596
Tomo II

Campaña en los Pirineos a finales del siglo XVIII

Guerra de España con la Revolución Francesa
1793 - 1795

TOMO II
CAMPAÑA DEL ROSELLÓN

Servicio Histórico Militar
MADRID
1 9 5 1

«RICARDOS POSEYO EL GENIO DE LA GUERRA»

«Después de haber forzado el paso de los Pirineos, si hubiese podido hacer a continuación que dos divisiones marchasen sobre Colliure, se hubiera hecho dueño en poco tiempo de todo el Rosellón y hubiera amenazado al Languedoc.

»Este fué su plan sin duda alguna; pero con 35.000 hombres realizó más de lo que muchos otros en su caso hubieran podido conseguir, no atreviéndose, ni siquiera a intentarlo, con fuerzas superiores.»

LUIS DE MARCILLAC: *Histoire de la Guerre entre la France et l'Espagne (1793-95).*—Campaña del Rosellón.

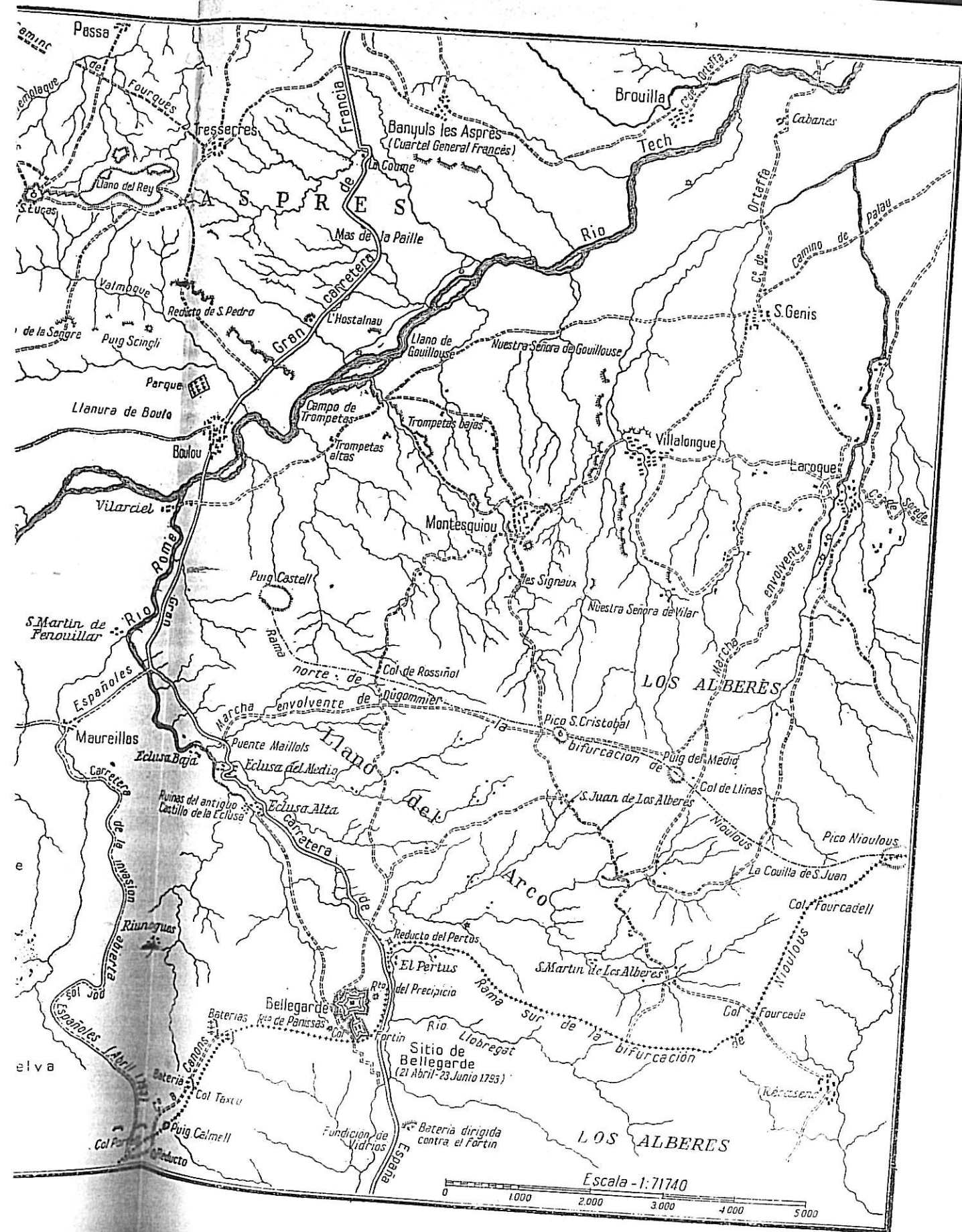
«La impaciencia revolucionaria imaginó la guerra democrática, la irrupción, el arma blanca y los hombres ilustrados, con experiencia, cedieron sus puestos a los ignorantes que, no poseyendo otra cosa más que su fe, seguían confiando en su propio esfuerzo (SEULS ESPERAIENT ENCORE). Espectáculo lamentable, pero lleno de elevadas enseñanzas para quien, de las llamaradas de este caos, sabe entrever la aparición de una fase del todo nueva en el arte de la guerra, de una revolución que precipitaba el desarrollo de las propias extravagancias de sus innovadores sin tradición (QUI N'AVAIENT POINT DE PASSÉ)».

FERVEL: *Campagnes de la Revolution Francaise dans les Pyrenées Orientales.*

«Ni las miras de la Corte de España iban encaminadas a una conquista, y esto bien pudo observarse en la conducta de sus ejércitos, ni desplegó las fuerzas necesarias para tal objeto, pero, aun así, vió su obra coronada con el único resultado a que podía aspirar cuando sus aliados eran vencidos en las demás fronteras: el de una victoria que sorprendió a todos, aun cuando sin razón alguna para ello.»

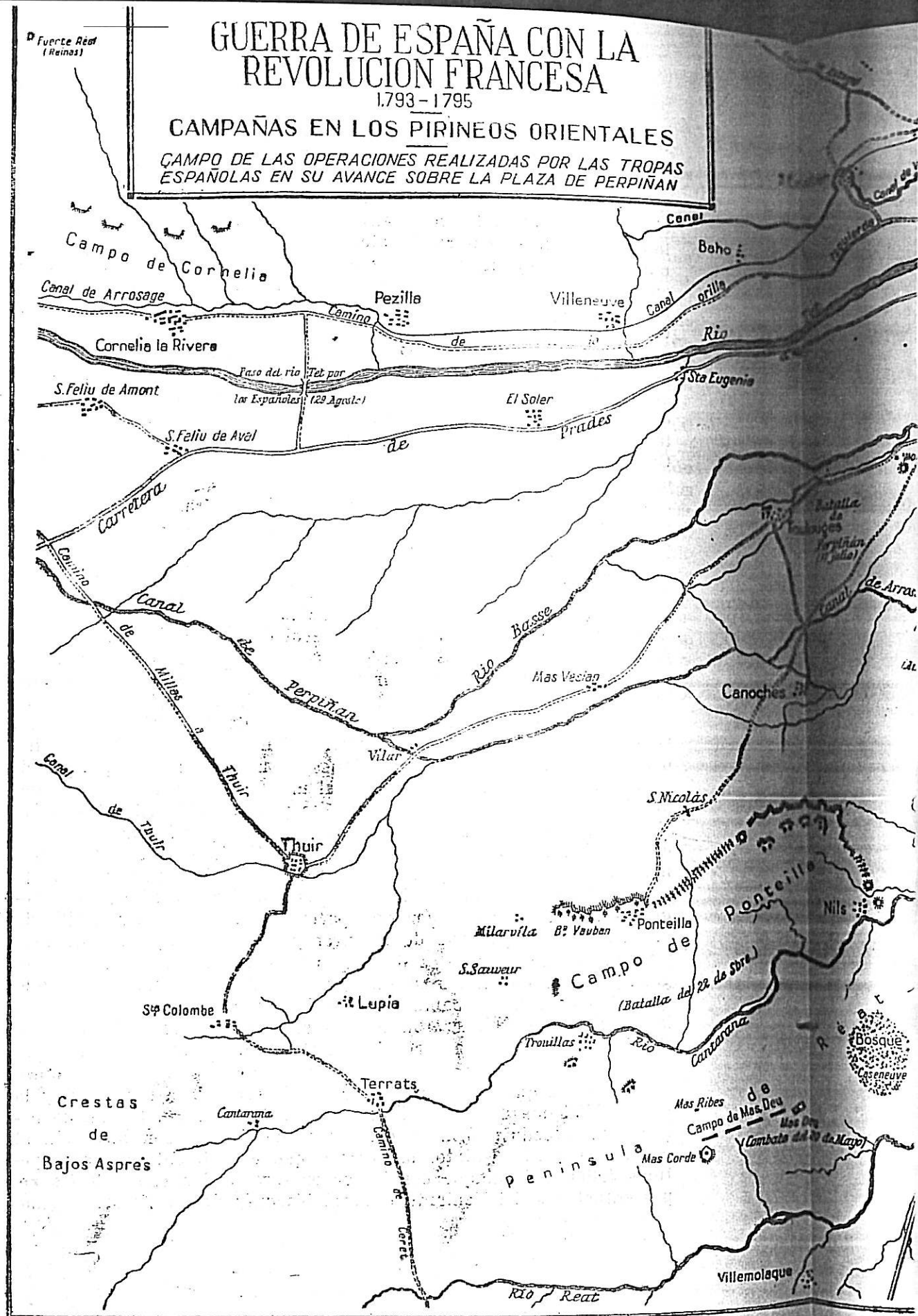
«La campaña de 1793 constituye una de las glorias más puras de la nación.»

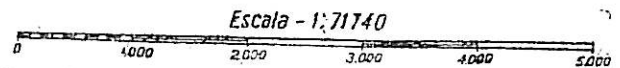
GÓMEZ DE ARTECHE: *Historia del Reinado de Carlos IV.* (Edición 1890.)



1.793 - 1.795

CAMPO DE LAS OPERACIONES REALIZADAS POR LAS TROPAS
ESPAÑOLAS EN SU AVANCE SOBRE LA PLAZA DE PERPIÑAN

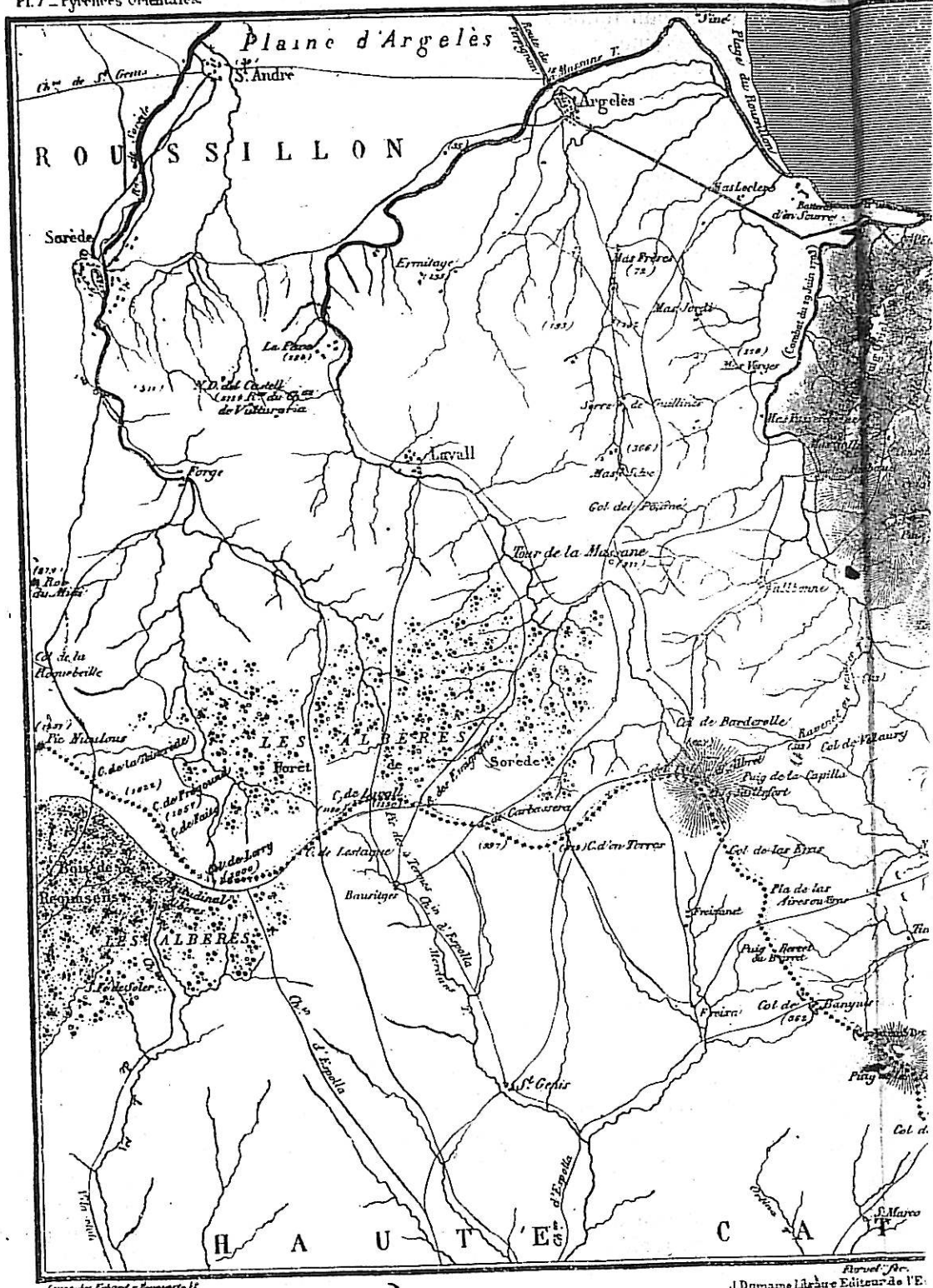




BASSIN DE LA CÔTE

Prise et reprise de St. Elme, Port

Pl. 7. Pyrénées Orientales.



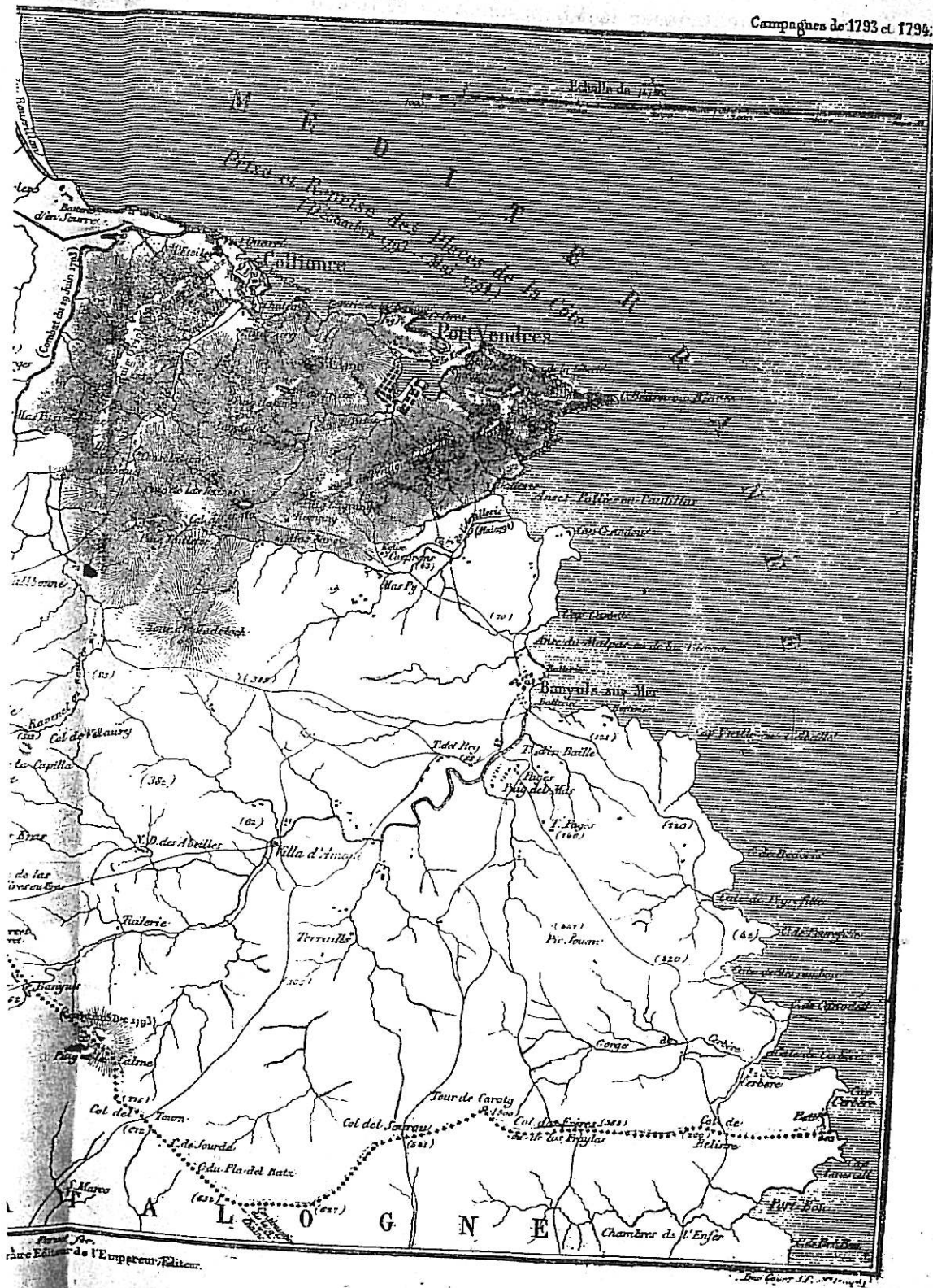
Gravé par E. Bompard.

J. Dumont Libraire Éditeur de l'E.

LA CÔTE FRANÇAISE.

de St. Elmé, Port Vendres, Collioure.

Campagnes de 1793 et 1794.



INTRODUCCION

Desarrollamos y abarcamos en este segundo tomo, de los cuatro que han de constituir nuestra obra, «Campañas en los Pirineos a finales del siglo XVIII (1793-95)», la narración detallada y el estudio crítico de las operaciones militares llevadas a cabo por los ejércitos contendientes de España y de la Revolución Francesa durante el año 1793, en la vertiente norte de la zona oriental de los Pirineos Istmicos, o sea en la comarca del Rosellón; y hemos designado de esta forma la lucha de que tratamos porque no estaba en el ánimo de los españoles enfrentarse en aquella ocasión con la Francia tradicional, sino hacerlo tan sólo contra todos aquellos poderes revolucionarios, profanadores y derrocadores del Altar y del Trono—elementos básicos de la nacionalidad española—, a cuyo amparo y servicio había podido ésta alcanzar las más altas cimas del poderío, tanto militar como político. Al luchar en defensa del Régimen tradicional de la nación vecina, los españoles rendían culto a los supremos ideales de la Religión y de la Patria, así como al de Monarquía, por ellos servidos y mantenidos a costa de toda clase de heroicos y constantes esfuerzos, y de los más abnegados sacrificios.

Estima sinceramente este Servicio Histórico Militar, al publicar el presente trabajo, realizar una valiosa aportación al copioso acervo de la ilustración y de la cultura nacionales, deseando ofrecer, por otra parte, al saber profesional, una fuente de veraz información y apropiado conocimiento. Como exponíamos en la introducción del primer tomo, la guerra de que estamos tratando es un episodio de los más notables y trascendentales en el proceso histórico de la vida española, y sus enseñanzas tienen—aunque pudiera parecer otra cosa—un positivo valor, no ya desde el punto de vista del conocimiento histórico, sino como medios de instrucción y apreciación de su realidad, tanto en su aspecto político como en el militar. Sin duda alguna, no son tan sólo unas cuantas, sino múltiples, las enseñanzas que del estudio crítico de esta lucha pueden sacarse, y muchos, por consiguiente, los principios fundamentales de conducta, de organización y de acción que pueden establecerse, tanto para el momento actual como para las vicisitudes en un futuro, nada propicio por cierto, a la risueña esperanza de una paz universal.

No sería impropio, al llegar a este extremo, hacer una apelación a lo que el testimonio histórico significa en la formación del criterio militar, y de lo mucho que ha representado y representa, en la mentalidad de los hombres llamados al desempeño del mando superior de un ejército, el conocimiento a fondo de la historia militar: «Lisez, relisez les campagnes de Alexandre, Annibal, César, Gustavo, Turenne, Eugenio y Frederic, modelez-vous sur eux. Voilà le seul moyen de devenir grand capitaine et de surprendre les secrets de l'art de la guerre. Votre génie, éclairé, par cette étude vous ferez réjeter les maximes opposées a celles de ces grands hommes.» Es decir, que, para el gran capitán del siglo XIX, el incomparable Napoleón, el único medio de poder llegar a ser un perfecto general en jefe y de apropiarse los secretos del arte de la guerra es el de conocer y profundizar en la lectura de las guerras sostenidas por los más celebrados Caudillos de la Historia. El que aspire a la suprema jerarquía de la Milicia, ha de modelarse en la personalidad de estos grandes capitanes. Y, si esto dice Napoleón, no es extraño que un notable tratadista francés, el mariscal Gauvion de Saint-Cyr, pueda afirmar: «Il faut se former a l'art de la guerre par l'étude approfondie des guerres anciennes et modernes, mais particulièrement de ces dernières.»

Con razón ha podido declarar Rogniat que, «si observadores superficiales, testigos de nuestros combates modernos, deducen, sin un examen serio, que nuestros sistemas de guerra actuales no pueden tener nada de común con los de los antiguos, observadores más exactos hacen constar, en cambio, que aunque la diversidad de los armamentos establezca diferencias esenciales entre los antiguos y modernos métodos de combate, no sucede así en lo que se refiere a los principios fundamentales del arte de la guerra, a la disciplina de las tropas, al reclutamiento de las mismas, a la moral y al estado y aptitudes físicas, así como a otras atenciones propias de la Institución militar.» Ahora bien, no desconocemos que cuantos argumentos de esta clase pudiéramos ofrecer, en apoyo de nuestra tesis, no harían otra cosa que confirmar, una vez más, la exactitud de aquel aforismo que universalmente reconoce ser la Historia *una sabia y auténtica maestra de la vida*.

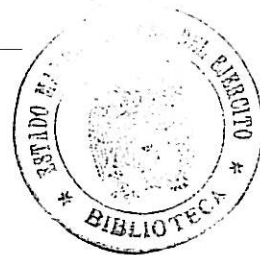
Encargado este Servicio Histórico Militar de cumplir en su totalidad el programa de desarrollo y exposición de materias de que hubo de darse cuenta en el tomo primero, al tratar de los antecedentes generales de esta guerra, ha estimado igualmente ser necesario para llegar a su conocimiento, si no exacto, por lo menos aproximado, del hecho histórico que se considera, iniciar su labor en este segundo tomo con un estudio más concreto y detallado de todos aquellos factores que, de un modo más directo, hubieron de intervenir en la lucha entablada en la comarca del Rosellón.

Con arreglo a este plan de exposición, tenía que ser el terreno, o sea el teatro de las operaciones, el primer objetivo ofrecido a nuestra consideración, y, una vez alcanzado su conocimiento, se imponía conseguirlo, igualmente, con el de los sistemas defensivos que hubieran establecido ambas naciones beligerantes en la zona de la contienda. Las líneas de defensa, las

plazas fuertes, los puntos de apoyo, los puestos fortificados, habían de ser sometidos a nuestro examen. Y así conocido, lo que muy bien pudiéramos llamar el elemento pasivo e inerte de la acción militar, todo cuanto hace referencia a los factores activos o dinámicos, tales como el espíritu de los naturales de las comarcas invadidas, o más directamente interesadas en la lucha, la moral de los combatientes, su instrucción y características personales se imponían igualmente, como objetivo de nuestra investigación, para dejar establecidos los jalones que fijaran el proceso de nuestro estudio a fondo de las operaciones militares de que vamos a tratar.

El carácter eminentemente militar de este trabajo ha obligado a imprimirle una forma especialísima. Y de esta suerte, una vez establecido el cuadro general de clasificación de los hechos, hemos ido siguiendo fielmente el curso de los acontecimientos, según el relato ofrecido por las informaciones, tanto de nuestro diario oficial como de aquellos otros documentales españoles y franceses que pudieran ofrecer mayores garantías de exactitud y acierto, y por obras que, como la del historiador militar francés Napoleón Fervel, constituyen una fuente de información autorizada y provechosa. No desconocemos que este criterio especial de exposición pueda parecer, a algunos de nuestros lectores, como algo que no encaja dentro de las normas que corrientemente presiden el desarrollo de una obra histórica; pero el carácter militar de la presente parece autorizarnos a adoptar un método apropiado, por virtud del cual queden satisfechas a un mismo tiempo las exigencias de la Historia y las del arte de la guerra, en su aspecto doctrinal y preceptivo.

No vacilamos en declarar una vez más que esta guerra de España con la Revolución Francesa, relegada a un olvido injusto y, por otra parte, perjudicial para la exacta interpretación de las causas que determinaron el proceso político de nuestra Patria durante el siglo XIX, es merecedora de un conocimiento más general y más a fondo del que hasta el presente hubiese merecido de la atención, tanto española como francesa. Las transformaciones experimentadas por la opinión pública española durante dicho siglo y lo que llevamos del presente, los amplios horizontes abiertos al pensamiento y a la acción de nuestras actuales generaciones, como consecuencia de la conmoción social que hoy agita al mundo entero y, sobre todo, de las ineludibles consecuencias del hecho trascendental de nuestra guerra de liberación, permiten enfocar este estudio histórico desde puntos de vista que, acaso, en otro tiempo, se hubieran estimado fuera de nuestro alcance. No son solamente razones de orden técnico las que deben movernos al estudio de la lucha de que tratamos, sino otras de carácter mucho más amplio y fundamental.



PARTE PRIMERA

Antecedentes

El Rosellón y La Cerdaña. - El terreno y sus pobladores. - El pasado y el presente. - La historia y la opinión pública. - El ejército. - El Alto Mando en ambos ejércitos. - La organización y los contingentes. - El sistema defensivo francés en los Pirineos Orientales

CAPITULO PRIMERO

El teatro de las operaciones.-Los Pirineos Orientales.
El Rosellón y la Cerdaña

I

Las formas del terreno. - Orografía. - División de la cadena principal y de la zona pirinaica en frentes y sectores diversos



EN la antigua clasificación de los montes Pirineos en dos grandes sectores, Orientales y Occidentales, correspondía a las fuentes del Garona, en el valle de Arán, fijar su punto de separación. Escondido este profundo y pintoresco valle entre las dos ingentes masas del macizo de la Madaletta y del monte Vallier, se imponía considerar al primero, situado al oeste, como origen de los Pirineos Occidentales en su marcha hacia el Atlántico, y al segundo, alzado al Este, como punto de partida de los Pirineos Orientales, en su dirección al Mediterráneo. Así lo establece el historiador Fervel, en su interesante obra acerca de las campañas de la Revolución Francesa en esta parte de nuestra zona fronteriza, guardando una absoluta conformidad con el criterio general de los geógrafos de los siglos XVIII y primera mitad del XIX. La Madaletta y el monte Vallier, con sus formidables altitudes de 3.404 y 2.833 metros, respectivamente, venían a representar, de esta suerte, un papel capital en la clasificación del sistema montañoso que estamos estudiando. Pero como ya expusimos anteriormente en el libro primero, al tratar de la descripción general de la frontera hispano-francesa, esta clasificación en dos grandes partes no corresponde al concepto moderno que establece la división de los montes Pirineos en tres grandes sectores: Occidentales, Centrales y Orientales, en perfecta relación con las tres fronteras: Navarra, Aragonesa y Catalana; creyendo oportuno hacer recordar nuevamente cómo, según veremos, el proceso de las operaciones militares que vamos a estudiar vino a desarrollarse en tal forma que, cada una de las campañas quedó limitada al teatro previamente determinado a cada una de ellas en el plan general de guerra.

Esta clasificación moderna en tres tramos o partes principales resulta tan apropiada a la realidad geográfica que ya el mismo Fervel, dentro de la división general del Pirineo en los dos consabidos grandes sectores, subdividía a su vez al de los Pirineos Orientales en otros dos tramos: el primero, u Occidental, desde el monte Vallier al puig Peyric, y el segundo, desde el Puigmal al Mediterráneo, quedando comprendido entre estos dos altos montes el espacio a través del cual el río Segre se abre paso en su marcha hacia el Ebro, después de regar los campos de la Cerdaña y correr a lo largo del valle, en donde tiene su asiento la plaza de Seo de Urgel. El espesor del primer trozo, comprensivo de la frontera Aragonesa, es de constitución tan abrupta que no cabe intentar, a través suya, el traspaso de la cresta montañosa, siendo tan

marcada esta dificultad que, sin temor a caer en exageración, puede afirmarse supera a la presentada por los propios Alpes, no obstante ser éstos superiores a aquéllos en más de un tercio, lo mismo en altitud que en espesor de masa. Y, si añadimos a esta dificultad la motivada por la aspereza del terreno, debida a la ausencia en nuestras montañas de aquellos lagos que, como acontece con los de Ginebra, Constanza y Lausana, no sólo facilitan el acceso al interior de la zona Alpina, sino, además, las comunicaciones dentro de ella, habrá de comprenderse cuán grande ha de ser la importancia a revestir por cada uno de los distintos pasos o desfiladeros que, con mayor o menor viabilidad, permiten el cruce de una zona montañosa, por los árabes designada, como sabemos, con el nombre altamente significativo de **montaña de los Puertos.**

Pero, si con arreglo al criterio moderno de división del Pirineo, el primer trozo, entre el monte Vallier y el puig Peyric, no es otra cosa que el auténtico Pirineo Central o Aragonés, observaremos, desde el primer momento, que el correspondiente al segundo tramo, desde el Puigmal al Mediterráneo, no es otra cosa, en realidad, que la verdadera cadena de los Pirineos Orientales, formando un elemento orográfico perfectamente definido desde el momento en que, como hace observar la reseña geográfica y estadística, publicada por nuestro antiguo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, el año 1912, "la depresión oblicua, formada en el lado de España por el valle del Segre, y en el de Francia por el collado de la Perche y el curso del Tet, marca una línea de separación bien definida, que deja los Pirineos terminados en el enorme conjunto de cumbres que bordean la comarca andorrana y en los montes del Corlitt, y da lugar a otra línea orográfica entre los puntos culminantes del Canigó francés y del Cadí español".

Con arreglo a esta realidad geográfica es por lo que hemos calificado el segundo trozo, de la división establecida por Fervel, como el comprensivo de los auténticos Pirineos Orientales, no dejando de hacer presente cómo este escritor, obedeciendo al concepto que sobre la constitución de los sistemas montañosos era tenido por los geógrafos de su época, no considera al col de la Perche (de la Pértiga en castellano) como una solución de continuidad en la cresta general de la cadena pirinaica, sino que, a su juicio, los 26 kilómetros de espacio que median entre el puig Peyric y el Puigmal, puntales extremos de este col, hallanse relacionados por una especie de pequeña cadena, cuyo punto de inflexión se encuentra a unos 2.300 metros de distancia de los pies de ambas montañas. **Chainette** llama el escritor francés que citamos a tal inflexión del terreno. Recordaremos que el col de la Perche se encuentra defendido, del lado francés, por la fortaleza de Mont Luis, y del nuestro, por la plaza de Puigcerdá, asentada en una elevación de terreno emplazado sobre la misma línea fronteriza. Por todas estas razones no es necesario insistir en la importancia que reviste el col que nos ocupa, tanto como la amplia depresión formada entre los Pirineos Centrales y Orientales, como, igualmente, por ser un centro de dispersión de los diversos contrafuertes que, al irradiar en todas direcciones, forman las divisorias de los profundos valles que cubren la comarca, tales como el que, destacándose del macizo eleva-

do al NO. de la plaza de Mont Luis, marchando en un principio hacia el N. para doblar después hacia el Oriente en su intento de alcanzar las aguas del Golfo de León, constituyendo el promontorio de Laucate sobre una costa baja y arenosa, establece la llamada línea montañosa de los Corbières, un tiempo constituyentes, durante largos siglos, de la frontera entre España y Francia, limitando al N. la comarca del Rosellón y siendo, en nuestro territorio, correspondida por otro contrafuerte no menos importante, que, arrancando del macizo situado al SE. del col de la Perche, en una dirección diametralmente opuesta a la de los montes Corbières, es decir, hacia el S., marcha atravesando la provincia de Lérida hasta cerca de las márgenes del Ebro, constituyendo el límite Occidental de Cataluña.

Entrando de lleno en el estudio morfológico de los Pirineos Orientales, nada más acertado, desde el punto de vista militar, que la clasificación establecida por Fervel al dividir la zona de los Pirineos Orientales en los siguientes frentes o sectores: 1.º, del alto Tet; 2.º, del alto Tech o Vallespir; 3.º, del Pertus; 4.º, de los Albères, y 5.º, del macizo (croupe, cima) costero. La descripción de estos frentes ha de ofrecer a nuestros lectores una sólida base de iniciación geográfica. Expone-mos, por lo tanto, a continuación sus especiales características:

1.º FRENTE DEL ALTO TET.—Corresponde a este tramo la parte de cresta comprendida entre el Puigmal y la cima de los Gords, una y otra montaña con altitudes muy próximas a los 3.000 metros, no siendo menos elevado el puig Naufonds, igualmente comprendido en este frente. Continúa la línea montañosa por las alturas entalladas por el col Jegane, y va a terminar en el pico de Costabone (2.421 m.). Es de este monte desde donde se destaca el ramal terminado por el robusto macizo del Canigó.

A lo largo de esta cresta las inflexiones son pocas, y, asimismo, apenas acusadas; existiendo tan sólo tres cols que puedan ser utilizados frecuentemente (núms. 2, 3 y 4 de la relación que figura en el apéndice núm. 3), siendo oportuno hacer observar cómo la aproximación a ellos es acaso más dificultosa que la propia travesía de la cresta, pudiendo considerarse al de Mantet como el mejor de todos. El col de Naufonds conduce a Nuria; los otros dos, a Siete Casas, en el valle del Tèr, siendo ambas localidades nudos importantes de comunicación establecidos en esta comarca.

2.º FRENTE DEL ALTO TECH O VALLESPÍR.—Al E. de la masa del Costabone, la cresta se desarrolla en una larga meseta extendida hasta las alturas de la Menère, en un espacio como de un miriámetro de longitud; más allá, tornando bruscamente hacia el N., vuelve a elevarse en el pico de Lentille para retornar en seguida en dirección al E., en la cual prosigue sin cortes bruscos, pero en progresivo descenso, hasta las montañas de las Salinas, que presentan, en cambio, una acusada elevación. Este pico de Costabona destaca hacia el NO., formando un ángulo muy agudo con la dirección de la cresta principal, el espolón ya citado, el cual, creciendo progresivamente, alza en su extremidad oriental la imponente masa del Canigó, de una elevación de 2.785 metros, inferior, por lo tanto, a la alcanzada por las cimas de la cadena principal, pero que, al destacarse sobre las fértiles llanuras Rosellone-

sas, adquiere la espléndida apariencia de una alta y majestuosa montaña. En el interior de este ángulo encuéntrase escondida la áspera comarca llamada del Vallspire (valle áspero), a la que sirve de desagüe el cauce del Tech.

Ahora bien, por mucha que pueda ser la aspereza de esta vertiente septentrional, el aspecto de la opuesta o española es todavía más complicada, al estar cruzada por fuertes ramales, que forman tres valles diferentes: el del Ter, río que corre a lo largo del valle de Camprodón, y es el más oriental de los tres; el del Fluvia y el de La Muga. Esta diferencia entre ambas vertientes establece, como es lógico, una distinción desde el punto de vista militar, ofreciendo la vertiente francesa condiciones más favorables que la española para las grandes operaciones. El frente de Vallespir cuenta con once cols (del cinco al quince) (1), desde el llamado de Pregund al de Faitg, siendo el de paso más fácil de todos ellos y, por lo tanto, el más frecuentado el de los Aires. Todos ellos ascienden por las rampas de la orilla derecha del Tech, entre la Preste y Arlés, conduciendo: los cuatro primeros, a Molló, en las márgenes del Ter; los dos siguientes, a Bajet, en un afluente del Fluvia, y los cinco últimos, a Massanet o a San Lorenzo, en la cuenca de la Muga. En cuanto a las montañas de las Salinas, elemento orográfico terminal de este frente en su flanco Oriental, pueden ser consideradas como impenetrables, si bien es oportuno hacer observar que, desde el punto de vista de la defensiva, en contra de esta circunstancia favorable, ofrecen el inconveniente de poder ser envueltas marchando a lo largo de la pendiente meridional.

3.º FRENTE DEL PERTHUS.—Más allá de las Salinas, la cadena desciende bruscamente de altitud, iniciándose el tramo correspondiente a la región de los grandes pasos. Este descenso comienza a marcarse en una meseta que, en una extensión de cinco a seis kilómetros, va inclinándose en descenso paulatinamente. A partir de ella, a menos de una legua, ábrese la gran brecha del col de Perthus, atentamente vigilada del lado francés por la bella fortaleza de Bellegarde, emplazada sobre una colina a las inmediaciones del importante paso establecido por la naturaleza entre ambos países.

Nueve pasos podemos señalar a lo largo de este frente. Son todos los comprendidos entre los números 16 al 24 de la consabida relación (1). Los dos primeros, escalonados en la pendiente oriental de las montañas de las Salinas, no merecen ni siquiera el ser citados. Hállanse a continuación, en un principio, cuatro ligeras depresiones de una cresta franqueable en toda su longitud, tras las cuales ábrese la entalladura del col del Portells, y, finalmente, al fondo de la gran cortadura, las avenidas del col de Panissas, antiguo punto de paso a los pueblos que invadieron nuestra península procedentes de las comarcas centrales de Europa; tras el cual, y a muy corta distancia, se encuentra el col de Perthus. Para terminar la descripción de este frente advertiremos cómo los fáciles pasos que lo atraviesan conducen, de un lado, a la comarca de los Aspres, desde la septentrional de Cataluña, y, de otro, a una serie de contrafuertes, líneas divisorias de los valles surca-

(1) Apéndice núm. 3.



dos por los afluentes superiores de la Muga, desde su origen hasta el punto de su encuentro con la gran vía que establece las comunicaciones entre Barcelona y Perpignán.

4.º FRENTE DE LOS ALBERES.—Desde el Perthus, la cresta vuelve a alzarse inmediatamente en el pico de Saint-Christophe, cabeza de los montes Albères, constituyendo la extremidad opuesta u oriental de este frente la montaña del Saillfore, punto destacado sobre la cresta principal de los Pirineos Orientales. Cabe en los Albères establecer una diferencia o división perfectamente marcada, señalándose en ellos dos trozos de proporciones equivalentes: el primero, u Occidental, no deja de bifurcarse; en cambio, el Oriental, continúa formando un lomo unido y rectilíneo. El pico Nioulous, núcleo y centro culminante de este trozo de cadena, marca el vértice del ángulo formado por la horquilla. El camino de Francia cierra la abertura de este ángulo que da frente a la gran brecha del Perthus.

Las dos ramas de la mencionada bifurcación tienen su comienzo: la primera, o sea la del N., a las proximidades meridionales de Boulou, y la segunda, frente a Bellegarde, hallándose dispuesta aquélla en una gradación de mesetas escalonadas coronadas por el monte de Saint Christophe, y esta última muéstrase por una brusca elevación de la cresta principal, a lo largo de la cual hállase establecida la frontera. El sector que nos ocupa presenta el aspecto de un plano inclinado, designado con el nombre de plá de L'Arc. Al llegar al pico de Nioulous, ambas ramas reunidas avanzan ya de un modo normal o regular hasta la montaña de Saillfore.

Dada la naturaleza del terreno que corresponde a la masa de los montes Albères y la distinción que hemos hecho de los mismos en las dos partes que acabamos de indicar, compréndese fácilmente que el conjunto de pasos que en este frente puedan existir tienen que ser clasificados también en dos grandes grupos: los comprendidos en la parte bifurcada y los que cruzan el tramo rectilíneo de la línea divisoria. Figuran en el primer grupo los señalados en la relación del apéndice con los números 25 al 29, o sea los cinco comprendidos desde el col de Rossignol al pequeño desfiladero de Saint-Jean (todos ellos comprendidos en la rama septentrional de la horquilla), y los dos marcados con los números 30 y 31 a través de la meridional. Estos dos cols, llamados de Fourcade y Fourcadell, constituyen, en unión de la vía principal de Gerona a Perpignán, las salidas o desembocaduras del plá de l'Arc, punto de concurrencia de todas las demás. El col de Fourcade, mucho más bajo y más frecuentado que lo son sus vecinos, hubo de figurar, de un modo señalado, en la campaña de 1793, cuando la expedición a Rosas desempeñó un papel no menos importante al llevarse a cabo la invasión de Cataluña por el ejército francés al año siguiente.

Los pasos en la segunda parte son bastante numerosos y corresponden a los marcados en nuestra relación con los números 32 (col de la Teinerède) al 44 (col de las Eras). Desde luego, las diferencias entre todos ellos son casi inapreciables, y su travesía apenas puede realizarse utilizando las caballerías. Subiendo desde la Roque o Lavall, es factible llegar a conseguirlo, mas no sin vencer penosas dificultades, siendo el punto común de arribada el lugar de Espollá. A modo de nota

histórica de interés hace observar Fervel cómo, probablemente, hubo de ser en tiempos de la Edad Antigua, en la época romana, el col de Carbassèra, en esta parte establecido, el sitio por donde cruzaba la espléndida vía que, desde Illiberis (Elne), conducía a la floreciente ciudad de Ampurias, auténtico emporio emplazado por los navegantes griegos en las costas del Ampurdán. La vía de referencia, penetrando en el macizo de los Albères por el valle de Saint-Martin de Montbram, unos 300 metros más abajo del nivel correspondiente al desfiladero de Perthus, venía a quedar defendida por el castillo de Vulturaria.

Cuatro son los cols que, inmediatamente después del de Carbassèra, se suceden a lo largo de la línea divisoria, siendo de advertir cómo a causa de hallarse todos ellos agrupados bajo el nombre común de Massane (1) son objeto de frecuentes confusiones, recibiendo tal designación de la antigua torre emplazada a guisa de vigilante en una roca aislada que se alza sobre el cruce de los caminos, a lo largo de los cuales Felipe el Atrevido llevó a cabo la travesía del Pirineo el año 1285, cuando la cruzada levantada por el Papa contra el ex comulgado rey de Aragón Pedro III. Y una circunstancia muy interesante se impone hacer presente a nuestros lectores, referente al punto de vista militar. Todos cuantos cols atraviesan los Albères están relacionados entre sí, merced a tres caminos transversales, orientados en sentido paralelo al de la cadena principal. Uno de ellos va coronando la cresta, los otros dos serpentean a lo largo de las faldas de una y otra vertiente. Según la declaración hecha por el historiador francés que venimos citando, el camino que a través del plá del Arco, de un lado, y del Saillfore, de otro, establecía la comunicación entre Bellegarde y Collioure hubo de ser sumamente frecuentado durante las campañas que vamos a estudiar, debiendo advertirse como circunstancia digna de ser tomada en cuenta la de que si la subida, el descenso y los rodeos que es necesario llevar a cabo para salvar la masa rocosa del pico de Nioulous no ofrecen grandes dificultades, no pasa así con la travesía por los dos caminos abiertos a uno y otro lado de este paso central, pues su marcha está llena de obstáculos, cruzando, el de la vertiente Norte, por Montesquieu y la Roque, y el de la vertiente Sur, por Recaséns, Cantallops y Espollá, en territorio español.

5.º FRENTE DE LA CROUPE (LA CIMA).—Como la mayoría de las crestas y cimas que coronan las altas montañas de los Pirineos Orientales, estas de la Croupe ofrecen un relieve sumamente acusado y el aspecto de un desordenado conjunto de complicada disposición orográfica. Trátase de un verdadero caos de contrafuertes, espolones y pequeños ramales desplegados en forma de un abanico abierto hacia el mar, rellenando todo el espacio comprendido entre la línea del litoral y otra imaginaria que, pasando por Rosas, atravesase el Saillfore y fuera luego a terminar en Collioure. Por esta circunstancia, el macizo del Saillfore hay que considerarlo como el centro de donde irradian en direcciones SE., N., NE. y NO. las tres principales ramas o varillas del abanico montañoso que hemos indicado. Precizando aún más la conformación del mismo advertiremos que la primera de las citadas

(1) Apéndice núm. 3.

ramas es realmente la prolongación de la cadena principal, modificadora de su orientación general, al llegar al sitio en donde el Saillfore eleva su masa rocosa. Esta, que pudiéramos llamar rama madre, tuerce, en efecto, hacia el SE., recorriendo en esta nueva dirección un espacio como de siete kilómetros, para retornar después a su orientación primitiva y encaminándose hacia el S., abandonando en este segundo punto de inflexión la frontera francoespañola, penetrar de lleno en nuestro territorio. Tras un recorrido en éste de unas cinco leguas, la cresta principal, o línea divisoria de las aguas, dobla definitivamente hacia el E., siguiendo en ella hasta alzarse, más bien que a sumergirse, ante las aguas del Golfo de León, formando el cabo de Creus, jalón oriental del sistema Pirinaico. La frontera recupera la línea general montañosa gracias a un ramal destacado del nudo por donde la gran cadena hace su entrada en España. Marcha este ramal, en un principio, en dirección hacia el NE., mas apenas ha recorrido en este sentido como unos dos kilómetros retrocede con una orientación encaminada al E., y ya en este sentido sigue hasta su terminación en el cabo Cerbère, límite entre la costa española y la francesa. Si tenemos en cuenta la conformación general de la zona que estamos considerando, reconoceremos en ella la existencia de dos partes: en primer lugar, una curva montañosa ampliamente abierta que envuelve a medias el encabezamiento de la cuenca de Banyuls, y en segundo lugar, de una línea recta encaminada hacia el E., hasta caer en el mar. La primera parte abarca los principales pasos practicables en todo este sector, desde el Sillfore hasta la costa, y entre los cuales puede estimarse como el más practicable de todos ellos el que toma la propia denominación de la cuenca, es decir, el col de Banyuls. Figuran todos estos cols, en nuestra relación, con los números 45 al 50, no existiendo en el último trozo de esta línea montañosa más que dos pequeños cols de posible traspaso: los llamados de los Frailes y el de Belistre, números 51 y 52. Finalmente, terminaremos esta descripción advirtiéndolo cómo el punto de bifurcación de donde arrancan las dos líneas finales montañosas antes indicadas destaca hacia el NE. un ramal secundario que, tras formar una garganta al pie mismo de la cadena fronteriza, concluye en el llamado cabo de la Vieille (la Vieja).

Hasta ahora hemos tratado tan sólo del primer contrafuerte proyectado por el Saillfore. El segundo, en su dirección N. NE., llega hasta la altura sobre la cual está edificada la torre de Madeloch, y es en este punto en donde se bifurca a su vez en dos ramas: una, que después de doblar marcadamente hacia el E., dobla luego hacia el N., yendo a terminar al S. de las dos asas de Pollies, separando las cuencas de Banyuls y de Cosprons, y otra, que después de haber experimentado al pie de la torre de Madeloch una gran depresión, serpentea siguiendo una dirección general hacia el N., hasta llegar al puig de las Daines, destacando de su masa el pico de Taillfer, pues las tres nervaduras que forman como una pata de ganso constituyen las dos cuencas de Port-Vendres y de Collioure, separadas por el espolón de Saint-Elne. El fuerte de este nombre ocupa el extremo de la cresta, correspondiente al ramal intermedio. El de la derecha, mirando hacia el mar, tras de arrancar del puig Lagrange, marcha en dirección NE. en forma

de una prolongada arista, terminada en la punta de Biarre. El ramal de la izquierda describe, en su marcha hacia el NO., una curva, cuya convexidad mira a la costa, marchando luego por el puig de Oriol y yendo a sumergirse en el mar, formando las alturas de las Forcas o de la Justicia, junto a Collioure.

Nos daremos cuenta, por todo lo expuesto, de cómo esta zona costera viene a quedar envuelta por una línea semicircular de montañas, que forman en medio del amplio aplastamiento de la cresta pirinaica una cuenca aparte, formada por dos compartimientos, cuya llave de paso no es otra que el puig de las Daines. Estas tres posiciones de Collioure, Saint-Elne y Port-Vendres constituyen los puntos fortificados establecidos en esta zona montañosa. En su historia militar Fervel la divide, desde el punto de vista de la defensa, en tres tramos distintos: el primero, u occidental, desde el mar al puig de Oriol, bordeando y cubriendo el llamado Campo de la Justicia; el segundo, entre el pico de Oriol y el de las Daines, y que puede considerársele suficientemente defendido por la propia aspereza y fragosidad del terreno, y el tercero, o sea el oriental, desde las Daines a la Vigie, el cual, formando el contrafuerte de Biarre, es susceptible de ser considerado como una línea defensiva suficientemente sólida para ser mantenida con éxito. La cresta de este ramal, entallada tan sólo por tres pequeños pasos, bordeada de abruptos escarpados, no se muestra favorable a su dominación o traspaso. Ahora bien, como apunta el escritor antes citado, esta línea defensiva era susceptible de ser envuelta por el flanco derecho, o sea por la fuerte depresión abierta entre el puig de la Grange y el de las Daines.

Una vez realizada la descripción general de las formas topográficas correspondientes al sector de los Pirineos Orientales, y aceptada y conocida la división en cinco frentes que, desde el punto de vista militar, establece el tantas veces citado historiador francés Fervel, completaremos nuestro estudio orográfico haciendo observar interesantes detalles.

Refiriéndonos en esta ocasión exclusivamente a la vertiente septentrional de los Pirineos que estamos considerando, advertiremos cómo el macizo de Carlitte (2.821 m.), alzado al NO. del col de la Perche, hállase separado del resto de la cordillera por el paso de Puymorens, sitio por donde actualmente cruza una hermosa carretera internacional. Un contrafuerte que se destaca de los Pirineos enlaza el sistema principal con los Corbières. Del otro lado, o sea al E. del col de la Perche, en pleno valle de la Cerdaña, la vertiente francesa presenta tan sólo tres contrafuertes. Uno de ellos es el que, arrancando de este col, marcha a formar el pico Madrás (2.471 m.), entre el Aude y el Tet; otro, arrancando del col de Tosas hasta el pico de Costabona, marcando la línea fronteriza, se prolonga hacia el NE., para terminar en el macizo del Canigó, y el tercero, partiendo del nudo de Costabona, se dirige hacia el Mediterráneo. De estos tres contrafuertes el más corto es el primero y el más importante el segundo, dado que en todo su recorrido, desde Costabona al Canigó, destaca una serie de picos tan elevados como los de Géant, la Vache, etc., sin tener en cuenta la im-

ponente cima del Puigmal, emplazada en el arranque de todos ellos, a una elevación de 2.915 metros.

Los Pirineos Orientales, aunque no ofrecen los majestuosos e imponentes caracteres de los Centrales, tampoco carecen de elevación y consiguiente grandeza, y así el macizo de Carlitte (2.915 m.) muéstrase en medio de un conjunto de picos elevados, tales como los de Besineilles, le Rouge, Camporeills, Moustier, Terres, Lierous, Sarraat de Bellaoure y el de Madrás, punto éste de separación entre los departamentos del Ariège, Aude y el de los Pirineos Orientales, y centro de donde, como sabemos, arranca la cadena de los Corbières.

A lo largo de la frontera álzanse las siguientes montañas: el pico Negre (2.812 m.), cerca del estanque de la Font Negre, origen del Ariège; la Porteille Blanche de Andorre (2.570 m.), Colom (2.664 metros), Maranges (2.819 m.).

El macizo que al SE. del col de la Perche, como prolongación de la Sierra de Cadí, en la margen izquierda del Segre, muestra la cima del Puigmal, de 2.909 metros, como la más elevada de todas, prolóngase a lo largo de los picos de Géant (2.881 m.), el col de Nuria (2.558 m.), la Donia (2.714 m.), la Coma de Vaca (2.605 m.), el pico de Costabona (2.464 m.). A partir de aquí, la cadena empieza a decrecer hasta el col de Perthus, pero con elevaciones todavía de 1.300 metros en el col de Arés, de 1.550 metros en la Pague de Bordellar, de 1.420 metros en el mont Negre, 1.194 metros en el monte Cappel y 1.449 metros en la roca de Francia. En todo este tramo la cresta dibuja una curva abierta al lugar de asiento de Prats de Molló, en el alto valle del Tech. Tras la depresión del col de Perthus viene la línea de los Albères, con altitudes inferiores a los 1.000 metros, tras las cuales el macizo costero muestra las elevaciones de los picos de Niolous (1.257 metros), el pico de Quatre Termes (1.150 m.), el pico Saillfore (978 metros) y el Tailléfer.

Los montes Corbières, destacados, según sabemos, del macizo de Carlitte, al NO. de Mont-Louis, en el sitio en donde justamente el Aude tiene sus fuentes, vienen a constituir el límite occidental y septentrional de una cuenca aislada, comprensiva de toda la comarca del Rosellón. En un recorrido aproximadamente de siete leguas avanzan, como lo hace el río Aude, en dirección hacia el N., y al llegar a la roca de Escalles, vecina a Querigut, destacan hacia el E. un primer contrafuerte. A partir de este punto aún continúa otras tres leguas y media en dirección N., dominando el hermoso bosque de Fange, destacando a la altura de Pierre-Lise un segundo ramal, en la misma orientación que el anterior. Desde este punto se mantiene en toda la plenitud de su masa el cuerpo de esta cadena secundaria, pero no ya en su dirección hacia el N., sino doblando cada vez más hacia el E. a partir del pico de Bugarach y, sobre todo, desde el col de Saint-Louis; resultando, por lo tanto, que a partir de este pico los Corbières marchan rectamente en un sentido completamente perpendicular a su primera dirección, cayendo sobre el mar, formando la punta de Leucate. El referido punto de inflexión de la cadena de los Corbières viene a constituir el elemento de enlace entre los dos tramos en que con toda razón puede considerársele dividido, y es a partir de este

punto donde recibe propiamente el nombre referido, de tan triste recuerdo para los españoles.

Si hemos de atenernos a la descripción hecha por Fervel, los Corbières se componen de tres bandas escalonadas y casi del todo paralelas: la primera es la que partiendo de Escalés corre por encima de Mosset y de Molitg hasta Montalba, degenerando en una serie de picos destacados, como los de Belestá, Caladroit y Force-Reale, yendo a expirar en el llano de Peyrestortes. Este primer escalón constituye la margen derecha del Tet. El segundo escalón, después del bosque de Fange, hállase jalonado por las rocas emplazadas al N. del Puente de la Fou, la torre Tautovel y el castillo de Opols. El tercero, arrancando del mismo punto que el segundo, experimenta en un principio, en el punto mismo de su curva de enlace en pleno col de Saint-Louis, una fuerte depresión; en seguida vuelve a alzarse en el pico de Bugarach, 1.500 metros, pasando a través del terreno que se extiende al N. del castillo de Queribus y presentando en este trozo, comprendido entre el pico de referencia y el promontorio de Leucate, el desfiladero de Salces o de Fitu.

Juzgamos innecesario hacer observar a nuestros lectores cómo la cresta de los Corbières constituye la línea divisoria entre el valle del Aude y la llanura del Rosellón. Aunque hallamos hablado de zonas o bandas montañosas es necesario no atribuir a su designación un concepto de continuidad regular, pues la constitución de estas montañas es indecisa, confusa, los valles no se muestran ni paralelos ni perpendiculares a las crestas, sino que son, por el contrario, oblicuos, con rápidas y fuertes inflexiones, haciendo constantemente rápidos saltos de una a otra depresión del terreno.

Todas las descripciones de los geógrafos, al tratar de los Corbières, coinciden en declarar cómo éstos se hallan formados por rocas escarpadas, desnudas y áridas, que imprimen al paisaje un aspecto desolado, triste, de blancuzco color, cual corresponde a la composición calcárea de sus rocas, ofreciendo este triste aspecto de los montes un notable contraste con los vivos y risueños colores del llano del Rosellón, y no sin que estas montañas rivalicen en altura, y aun sobrepasen en profundidad a la propia cadena pirineica. Frente a ellas los Corbières se alzan como testigos, que en más de una ocasión lo fueron, de encarnizados combates entre españoles y franceses, empeñados en conseguir o mantener la posesión de un accidente geográfico que durante ciento cincuenta años constituyó el límite de separación constantemente disputado entre los dos países. Además del Bugarach, los Corbières muestran las altas cimas del monte Capronne, meseta de Saint Paul y los montes de Taush, 492 metros; Alarich y Perillou, 708 metros. En el trozo cercano al puig Peyrie, el pico de Tarbezou, frente a Querigut, en la margen izquierda de Aude, alcanza una elevación de 2.366 metros.

Tan sólo existen dos vías importantes que atraviesen los Corbières: la ruta de Narbonne, en el extremo oriental de la cadena, junto al estanque de Leucate, y la que, por el col de Saint-Louis, en tiempos de la revolución, terminaba en Caudies. En la actualidad existe una tercera vía, la de Caudiels a Quillán, por el desfiladero de Axat, pudiéndose

también atravesar los Corbières tomando en Estagel un camino que marcha a lo largo del pequeño valle de Verdoube, afluente de la Gly, y que, remontando por Vingrau y Tuchan, permite fácilmente llegar a Carcassonne. El primer paso citado, a las proximidades del estanque de Leucate, hallábase defendido en épocas anteriores por el castillo de Salces. Al desecarse este estanque, perdió gran parte, por no decir toda, de su importancia.

II

Hidrografía. - Región de los valles transversales. - Región de los valles paralelos a la cadena principal. - Descripción de la cuenca rosellonesa



EN la descripción orográfica que acabamos de hacer destaca-se, de una manera perfectamente marcada, la importancia que, como centro de dispersión montañosa, tiene el col de la Perche, amplio portón abierto al paso de una a otra de las accidentadas zonas fronterizas. De este col no sólo arrancan los numerosos contrafuertes que anteriormente hemos indicado, sino que puede considerársele como origen de no menos numerosos valles. Limitándonos a la vertiente septentrional de la cadena pirinaica, corresponde a la línea de los montes Corbières desempeñar el principal papel en la distribución del sistema hidrográfico. Ellos son los que, en su primera dirección hacia el N., establecen la divisoria entre dos grandes cuencas: la de los **valles transversales** y la de los **valles paralelos**, clasificación adoptada en relación, como puede comprenderse, con el sentido general de orientación de la cadena pirinaica. A la primera corresponden los cursos del Salat y del Ariège, tributarios del Garona, y el de l'Aude, que, no obstante su dirección hacia el E. adoptada en la segunda parte de su recorrido, en la primera forma un valle perfectamente transversal. La segunda cuenca es propiamente la del Rosellón, cuyas fértiles llanuras están regadas por las aguas de la Gly, del Tet, procedentes de las ásperas montañas de los Aspres, y, más abajo, por las del Tech, en la vecindad misma de la cadena principal. Limitada la campaña que vamos a estudiar al teatro de las operaciones abarcado por la región de los valles paralelos, pasamos al estudio detenido de los mismos.

VALLE SUPERIOR DE LA GLY O DEL AGLY.—Es este río el colector de todas las aguas que descienden de la vertiente oriental y meridional de los montes Corbières. La Gly, o el Agly según la designa-

ción francesa, desciende del pico de Bugarach, constituyendo, en razón de su altitud y robustez, el principal jalón de la línea divisoria o cresta principal de este elemento orográfico secundario. La Gly labra penosamente su brecha a través de la segunda banda o escalón que hubimos de considerar en la descripción de los montes Corbières, en el punto de emplazamiento del puente de la Fou. Desde aquí, hasta Espiral, el cauce serpentea en el seno de las montañas, para descender luego en plena llanura, no tardando en verter sus aguas en el mar, tras un recorrido de unos sesenta kilómetros. Como quiera que la cuenca o depósito receptor de la Gly es ancho, su traspaso o cruce es casi practicable en todo su recorrido, utilizando los numerosos vados existentes; pero esta misma circunstancia, de un lado, y, de otro, el régimen climatológico, son causas de que la Gly hállese sujeta a rápidas y frecuentes crecidas, que inundan la comarca y vienen a ser, verdaderamente, peligrosas por su fuerte violencia.

Los principales afluentes de la Gly son: La Boulesane y el torrente de Sournia, en la margen derecha, y el Maury y el Verdoble, en la izquierda. El primero de estos afluentes establece en sus fuentes dos desagües: uno, hacia el Aude, y otro, hacia el Tet. La confluencia de la Boulesane con la Gly se realiza un poco antes de Saint-Paul. Hállase este punto de paso frente a Prades.

En cuanto a los afluentes de la izquierda, los dos antes indicados se reúnen en Estagel, a mitad de recorrido entre Salces y el col de Saint-Louis. El camino que desde este col toma el valle del Maury, hasta Boulesane y el Cerdoble, constituye la embocadura del paso de Tuchan.

VALLE DEL ALTO TET.—El Tet nace a una legua de Mont-Louis, por encima del mismo, desembocando en la llanura del Rosellón, a través del col de la Ternère, y desaguando en el mar, entre Saint-Mare y Canet, tras un recorrido de veintisiete leguas. El col de la Perche, al comienzo de su curso, forma la garganta por donde corre el Tet. Hasta Olette, el torrente se precipita por el fondo de un temible despeñadero entre dos inmensos escarpados, de los cuales, el de la izquierda reviste un aspecto de muro continuo sin talladura ni brecha alguna, siendo este mismo aspecto el de la derecha, en el que no se ve más que alguna que otra abertura. Pero desde Olette hasta el col de la Ternère, al contrario de lo ocurrido hasta aquí, es la margen derecha la que cesa de ser franqueable, para serlo, en cambio, la de la izquierda, pues las montañas dominantes de esta margen comienzan a perder altitud, no aprisionando ya tan cerca el cauce del río y desplegándose en forma escalonada, a modo de un anfiteatro surcado por una gran cantidad de barrancos. El cauce del Tech adquiere, por otra parte, en este segundo trozo de su recorrido, designado con el nombre de Conflans, esa forma característica de los valles dispuestos en serie, como cuentas engarzadas de un rosario.

Uno de estos desfiladeros hállase vigilado por la plaza de Villefranche, y tras el último de ellos ábrese el col de la Ternère. Es en esta región del alto valle del Tet en donde se encuentran los pasos laterales que, desde las comarcas cruzadas por el Aude y la Gly, conducen a la orilla izquierda del Tech, y aquellos otros que, entre Mont-Louis y

Villefranche, hállanse entallados en la margen derecha, permitiendo el traslado de Francia a España a través de la imponente muralla de la cresta principal. Un poco antes de Villafranche, encuéntrase el paso que indistintamente conduce al valle del Tet o al de Tech. Corresponde este paso al vallecillo de Sahor, y para alcanzarlo es preciso ganar el contrafuerte que enlaza la gran cadena principal con el macizo del Canigó, recibiendo el nombre de la Roja, y encontrando al camino de Sahor en el lugar denominado de Camagre. Desde aquí sigue el camino por la margen derecha, hasta ganar el flanco oriental del pico de Costabone y descender más tarde al valle del Tet por el col de Pregund. Ahora bien, es necesario advertir que el paso de Camagre más bien sirve para conducir habitualmente al Vallspire que a la Preste. Antes de Villefranche, al pie de los acantilados, desemboca el pequeño valle del Vernet, gracias al cual es posible alcanzarse una segunda depresión de la cresta de la Roja, llamada el pla Guillen, tras el cual es ya posible encaminarse a Prats de Molló. En este trozo de su recorrido, el Tet no ofrece más que una sola salida en su margen derecha, la cual facilita el poder bordear el Canigó, dando término al camino la pequeña elevación, asiento de la torre de Batère. Al llegar a este punto, el viajero se ve sumergido en pleno sistema de los Aspres. Describiremos, por consiguiente, a continuación esta accidentada comarca montañosa.

LOS ASPRES.—El conjunto montañoso que cubre la comarca que acabamos de considerar, y que es dable conceptuemos como la base o el sustento del Canigó, extiéndose desde las márgenes del Tet a las del Tech, no siendo, en realidad, otra cosa que un intrincado laberinto de montañas de todas clases, mas no sin que, a pesar de todo, podamos apreciar en su conformación la existencia de una estructura definida, merced a un efectivo encadenamiento entre todos sus elementos constituyentes.

Del Canigó se destaca, en dirección a la torre de Batère, un robusto contrafuerte que prontamente ábrese en tres ramales: el primero, al N., corre a lo largo de Belpuig, Prunet y Candell, para formar, siguiendo el cauce del mismo Tet, y a la terminación de la zona montañosa, el col de la Ternère; el segundo viene a caer sobre el valle del Tech, hacia Palauda, y el tercero, al E., termina por encima del lugar de Oms. Son, por lo tanto, estas tres ramas las que constituyen la comarca de los Aspres.

Al O. de Oms, la rama intermedia se divide en dos poderosos contrafuertes prolongados en dirección al E., siguiendo, uno de ellos, a lo largo del valle del Tet, y el otro, haciendo lo mismo en el del Tech. Estos dos contrafuertes quedan del todo esfumados a la altura de Sainte-Colombe del Thuir, el primero, y a la de Calcine, el segundo. Corresponde a este punto, fijado a la terminación de dicho segundo escalón, el nombre de **Aspres medios**. Los **Aspres bajos** señalan la prolongación de la parte bifurcada que hemos citado anteriormente. El lugar de Oms, que, como advertimos, marca el punto de partida de los dos ramales que acabamos de indicar, ocupa una posición establecida a la cabeza de los torrentes llamados el Réar y el Cantarrana, los cuales, al desembocar del seno de esta zona montañosa, para correr a lo

largo de un terreno ligeramente ondulado, limitan una comarca que, al par de ser un centro de comunicación, viene a constituir algo así como el nudo de arranque de un ligero cañón que, a través de la loma Verde, alcanza el Tet en su margen izquierda, a las proximidades de la capilla o ermita de Saint-Paul.

De un anillo del cañón que reúne Oms con la Calcine, y que recibe el nombre de Mouscaillou, se desprende, igualmente hacia el Tech, un segundo cañón, cuya cresta se encamina hacia Saint-Ferreol. La colina llamada Calcine es el punto dominante de las pequeñas elevaciones Pirinaicas, que desde tan bella posición parecen confundirse con la llanura, hallándose a sus pies asentada la pequeña aldea de Llauro, punto de cruce de muchos caminos que desde Thuir, por Sainte-Colombe, llegan a Céret, después de haber pasado por Saint-Ferreol. A los pies de los bajos Aspres se extiende el pla del Rey.

"Todo el conjunto de contrafuertes y ramales que, a modo de nervaduras, cubren la superficie de los bajos Aspres, no son, en realidad, otra cosa que filetes desprendidos de una pétrea cascada de montañas. Todos ellos constituyen una sucesión de estrechos espolones, de mesetas alargadas, de lenguas de tierra desgarradas en toda su extensión por una multitud de barrancos de márgenes talladas a pico por la erosión de las aguas, formando en determinados puntos, escarpados a modo de auténticas murallas. Es en esta zona de los bajos Aspres en donde asienta la llamada península del Réar, lengua de tierra entre los dos torrentes antes citados, recolectores de las aguas procedentes de las montañas. La palabra Réar deriva de las dos latinas *rivus* y *ardens*. Ambos torrentes, en direcciones casi paralelas, confluyen un poco más allá de la carretera procedente de España, la que encuentran a unos diez kilómetros de Perpignán. Ahora bien, ni el Réar ni el Cantarrana pueden ser considerados como líneas militares de defensa, no obstante encontrarse su lecho generalmente seco, encajonado a bastante profundidad. La superficie de la península está constituida por una serie de pequeñas mesetas descubiertas, que apenas dominan los terrenos circundantes. A la altura de estas mesetas, pero a una distancia aproximada de dos a tres leguas, a uno y otro lado, se alzan dos localidades de alguna importancia: Thuir y Elne, constituyendo dos buenas posiciones, factibles de asegurar, de un lado, las comunicaciones entre Perpignán y las plazas y puestos de la frontera, y de otro, con la zona de la costa mediterránea. Creemos inútil advertir cómo toda esta comarca que estamos considerando, constituía, a fines del siglo XVIII, por sus especiales condiciones, un excelente teatro de guerra." (Fervel.)

VALLE DEL ALTO TECH.—Este valle, en realidad, no es otra cosa que una angosta garganta, profundamente labrada en el seno de la montaña y surcada por una multitud de pequeños riachuelos o arroyos que, al mantener una vegetación frondosa y pintoresca, dan vida a un risueño y florido valle de aspecto notablemente diferente del ofrecido por aquellos otros que se hallan escondidos en las altas montañas pirinaicas. El fondo del valle del Tech está poblado por los siguientes lugares: Prats de Molló, Fort-les-Bains (Fuerte de los Baños), Palau-da, Ceret y, finalmente, por la importante posición del Boulou, que,

si d
cirs
sin
tan
Tec
Tet
caci

si desde ciertos puntos de vista y en términos generales, pudiera decirse de ella no revestir condiciones favorables para la acción militar, sin embargo, constituye una posición estratégica de grandísima importancia, toda vez que se halla emplazada cerca del sitio por donde el Tech desemboca de la alta montaña a la vasta llanura, cruzada por el Tet y el Agly, y junto a la importantísima vía que establece la comunicación entre Cataluña y Perpignán.

CAPITULO II

Descripción geográfica del teatro de las operaciones

(Continuación)

La llanura del Rosellón. - La zona costera: los Rivrales, el Rigatiu y la Salanque. - La Cerdaña: el alto valle del Segre y puestos importantes. - Geología. - Climatología. - Datos económicos. - Características étnicas de los habitantes del Rosellón y de la Cerdaña. - Reseña descriptiva publicada por la «Gaceta de Madrid» en el año 1793, bajo el título «Chorografía exacta del condado del Rosellón lindero a Cataluña»



DESCRITAS en el anterior capítulo, primero de este libro, las características geográficas de la comarca del Rosellón, y con un conocimiento, cuando menos de conjunto, de la zona montañosa que ocupa gran parte del teatro de las operaciones que vamos a estudiar, al objeto de completar el contenido de nuestro trabajo, nos queda por considerar en este segundo capítulo cuanto hace referencia a la zona baja y costera, verdadero campo de batalla en el que hubieron de desarrollarse las acciones más importantes de la lucha, así como igualmente vamos a exponer unas cuantas observaciones acerca de la geología, la climatología, los cultivos y producciones del Rosellón, y, finalmente, de las cualidades étnicas de los habitantes de la comarca.

Y como lo tratado hasta aquí casi hace referencia exclusiva a esta región rosellonesa, es preciso conocer igualmente, para completar nuestra labor, las características geográficas y topográficas de la Cerdaña, zona de terreno que se vió en íntima relación con la anterior en el transcurso de la campaña del año 1793 en el sector de los Pirineos Orientales, habiendo de recordar que esta bella y escondida región del Pirineo no es en realidad otra cosa que la angosta lengua o faja de tierra a lo largo de la cual corren, en precipitada marcha, las aguas del alto Segre.

LA LLANURA DEL ROSELLON.—Si una vez terminadas las descripciones de la orografía e hidrografía del teatro de la guerra que estamos considerando, pasamos a abarcar, en un concepto general de recapitulación, cuanto acabamos de exponer, advertiremos cómo la comarca descrita—que hoy comprende la casi totalidad del departamento llamado de los Pirineos Orientales—viene a estar constituida por dos grandes zonas: una occidental, abrupta y montañosa, y otra oriental, de superficie llana o ligeramente ondulada, limitada por la costa, y desde la cual, al volver espaldas al mar y mirar el magnífico panorama que ofrece la comarca, ésta parece como un amplio hemicírculo de alturas, al cual corresponde, como diámetro que uniera sus extremos, el borde rectilíneo y uniforme de la franja costera.

Esta comarca del Rosellón es, sin duda alguna, de las más bellas de Francia, no exagerando Fervel al afirmar "que no hay en esta nación, bajo un bello cielo azulado, una tierra ni más fecunda ni más variada". Al pie del inmenso anfiteatro coronado de corpulentas cimas—cuyas faldas descarnadas acusan por todas partes la descomposición o disgregación del terreno, lleno de grietas y quebraduras, por

donde corren rápidas y despeñadas las aguas de los torrentes—muéstrase, en un principio, a modo de plataforma anterior, accidentada e inculta, la conocida línea montañosa de los Aspres. Viene después una campiña abierta, abundantemente regada y profusamente cubierta de variados cultivos y de extensos bosques de olivos. Entre las pequeñas localidades que cubren el país, destácase, en medio de ellas, presidiendo el bello panorama, la ciudad de Perpignán, la capital de la comarca. Todas estas llanuras son las tierras regables designadas con los nombres de los **Rivrales** y del **Rigatiu**, correspondiendo el primero a las fajas de terreno establecidas al borde de las orillas de los ríos, así como a todo terreno favorecido por los beneficios del riego artificial.

Los **Rivrales** forman anchas bandas de arena, depositadas por el arrastre de las aguas de los ríos y arroyos en el suelo de la llanura, siendo éstos los causantes de las frecuentes inundaciones, que convierten a todos los indicados elementos hidrográficos en auténticas barreras infranqueables, muy especialmente cuando, al llegar la primavera, el calor funde las nieves depositadas en las altas montañas o cuando, en el verano, descargan las tormentas, siendo, desde luego, las inundaciones más temibles las sobrevenidas a finales del otoño. Las crecidas en esta estación son realmente imponentes, las aguas llegan en ocasiones a alcanzar un nivel de cinco metros por encima del correspondiente al período del estiaje, llegando así a una altura suficiente para dejar sumergidas por completo las partes bajas de la llanura, la cual queda cubierta por un vasto manto de agua, en medio de cuyo contenido el Tet y la Gly se confunden para formar un caudal único. Estas inundaciones pudieron facilitar en alguna ocasión los propósitos de la defensiva militar, tal cual aconteció en tiempo de Carlos V, cuando el Delfín hubo de sitiarse la plaza de Perpignán, la que pudo librarse del cerco gracias a la circunstancia de que el sitiador se viera precisado a retirarse precipitadamente, para no verse expuesto a un fin desastroso ante la amenaza de una de dichas inundaciones.

Las tierras abarcadas por el Rigatiu ocupan, en todo sentido, una gran extensión. La llanura parece cortada por una multitud de canales, inapreciables a distancia a causa de la exuberante vegetación extendida a lo largo de sus orillas. Muchos de estos canales hallanse alimentados por las aguas del Tet, siendo, entre ellos, los dos más importantes los de Thuir y Perpignán, que, partiendo de Ille, lugar que debe su nombre a los dos filetes de agua que rodean el sitio, no tardan en reunirse para constituir el conducto denominado Las Canals, suministrador de las aguas potables necesarias a la vida de la capital del Rosellón. Las comunicaciones a lo largo del valle del Tech, tanto por la naturaleza abrupta del terreno como por su situación, tienen poca importancia, excepción hecha de las correspondientes al sitio emplazado aguas arriba de Elna, pues en éste son muy considerables. Las del Agly, paralelas en su totalidad al curso de este río, tienen sus puntos de partida o de llegada hacia Rivesaltes.

En cuanto a los Aspres, esta designación no se aplica solamente a las montañas que forman el basamento del Canigó, sino que lo es igualmente a todas las tierras elevadas de la llanura, las cuales, privadas de

las aguas que descienden de las montañas, quedan sin cultivar, ofreciendo, por lo tanto, el aspecto propio de las estepas. Estos terrenos no son, en realidad, otra cosa que los últimos ramales de los Aspres propiamente dichos, prolongados a lo largo del Tet por Terrats, Pontella, Canohes, Serrat d'en Vaque y la meseta extendida desde Perpignán a Canet. El otro ramal, situado a lo largo del Tech, pasa por Teéssères, Banyuls-les-Aspres, Elne, hasta el estanque de Saint-Nazaire. Toda la comarca que estamos considerando es el asiento de las auténticas posiciones militares de verdadera importancia y, por ello, desempeñó el principal papel en la guerra que vamos a estudiar.

Una última zona de terreno debemos describir. Corresponde a la tierra baja vecina a la playa, designada con el nombre de Salanque. Fervel declara que esta zona de terreno constituía una conquista reciente de la industria humana sobre las marismas saladas que, en la Edad Media, invadían toda esta parte baja del llano. Diversos estanques, desordenadamente formados, testimoniaban todavía en aquella época su anterior existencia. Muchos de ellos estaban en condiciones de volverlos a llenar fácilmente con sólo cortar los canales de desagüe en el mar. Otros, en aquel tiempo existentes, ocupaban una gran extensión y no se hallaban separados del mar más que por estrechas lenguas de arena, desaparecidas al llegar la época de los temporales.

LA COSTA.—Hállase ésta formada por una lengua arenosa de unas sesenta leguas de longitud, bordeando todo el litoral comprendido desde los acantilados de la Provence hasta aquellos otros lanzados por la cresta de los Pirineos Orientales sobre el mar Mediterráneo. La uniformidad de esta línea costera queda tan sólo alterada por la punta terminal de los montes Corbières, alzada ante la superficie de las aguas en la llamada punta de Leucate, promontorio que separa dos abrigos notables: la alta y la baja Franqui, fondeaderos susceptibles de abrigar en aquella época navíos de gran tonelaje el primero, mas no así el segundo. De esta parte a la desembocadura de Tech, la playa, otra vez arenosa, se prolonga en pendiente suave hasta penetrar muy adentro de las aguas del golfo de León, de tal modo, que, incluso pequeñas fragatas, con la misión de proteger un desembarco en este punto del litoral, se verían imposibilitadas de aproximarse a la costa lo suficiente para poder obtener de sus cañones un eficaz alcance. Téngase en cuenta que se está tratando de una época muy retrasada de la nuestra desde el punto de vista del progreso industrial y, por consiguiente, de los medios materiales de guerra.

En todo este trozo de costa que estamos considerando merecen citarse los siguientes puntos notables: dominando la parte Sur del extenso estanque de Leucate, casi frente por frente a Salces, el antiguo castillo de Saint-Ange; el fondeadero de Saint-Laurent de la Salanque, frente a la desembocadura del Agli; el de Santa María, junto a la del Tet, y los denominados estanques de Saint-Nazaire y de Saint-Cyprien, depósitos de agua recogida en una banda de terreno formada por bajos fondos peligrosos. Toda esta costa se cubre, momentáneamente, en ciertas ocasiones, de defensas naturales, debido a que, efectivamente, en la época de los grandes temporales las abundantes lluvias, al aumentar el caudal de las aguas de los ríos, chocan con las olas embra-

vecidas del mar, y al ser contenidas y rechazadas inundan el litoral, manteniéndose inmóviles durante muchos días, formando en una vasta extensión, estanques accidentales o pasajeros. Pero esta playa de terreno bajo y arenoso comienza a desaparecer un poco al Norte de Colliure, ante la masa rocosa de la cadena de los Pirineos Orientales. Colliure no es más que un fondeadero, propiamente hablando; los sondeos más profundos apenas han podido llegar a obtener unos seis metros de calado, siendo ésta la razón por la cual apenas pueden entrar en él barcos de 50 ó 60 toneladas. Su superficie viene a ser unas cinco hectáreas, y únicamente los vientos procedentes del NO. son los que no perturban la tranquilidad del fondeadero. Port-Vendres, objeto de importantes trabajos para su mejoramiento, tampoco podía contener más que dos o tres barcos anclados. La estancia en él resultaba segura, aunque era grande la dificultad de su entrada a causa de la violencia de los vientos procedentes del N. y del NO., que soplan, de modo casi constante, en esta zona costera; siendo preciso advertir que los procedentes del SO. eran tan extraordinariamente fuertes, que todo barco de guerra que en aquellos tiempos hubiese intentado bloquear el puerto, corría el inminente riesgo de ser lanzado y estrellado contra la costa.

LA CERDAÑA.—Pero toda la descripción geográfica que acabamos de exponer referente a la comarca del Rosellón dejaría incompleto el conocimiento geográfico-topográfico del teatro de operaciones de la campaña que vamos a estudiar. Intimamente relacionada con dicha comarca aparece la de la Cerdaña, campo de acción de empresas militares que, aunque con carácter secundario, no dejaron de ejercer una verdadera influencia en la marcha general de los acontecimientos. Hemos, por lo tanto, de ofrecer al lector, aunque sea someramente, una descripción del pintoresco y agreste país que en el seno de las montañas pirinaicas abre paso a la comunicación entre España y Francia, a través del amplio col llamado de la Perche.

La Cerdaña ofrece el aspecto de una pequeña llanura, que tras de iniciar su descenso desde el col antes citado hasta Saillagouse, marcha luego a terminar, unas cinco leguas más abajo, en un llano, del que ya dimos cuenta anteriormente: el de Saint-Denis. Realmente, tal como lo indicaba Vauban, la Cerdaña no es otra cosa, en esta primera parte de su extensión territorial, que una lengua de terreno sin más anchura que la de unos cinco kilómetros.

Topográficamente, la Cerdaña está dividida en dos comarcas, separadas por una angostura o estrechamiento de los dos extremos. En el centro del primero, sobre un mamelón aislado, se alza la pequeña población de Puigcerdá, que en otro tiempo fué una plaza fuerte, pero desde la paz de los Pirineos quedó defendida tan sólo por una mediana muralla. La segunda cuenca, el importante pueblo de Bellver, ocupa una posición análoga a la de Puigcerdá, pero más fuerte, debido a que por la naturaleza agreste de los escarpados que dominan su recinto exterior, la plaza resultaba inatacable en aquella época. Por una anomalía que se ofrece frecuentemente a lo largo de la zona pirinaica, la Alta Cerdaña corresponde políticamente a Francia, en tanto que la baja lo es a España, sin que ningún límite natural venga a señalar la

frontera que, como sabemos, hállase establecida generalmente a lo largo de la divisoria de las aguas. Un pueblecito de origen romano, llamado Llivia, perteneciente a España, se mantiene bravamente bajo su soberanía, enclavado en pleno territorio francés. No creemos necesario recordar, una vez más, cómo la Cerdaña francesa se encuentra dominada por la altura que en el valle superior del Segre sustenta las fortificaciones de la antigua plaza de Mont-Louis.

La Cerdaña, en conjunto, no es otra cosa que la cuenca o valle del alto Segre. Nace éste en los Pirineos Orientales, en su vertiente septentrional, e inicia su caudal con las aguas de una abundante fuente, a 2.975 metros de altura. En sus comienzos, el recorrido de su cauce, pasando por Llo, sigue hasta Segallossa en una dirección paralela a la de la cordillera principal, es decir, desde el E. al NNO., como si intentara unirse al Ariège, afluente del Garona, pero pronto cambia de dirección y, desde la citada Sellagossa, tuerce francamente al SO., atravesando el territorio de Llivia y penetrando en España, a continuación de Les Guinguetes o Bourgmadame, tras un recorrido de 20 a 30 kilómetros y en una cuenca que, abarcando los valles del Segre, de Carol y del Vanera, afluentes del Segre (que aunque verifican su unión en tierra española, casi todos ellos nacen en la vertiente francesa), tiene una extensión de cerca de 50 hectáreas, a una altura superior a los 1.200 metros, como término medio. Una vez dentro de España, el Segre prosigue su marcha hacia el Ebro, a través de un estrecho valle y lamiendo con sus aguas el pie de los terrenos en donde se alzan las bellas y pintorescas construcciones del pueblo de Bellver y, más abajo, la pequeña pero renombrada población de Seo de Urgel, Sede Episcopal de un Obispo a quien corresponde, por otra parte, el título de Príncipe de Andorra. Es en este punto preciso donde asienta la plaza de Seo de Urgel, en donde el lecho del Segre comienza a ensancharse, recibiendo las aguas del Balira, que desciende del valle de Andorra. Más allá de Seo de Urgel el valle vuelve a estrecharse, aprisionado en la margen izquierda por las últimas estribaciones de la sierra de Cadí, y en la opuesta, por las de las montañas que limitan por el S. la comarca andorrana. Puede asegurarse que, en esta parte de su recorrido, el Segre lleva sus aguas a través de las quiebras de una verdadera cortadura, semejante a la de los estrechos desfiladeros de Isobol y Pont-de-Bar, por los cuales el río que nos ocupa abandona la Cerdaña francesa, para penetrar en el desfiladero que estamos describiendo. Al llegar a Pons, el valle se abre un poco más, y el Segre, después de recibir por su izquierda las aguas del Llobregós, nacido cerca de Calaf, atraviesa este pueblo y el de Sanahuja, siguiendo su marcha en plena provincia de Lérida.

Al final de este libro, en el Apéndice núm. 2, ofrecemos a nuestros lectores copia de un manuscrito, fechado en Puigcerdá el 12 de agosto de 1795 y firmado por un tal Agustín Bueno, en el que se da cuenta del "reconocimiento del país que media entre Mont-Louis y Seo de Urgel, para determinar por qué parajes será menos difícil conducir, de una plaza a otra, artillería de grueso calibre", y en el que se facilitan interesantes datos topográficos sobre este trozo del curso del Segre.

Precisando los límites de la Cerdaña, haremos observar cómo esta comarca confina al N. con el condado de Foix, al E. con el de Rosellón, al S. con el partido de Berga, de la provincia de Barcelona, y al O. con el valle de Andorra y el partido de Seo de Urgel, perteneciente a la provincia de Lérida. En cuanto a los dos contrafuertes que a modo de ciclópeas murallas, más que limitar, encajonan el valle del Segre, advertimos que el de la izquierda arranca del Pirineo en dirección NE.-SO., iniciándose en el col de Finistrellas, siguiendo luego por el de Mayans y continuando por encima de Bagá, en donde toma ya el nombre de Monte de Cadí, penetra de lleno en la comarca septentrional de Cataluña, siendo esta sierra de Cadí la divisoria entre la vertiente que lleva sus aguas al Segre y aquella otra que las vierte en el cauce del río Ribas, afluente del Ter, o en el del Carbonell. En cuanto al contrafuerte que se extiende a lo largo de la margen derecha, éste arranca de la cordillera principal, dos leguas más arriba de Sallat, al NO. de Puigcerdá; continúa, describiendo una ligera curva, por encima de Faltendre, allanándose paulatinamente antes de llegar a Arcavell y constituyendo en todo este trozo la divisoria entre los cursos de agua que corren en territorio de Cerdaña y aquellos otros que lo hacen por el valle de Andorra. En cuanto a la extensión de la comarca que estamos describiendo, la parte española tiene de largo, desde las Guinguetas a Guinguetes y Bourgmadame, a un cuarto de legua de Puigcerdá, hasta cerca de Martinet, unas cuatro leguas, siendo de cinco leguas la distancia que media desde la cresta de la cordillera que bordea la orilla izquierda del Segre a aquella otra que se alza en la opuesta, limitando por el S. el valle de Andorra. La Cerdaña francesa viene a tener una superficie equivalente a la española.

GEOLOGIA

Aunque una vez más tengamos que reconocer la importancia que la naturaleza geológica del terreno tiene siempre dentro del estudio de la Geografía militar, no cabe, en los estrechos límites de este trabajo, exponer, ni aun brevemente, cuanto hace referencia a una información pertinente al caso. Nos limitaremos a advertir que, como desde luego puede comprenderse, dadas las circunstancias concurrentes al plegamiento pirenaico, en tanto que las rocas graníticas y los gneis han quedado predominantes en las altas zonas montañosas, a lo largo de sus pies se extienden largas bandas paleozoicas, estando cubiertas de los arrastres diluviales o por los depósitos del actual cuaternario el fondo de los valles.

CLIMATOLOGIA

El clima del Rosellón corresponde de lleno al régimen marítimo mediterráneo y es, por lo tanto, húmedo, aunque templado, sin cambios bruscos de temperatura, siendo los vientos que soplan de la montaña o del continente los causantes, unas veces, de las bajas tempera-



turas, y otras, por el contrario, de los calores excesivos dominantes durante el verano. De todos los vientos, el más frecuente en la llanura rosellonesa es la **tramontana**, o sea el que, viniendo del NNO., sopla a lo largo de todo el litoral, con tal violencia, que hace toda aquella zona inabordable, como acontece en el propio litoral de la provincia de Gerona, aunque venga superado por el **mistral**, que, proviniendo de la Provenza, es de tal manera fuerte y arrasante, que puede ser calificado de verdaderamente temible. En cuanto a los vientos calurosos, durante el verano suele levantarse una corriente aérea abrasadora, que recuerda, en mucho, al Sirocco del desierto o al Levante gaditano. Menos mal que su duración no suele ser mucha, pues frecuentemente no viene a durar más que un solo día. Aunque los Pirineos Orientales no alcancen las elevadas altitudes de los Pirineos Centrales, en las cumbres del Carlitte, del Puig Mal y de otros análogos, durante el invierno las nieves cubren por completo las partes elevadas de sus picos y crestas.

El Observatorio Meteorológico de Perpignán, establecido el año 1882, ha recogido temperaturas medias de 15°,5, es decir, 4°,5 más que en París, siendo superada esta cifra de 15°,5 en determinados puntos, como acontece en el valle en donde se asienta Amelie-les-Bains, cuya disposición topográfica le permite quedar por completo al abrigo de los vientos helados. Las máximas y mínimas del termómetro oscilan entre los 31° y 35° en verano y los 3° y 4° bajo cero en invierno. En cuanto a la humedad, las precipitaciones atmosféricas acusadas son de unos sesenta días lluviosos al año por término medio, vertiendo una cantidad de agua de unos 70 centímetros a lo largo de los terrenos de la costa, de 80 en las fuentes del Tech y de un metro en las del Tet y el Segre. La humedad producida por estas lluvias, acrecentada por la influencia de la espléndida vegetación y numerosos cultivos de la comarca que estamos estudiando, suele dar lugar al desarrollo de epidemias palúdicas o enfermedades semejantes, que cabalmente en la campaña del Rosellón hicieron presa, tanto en las tropas de nuestro ejército como en las del francés, entorpeciendo así grandemente el desarrollo de las operaciones.

GEOGRAFIA ECONOMICA

La riqueza del país.—Producción.—Cultivos.—Población

Lo mismo el Rosellón que la Cerdaña, aparte de ser tan bellos y pintorescos desde el punto de vista de sus encantos naturales, por la fertilidad de sus valles escondidos en el seno de la montaña y por la extensión de los cultivos establecidos en la llanura, constituyen en conjunto una región merecedora del calificativo de rica. En la comarca del Rosellón, sobre todo, muéstranse por doquier las huertas, las granjas, los pueblos pintorescos, las aldeas risueñas y acogedoras. La sensación de orden, de vida pacífica, de íntima felicidad percíbese desde el primer momento. La riqueza agrícola del país es verdaderamente extraordinaria. Las citadas huertas, de cuidadoso e intensivo

cultivo, dan a la comarca el aspecto de un extenso y florido jardín. Si los pinos de las especies más variadas y otros árboles propios de las temperaturas más frías cubren, formando bosques más o menos extensos y frondosos, las laderas de las montañas, toda clase de árboles frutales crecen en los jardines y en las huertas. Ahora bien, aparte del olivo, que también se cultiva en esta región, su principal riqueza es la vid, y mientras los vinos procedentes de las vides que se crían en las partes llanas son de un vivo color y una gran riqueza alcohólica, los de las colinas son más claros, finos, dulces y de un aroma exquisito, por cuya razón, así como los primeros suelen utilizarse frecuentemente como tonificadores, a causa de su rudeza al paladar, de los otros vinos más débiles, llamados **garnachas**, éstos son considerados como vinos finos para postre. La extensión de los bosques es, en la actualidad, de 67.209 hectáreas de extensión, siendo notables, por su belleza y frondosidad, los de la Motte, Clavera, Boucheville, la Calme, Quillane, Font-Romeu, Augles, Fontpedrouse y Elne, todos ellos en la cadena principal y en los Alberes, no siendo menos altos y frondosos los que cubren las faldas del Canigó o alzan sus copas sobre los campos y montañas de la Cerdaña.

Claro está que el progreso económico de las dos comarcas que estamos describiendo no era, ni con mucho, el que actualmente revisiten, y aunque la vida, tanto en el Rosellón como en la Cerdaña, se desarrolla fácilmente a finales del siglo XVIII, los historiadores franceses aseguran que sus recursos eran insuficientes para poder mantener por sí solos a ejércitos numerosos.

CARACTERISTICAS PERSONALES DE LOS HABITANTES QUE PUEBLAN LAS COMARCAS DEL ROSELLON Y LA CERDAÑA

Estas comarcas han estado en todo tiempo pobladas abundantemente. En la actualidad, según el censo más reciente, el número de habitantes del Rosellón excede de los 213.171, que acusaban las estadísticas de 1906, la que, a su vez, resultaba superior a la cifra de 211.000 que hubiera de alcanzar en censos anteriores. En contra, pues, de lo que ha acontecido en otras regiones francesas, en ésta la natalidad ha ido en aumento.

En cuanto a las características personales de los habitantes de estas comarcas, hemos de manifestar que ofrecen caracteres muy diversos, según la naturaleza y circunstancias de los lugares ocupados, y así, en el Rosellón, mientras los habitantes establecidos a lo largo de los Corbières participan un poco de la rudeza de sus montañas y han dado siempre prueba de poseer en la guerra un vigor poco común y un valor a toda prueba, los pobladores de la llanura ofrecen un carácter más suave y pacífico. Del mismo modo en la Cerdaña, asiento de una población vigorosa, encerrada en el oculto seno de sus ásperas montañas, sus cualidades personales pueden calificarse de excelentes, señalándose por su acendrado amor al país y por su honradez y laboriosidad, de todos reconocida.

Pero ahora bien, si con todo lo anteriormente expuesto conside-

ramos haber ofrecido a nuestros lectores un conocimiento apropiado del terreno para poder estudiar las operaciones militares de que hemos de dar cuenta, desde el punto de vista histórico estimamos conveniente advertir cómo el "Diario de Madrid" del 7 de mayo de 1793 publicó, bajo el título de **Chorografía exacta del condado de Rosellón, lindero a Cataluña**, una a modo de reseña geográfica y estadística de la comarca que había de ser objeto principal de las operaciones en la guerra acabada de declararse entre España y Francia. De este modo, el Gobierno de Godoy pretendía, por lo visto, proporcionar a los españoles un conocimiento que, seguramente, no poseían en su mayoría. La reseña geográfica abarcaba, en términos breves, tanto el aspecto topográfico del Rosellón como los datos referentes a las condiciones naturales del mismo, es decir, sobre la conformación del terreno, comunicaciones, número de habitantes, etc., etc. En dicha chorografía se manifestaba textualmente: "Es el Rosellón país muy montañoso, singularmente a la parte del Mediodía, por las altas tierras que le toca de los Pirineos, aunque hacia el N. ya es algo más llano y las cumbres no son tan frecuentes. Sus montañas o picos más altos son: Masana y Canigou (408 y 1.440 toesas, o sea 816 y 2.880 varas). Como en este país hay tanta serranía del lado S., también lo riegan varios ríos, que todos van a parar al Mediterráneo, porque las altas cumbres de la Cerdania impiden que tomen su curso hacia el Poniente, en busca de otros ríos mayores. Los tres principales son: el Agli, el Tet y el Tech, a los que corren otros afluentes menores.

"El Agli nace dentro del Rosellón, en la diócesis de Narbona, y pasando por Estange, Espira, Rivasaltes, Garriga y Clairac, desagua en el mar por junto a San Laurencio. El Tet, que es el mayor, pasa por Mont-Louis, Pedrosa, Villafranca, Prades, Vinza, Hille, Millas, San Esteban, Perpignán, Villalonga, y al llegar a Santa María de Elna vierte sus aguas en el Mediterráneo (22 leguas). El Tech tiene su nacimiento en una lagunilla al pie del puerto llamado col de Nuria. Pasa por Pont de Tech, Arlés, Ceret, Bolou, Elna, y entra en el mar en las proximidades del punto costero en donde asienta el lugar de Teno del Val, después de haber recorrido unas 17 leguas. En la Cerdania nace el Segre, que pronto abandona el territorio francés para penetrar en la comarca catalana.

"En cuanto a la división o repartimiento del Rosellón, andan varios los geógrafos y no pueden determinar cosa con tal asiento." Tal es la declaración textual del documento que transcribimos, y el cual sigue exponiendo lo siguiente: "Unos lo dividen en sólo dos Veguerías, que son: las de Perpignán, al Levante, y de Villafranca de Conflans, al Poniente. Otros le distinguen en tres territorios, llamados: Rosellón propio o el Val Spri, el Condado de Conflans y la Cerdania francesa. Hay quien a estas mismas tres partes añade un pequeño cantón, llamado Capsir, que es bien reducido; sin embargo, todos convienen en que el Val Spri, Conflans, Cerdania y Capsir son territorios incluso bajo el nombre general del Rosellón, por lo que puede considerársele dividido en dichas cuatro partes, situadas, respectivamente, al Oriente, Centro, Poniente y N. Occidente. Las gen-

tes del país dividen al Rosellón, por la cualidad de sus tierras, en tres distintos, que son: la Solana, el Rogatiu y el Aspres. La primera se compone de las tierras que bordean la mar y tienen aquel nombre por lo salado de algunos parajes suyos; no obstante, es país abundante en excelente trigo. El Rigatiu cae hacia las riberas y márgenes que bañan los ríos, especialmente los tres, Agli, Tet y Tech, a cuyas orillas se hacen muy buenas cosechas al auxilio del regadío. El Aspres es el resto de las tierras, que ni bañan el mar ni riegan los ríos, y que, por consiguiente, no tienen sales ni humedad suficiente que las fecundice, y así son ásperas y las menos fértiles del Rosellón, mayormente en los ardientes calores del estío, poniéndose muy áridas y secas."

La **Chorografía exacta del Condado del Rosellón** no se olvidaba, según hemos indicado antes, de determinar las condiciones naturales del mismo, así como los datos referentes a la producción, número de habitantes, etc. "Goza este país—afirma—de un terreno muy fértil, y es de los más abundantes del reino de Francia; produce mucho trigo, cebada, mijo, habas, lino y cáñamo de buena calidad. Cógese mucho aceite de que hay copiosos olivos, y también abundancia de vino, que es lo mejor del reino, y hay viñas por casi todas partes. Las frutas son asimismo, especialmente los limones, naranjas y melones de estío, muy apetitosas. Críanse muchas perdices y codornices, que todas son muy buscadas por el sabroso gusto de la carne. Los ríos abundan de mucha pesca de agua dulce, y el mar provee de la suya con igual abundancia, particularmente de atunes, que pasan, en prodigiosa cantidad, a fines de agosto y principios de septiembre, por las inmediaciones de Colibre, en cuyo puerto se hace de ellos una gran pesquería para salarse, como también de sardinas, con las que se hace lo propio. En el gran estanque de Leucate o Salces, que es de todos ellos el más septentrional, constituyendo una especie de albufera, se pescan también muchas rayas y anguilas, que igualmente saladas se hace de ellas un gran tráfico. En el estanque de San Nazario, que es otra albufera menor, situada más al Mediodía, se coge y se elabora mucha sal, objeto de algún comercio. Existen en esta zona costera diferentes termas o baños de aguas minerales y calientes. Las del pueblo de Nier hacen subir el termómetro de Reamur a 19°; las de Mosa, a 20°; las de Molite, a los 33°; las del Venet, a los 48°; las de la Aldea de Baños, a los 57°; las de Olette, a los 70°, por cuyo motivo estas dos últimas no pueden usarse sin templar el agua.

"El clima del Rosellón no dejaba de ser tratado, igualmente, por la información del diario de Madrid, y, hablando de él, se decía ser generalmente bien caluroso, no ofreciendo el invierno otro carácter que el de una especie de primavera, de suerte que pueden pasarse doce o catorce años seguidos sin que se verifique que hiele, y de aquí nace que los estíos son algunas veces excesivos, y el calor del sol entonces se hace insostenible, por los muchos rayos que las pendientes y cumbreras de las altas sierras reverberan en los valles. En medio de esta incomodidad de los ardientes de la temperatura (a la que suele templar y refrenar algo el viento del N.), goza este país de un terreno muy fértil, y de los más abundantes del reino de Francia."

Pero, además de lo expuesto, no podían ser más interesantes las breves referencias que acerca de la población del Rosellón ofrecía la Corografía del diario de Madrid, la cual, tras de declarar que este condado, "no obstante su corta extensión y mucha serranía, es país bastante poblado y de mucha gente", seguía manifestando cómo en él "están muy espesos e inmediatos los lugares", pasando a describir brevemente las características de las localidades de Perpignan, Colibre, Elna, Prats de Molló, Arlés, Ceret, Ille, Villafranca, Prades y Mont-Louis, estimadas como los diez centros más importantes de la bella comarca que estamos describiendo.

CAPITULO III

EL HOMBRE - EL MEDIO SOCIAL

Breve reseña histórica de las comarcas del Rosellón y la Cerdaña

EL ROSELLÓN. - Sus primeros pobladores. - Paso del ejército cartaginés. - La dominación romana. - La Galia Narbonense. - Invasión de los bárbaros. - Dominación visigótica. - Invasión de los árabes. Período carlovingio. - La marca hispánica. - El Rosellón pasa al dominio de la Corona aragonesa. - Vicisitudes del Condado del Rosellón durante la Edad Media. - Expedición de Felipe el Atrevido contra Pedro de Aragón. - El Rosellón vendido a Luis XI. - Recuperación del mismo en el reinado de Fernando el Católico. - Guerras del Renacimiento. - Guerra de los Treinta Años. - Campaña del Príncipe de Condé. - El Rosellón durante la Revolución de Cataluña. Paz de los Pirineos. - Pérdida del Rosellón. - Campaña del conde de

San Germán durante el reinado de Carlos II (1)

LA CERDAÑA. - Sus primeros pobladores. - Su situación política hasta su anexión a Cataluña. - Breve reseña histórica de esta comarca montañosa

(1) Véase Apéndices núms. 4, 5, 6 y 7.

EL ROSELLON.—PRIMEROS POBLADORES.—EL EJERCITO CARTAGINES SE VE PRECISADO A ATRAVESAR LA COMARCA EN SU MARCHA A ITALIA



ODEADO de montañas, recostado sobre la vertiente septentrional de los Pirineos Orientales y bañado por las aguas del Golfo de León, el conjunto de las llanuras y de los valles roselloneses parecía constituir como un aislado y bello rincón de Europa, propicio a vivir en la más completa paz y provechosa armonía. Mas no fui así, y a través de los tiempos, la historia del Rosellón nos ofrece esas alternativas de luchas y periodos de paz características de la Historia de todos los pueblos.

Mas, ahora bien, si nos damos cuenta de la situación geográfica de esta comarca ante una de las dos principales depresiones que en ambas extremidades de la cadena pirenaica permiten comunicar a España con el Continente europeo, nos será fácil, desde el primer momento, comprender cuán lógico había de resultar el hecho de que tratamos; y así, los sardones, dedicados al cultivo de sus fértiles llanos y de sus pintorescos valles, escondidos entre las asperezas de las montañas y al cuidado de sus numerosos rebaños, fueron un día sorprendidos por la extraña presencia de unos hombres, que descendían de los cols o puertos de la cresta montañosa.

Eran las avanzadas del ejército de Aníbal, que reclutado entre los habitantes de las comarcas berberiscas y de la Península Ibérica, marchaban, al mando del General Aníbal, en dirección a las fértiles comarcas italianas, ansiosos de asestar un golpe de muerte en pleno corazón de aquella orgullosa Roma, a la que, por instigación paterna, había jurado odio eterno, irreconciliable.

Mas la travesía del ejército hispano-cartaginés por la comarca rosellonesa hubo de realizarse pacíficamente. Aníbal entró en trato con los naturales, y éstos se prestaron voluntariamente a dejar el paso libre a los combatientes de aquel ejército, formado, según parece, por unos 73.000 infantes, 9.000 caballos y 37 elefantes, portadores de las consabidas torretas. Cuál fuera el punto de paso no es dato que haya podido precisar la Historia, como tampoco ha podido hacerlo con el de los Alpes, y en esta materia la erudición de los historiadores puede despacharse a sus anchas. Pero si tenemos en cuenta que por sus especiales condiciones naturales es el col de Pertus el más accesible y transitable de todos ellos, es lícito suponer fuese

él, o el de Banyuls u otro cualquiera de los que se encuentran por esta parte, los utilizados por el ejército de Aníbal.

A pesar de todo, como puede comprenderse, el paso de ejército tan numeroso no dejó de ofrecer serias dificultades, y para llevarlo a efecto hubo que abrir un camino, en cuya construcción se emplearon 10.000 trabajadores y 1.000 caballerías. Los soldados de Aníbal, en el interior del Rosellón, acamparon en los alrededores de Elna, la antigua Illiberis, y avisados los habitantes de la Galia inferior de la presencia del ejército cartaginés, llevados igualmente de su profundo odio a los romanos, apresuráronse a ofrecer su apoyo al Caudillo cartaginés, disponiéndose a engrosar sus filas. Fervel declara que, de todos modos, los caminos que caen del lado de Fort-les-Bains son los más occidentales de aquellos que son puestos en trance de discusión, e indica que una tradición popular ha conservado el nombre de Aníbal a una brecha que se muestra entre las rocas, un poco más allá y por encima de la aldea de los Baños. Ahora bien, volvemos a repetir que lo más probable es que el paso del ejército cartaginés fuese por el col de Pertus o por el de Banyuls.

EL ROSELLON, EN PODER DE ROMA.—Pero, como todo el mundo sabe, Aníbal, victorioso en los campos de batalla, era incapaz de aprovecharse de la victoria administrando la paz, y, como conclusión de las famosas guerras Púnicas, Roma resultó vencedora, y Cartago fué destruída totalmente. Todos los dominios cartagineses pasaron a poder de la ciudad soberana, y los avisados políticos romanos, comprendiendo que era necesario establecer un lazo de unión entre los Pirineos y los Alpes, establecieron, el año 633 de su Era, entre ambas líneas montañosas, la llamada Galia Narbonense, con Narbona por capital.

Para asegurar las comunicaciones de la Galia Narbonense con el interior de nuestra Península, los romanos, desde Narbona, apellidada por Cicerón **la centinela del pueblo romano**, construyeron bien pronto dos grandes vías, que atravesaban las líneas montañosas del Pirineo; la una, por el col Pertus, o mejor aún, por el de las Panisas, y la otra remontando el valle de San Martín de Mont Bram. Por ellas, durante los largos siglos de la dominación romana, realizóse la comunicación de España con la Europa Central.

INVASION DE LOS BARBAROS.—Los cimbrios y los teutones, como puntas avanzadas de la grande invasión de los bárbaros, se precipitaron como un torrente sobre la Galia Narbonense, logrando penetrar en nuestra Península (año 649 de la Era romana), pero, a los tres años de haber invadido nuestro territorio, la resistencia y el valor de los españoles logró rechazar a estas hordas invasoras. Cuando la invasión general de los pueblos del norte y la caída general del Imperio, no obstante la resistencia ofrecida por el mural de los Pirineos, los suevos, los vándalos y los alanos pudieron penetrar en nuestra Patria, llevando, como por todas partes, la desolación y la muerte. Pero su dominación no duró mucho tiempo, y, por fin, tuvieron que ceder al empuje de otro pueblo mejor organizado y de superior cultura, que había de establecer una extensa y sólida mo-

narquía, comprensiva de los territorios a uno y otro lado de la cordillera pirenaica.

MONARQUÍA VISIGOTICA (473-713).—En efecto, los visigodos, al correrse por el Mediodía de Francia y penetrar en España, establecieron la llamada Septimania, comprensiva de ambas vertientes de los Pirineos Orientales. En su avance victorioso, y en su misión organizadora, los visigodos pudieron llegar a establecer por fin una gran monarquía, que, teniendo su capitalidad en Toledo, abarcaba todo el Mediodía de Francia, desde el Garona hasta los límites de la antigua Tingitania, en la comarca berberisca.

Pero, contra lo que pudiera suponerse, durante este período histórico los habitantes del Rosellón entregáronse a toda clase de revueltas y de trastornos, y estos conatos de insurrección provocaron, por parte del poder central, expediciones interesantes, entre las cuales destaca, por su mérito, la llevada a cabo por el Rey Wamba. El ejército de este ilustre monarca, organizado en tres columnas, avanzó por la vía romana de los Alberes hacia el Castillo de Vulturaria una de ellas; la otra, por el col de las Panisas, descendiendo por la alta y la baja Exclusa; la tercera hizo su marcha por el valle del Segre y el de Carol, cayendo sobre la Cerdaña. El ejército hispano-visigótico, una vez concentrado, alcanzó sobre los insurgentes una completa victoria, y las ruinas de Vulturaria, en los Alberes, y los restos de la alta y de la baja Exclusa, cuyos castillos fueron demolidos, han atestiguado en todo tiempo la realización de esta marcha victoriosa.

INVASION DE LOS ARABES.—Si en un tiempo los pueblos del Norte habían podido caer como un alud sobre los países de la Europa civilizada, los pueblos del Oriente, corriéndose por el norte de Africa, creyéronse asimismo en condiciones de poder hacer otro tanto apoderándose de nuestra Península y penetrando en Francia, traspasando el Pirineo. La conquista de España fué rápida y sencilla, y bien pronto las fértiles comarcas del Rosellón y de la Septimania fueron vistas desde lo alto de los pasos pirinaicos; un espléndido botín ofrecido a la voracidad de unos conquistadores animados por el éxito de sus esfuerzos y por la exaltación de su fanatismo religioso. La montaña de los puertos fué prontamente traspasada. Ante un peligro tan inminente, los habitantes de las comarcas invadidas se aprestaron a la defensa.

En este intento, la ciudad de Narbona había de ser el objetivo de la defensa. Pero el intento hubo de fracasar. Narbona cayó en poder de los invasores, y éstos hicieron de ella el centro de sus correrías, y desde Narbona partieron los ejércitos que, en su propósito de apoderarse de toda Europa, fueron detenidos por Carlos Martell, en la célebre batalla de Poitiers. A pesar de esta derrota, los moros continuaron dueños de la ciudad y de la comarca, aunque en lucha constante con los cristianos, que, refugiándose en las montañas, hostigaban constantemente a los invasores, cerrándoles frecuentemente el paso a través de la zona montañosa.

Tal situación hubo de continuar hasta que Pepino el Breve, Rey de los francos, decidió a correr en socorro de Narbona, logrando conquistarla tras un sitio que duró diez años, y no sin que intervinie-

se en el hecho una activa intervención de los cristianos que habitaban en la ciudad y que hubieron de revolverse contra sus dominadores. La plaza fué recuperada veintidós años después de la batalla anteriormente indicada. Parece ser que a la pérdida de Narbona, por parte de los moros, contribuyó en gran parte la derrota sufrida en el val de la Berre, en una garganta de los Corbieres, por una columna árabe que marchaba en socorro de los sitiados y que fué completamente aniquilada por los cristianos refugiados en las montañas. El Mediodía de Francia quedó libre de la dominación agarena, y los árabes tuvieron que trasponer la cresta montañosa del Pirineo y retornar a las comarcas de la Península Ibérica.

EXPEDICIONES CARLOVINGIAS.—EL ROSELLON DURANTE LA EDAD MEDIA.—La conquista de Narbona por Pepino el Breve y la expulsión de los árabes abrieron, sin duda alguna, a su hijo, el gran Emperador Carlomagno, las puertas que en la ciclópea masa pirinaica pudieran facilitar la entrada de sus tropas en nuestra Patria. La conquista de ésta entraba de lleno en el plan de reconstrucción del antiguo Imperio Romano, que animaba el propósito del grande y cristiano emperador germánico, y en efecto, sus guerreros pudieron arrojar a los infieles hasta las márgenes del Ebro, mas no sin tener que sufrir, al regreso a la metrópoli, rápidos y violentos ataques de aquellos bravos habitantes. Positivamente, Carlomagno dejaba establecida en España la marca hispánica, germen de la que un día había de constituir la floreciente Cataluña, señora del Mediterráneo.

La institución de la referida marca hubo de realizarse, como consecuencia de la campaña llevada a cabo en el NE. de nuestra Península, en el período de tiempo comprendido desde el año 785 al año 792. Después de atravesar los guerreros de Carlomagno por segunda vez el Rosellón, penetraron en Cataluña, arrebataron Gerona de manos de los moros y empezó en ella a gobernar un Conde franco, siendo conquistadas, asimismo, las comarcas de Seo de Urgel y de Vich, iniciándose de este modo la reconquista cristiana de esta zona catalana.

Esta expedición fué acaso solicitada por los propios habitantes de las montañas al rey de Aquitania, hijo del emperador germánico, siendo jefe de ella Guillermo de Tolosa (770). Dueños, como hemos dicho, de Gerona los soldados francos el año 785 y dueños igualmente de Barcelona, quedó establecida la marca de referencia, creyendo oportuno hacer recordar que la palabra Marca designa todo territorio fronterizo al mando militar de un jefe, que recibía por esta causa el título de Marqués. Sus fronteras fueron fijadas el año 811 en virtud de un convenio entre los francos y los árabes, y el 2 de abril del año 812 firmóse un privilegio otorgado por el rey franco a los pobladores de la Marca hispánica confirmando la seguridad del terreno y del hogar contra las exigencias de los señores, precepto que fué sancionado, nuevamente, en los años 815 y 816 por Ludovico Pío. Durante todo este tiempo la Marca hispánica dependía del rey de Aquitania, y comprendía, el año 814, las comarcas de Barcelona, Ausonia, Vich, Gerona, Ampurias, Cerdaña, Pallás y Ribagorza. Ludovico Pío añadió a la Marca hispánica la Septimania franca, formándose el Marquesado de Gotia, teniendo por capital a Barcelona.

Los franceses dieron a este nuevo territorio la misma forma de gobierno que ellos tenían para su monarquía. Era esta forma de gobierno el feudalismo en toda su pureza. Una gran diversidad de Condados, como los del Rosellón, Conflant, Vallespir, con la Diócesis de Elna, Besalú, Ampurias, Gerona, Seo de Urgel y Cerdaña, constituían el naciente Estado. Barcelona, con su comarca, constituyó el Condado de su nombre.

El Conde de Barcelona gobernaba a todos los Condados de la vertiente española, constituyendo todos ellos el citado Marquesado de Gotia. Aunque los árabes designaran a los habitantes de la Marca hispánica con el nombre de francos, bien pronto empezó a notarse un marcado antagonismo entre los catalanes y los naturales de la antigua Galia, como hubo de manifestarse en la sublevación de Aizon, secundada por Vilmont, no obstante ser hijo del Conde Piera, franco puesto al frente de la Marca hispánica.

Bajo el gobierno de Salomón, los condados ultrapirinaicos se disgregaron de la Marca hispánica, quedando disuelto el Marquesado de Gotia, y las relaciones entre los Condes de Barcelona y los monarcas carlovingios fueron cada vez más débiles, hasta que el año 898 Vifredo el Belloso inicia un nuevo período, en el que los Condes de Barcelona dependen tan sólo nominalmente de los reyes francos. Conquistada la Marca hispánica por Almanzor, Barcelona fué destruída, y recobrada por el Conde Borrel II al retirarse el caudillo árabe, negándose a reconocer como soberano al rey franco Hugo Capeto, quedó implícitamente sancionada la independencia del feudo, no volviendo más a intervenir en la vida del Condado de Barcelona la autoridad de los reyes francos.

La constitución de la Marca hispánica y los orígenes de la Cataluña histórica dan a la reconquista española, en esta parte de la zona pirinaica, un carácter distinto de la llevada a cabo en la opuesta de las montañas astúricas y cantábricas. Sin duda alguna, este revivir de la vida hispano-visigótica merced a la iniciativa y al empuje de los monarcas francos viene a establecer una solución de continuidad entre los condes visigodos, iniciadores o mantenedores de la reconquista, y los condes catalanes, impuestos por un deber extranjero que no viene a la Península a reconquistar o reconstruir la monarquía que el árabe había destruído y arrebatado, sino como conquistadores de un territorio que ambicionaban dominar. Los cristianos del Occidente español luchan contra los moros para reconquistar el territorio perdido y restaurar la monarquía derrocada. Los de Cataluña tienen que luchar en un principio, tanto con los conquistadores francos como contra los propios mahometanos.

Bajo el régimen feudal, el Condado del Rosellón vivió en absoluto aquella agitada existencia característica del mismo, y así, entregado el país a las disensiones, a las apetencias, a las luchas, a los excesos de los señores feudales, éstos convirtieron cada garganta, cada valle, cada planicie, en campos de batalla, en los que sus huestes satisfacían sus pasiones y vengaban sus rencores. A estas luchas intestinas hay que añadir las invasiones devastadoras de los conquistadores normandos, verdaderas catástrofes, que, según el testimonio de los propios

escritores de la época, no hicieron menos de lo que hubiera realizado el propio mar Mediterráneo al inundar el país. La torre de Rusino, cerca de Perpignán, es un vestigio del pasado, que da fe del suceso.

Los desastres de estos desembarcos e invasiones no moderaron las pasiones de los señores feudales roselloneses, antes al contrario, el desorden y el encarnizamiento de la lucha civil fué cada vez mayor, y así continuó hasta que un hecho fortuito dió fin a tan lamentable estado. Pero antes de dar cuenta del suceso ampliaremos ciertos detalles acerca de los orígenes del Condado del Rosellón. Este Condado tomó su nombre de la antigua Ruscino, ciudad la más importante del país de los sardones.

Si hemos de dar fe a los relatos del historiador Tito Livio, esta ciudad, ya célebre en tiempos de Anibal, era el punto de reunión de los reyezuelos de la Galia, que en ella se congregaban para deliberar acerca de sus negocios. Reinando Luis el Benigno, el año 828, la ciudad fué arrasada y de ella no quedó más que una torre alta inmediata a las orillas del Tet, reteniendo su antiguo nombre de **Castel Rosellán**. Sobre el asiento de la antigua Ruscino hubo de levantarse más tarde la actual ciudad de Perpignán.

Otra ciudad importante citada por los escritores de la época es la antigua Illiberis, que algunos pretenden ser la Collioure de hoy, pero que otros demuestran ser la misma ciudad que se ha llamado después Elna o Elena, en honor de la madre del Emperador Constantino el Grande, refiriendo la Historia que fué en esta ciudad donde Constante, hijo del emperador, fué matado por Majencio, suceso que anotan de un modo expreso los fastos idacianos al manifestar que el asesinato fué ejecutado en las Galias.

En tiempos del Emperador Carlomagno figuraba como Conde del Rosellón y de Ampurias un tal Armengol o Irmengario. Posteriormente figura un tal Eginardo. La genealogía de los Condes del Rosellón que ha podido llegar a nuestro conocimiento comprende la siguiente lista de nombres: Suñero I (año 844), Suñero II (año 887), Vencio, Gauberto, Gaufredo (981-989), Gislaberto, Gaufredo II, Gislaberto II, Guinardo o Guitarto, Arnaudo Gaufredo, Gaufredo III, Guinardo, Guinardo o Guitardo II. No siendo éste casado y habiendo otorgado testamento en Perpignán el 4 de junio de 1172 en favor de Alfonso Rey de Aragón, al morir Guitardo el año 1172, el Condado del Rosellón pasó al dominio de la Corona Aragonesa, ya verificada la unión de Aragón con Cataluña (año 1164). Desde este momento la vida del Rosellón entra en contacto directo con la del pueblo catalán.

ORIGENES HISTORICOS DE LA CERDAÑA.—Esta comarca, llamada también Cerdania o Cerretonia, ha tomado su nombre de sus primeros habitantes, llamados por los romanos los ceretani. Al advenimiento de Hugo Capeto, el año 987, fué constituida como Condado unido a Cataluña, siguiendo desde este momento, aun más que el Rosellón, la misma suerte del Principado.

La Historia menciona a un tal Salmón o Salomón como Conde de la Cerdania, el año 863. Más tarde, Wifredo o Guifred, de sobrenombre "el Taillefer" y Padre de la Patria, pereció ahogado en el Ródano, el año 1028. El Conde Raimond de Cerdania asistió al Concilio de Tou-

louse, en el que fué establecida la tregua de Dios, muriendo el año 1068. Su hijo, Guillermo Reimond, murió en 1095. Guillermo-Jourdan fué a Tierra Santa en 1102 y murió en 1109. Dos años después murió su hermano Bernardo, que dejó la Cerdaña a su más próximo pariente, Raimundo Berenguer III, Conde de Barcelona.

EL ROSELLON Y LA CERDAÑA DURANTE LA EDAD MEDIA.—

Anexionado el Rosellón a la Corona aragonesa y ocurrido otro tanto con la Cerdaña, la vida de ambas comarcas siguió las vicisitudes de la historia del Reino aragonés, bajo la hegemonía, como es sabido, del Principado catalán. Por otra parte, la predilección de los reyes aragoneses por la capital del Rosellón no pudo ser más manifiesta, y frecuentemente esta ciudad, constantemente protegida, fué sede de los mismos. Por otra parte, las relaciones políticas, favoreciendo las tendencias propias de las poblaciones de ambas vertientes pirinaicas, llegaron, en tiempo relativamente breve, a establecer una verdadera comunidad de ideales, intereses y costumbres. Con toda exactitud, los roselloneses y los habitantes de la Cerdaña pudieron considerarse como los catalanes de la vertiente septentrional del Pirineo.

Al morir Alfonso II, su hijo Pedro II heredó, con los Estados peninsulares, el Rosellón, la Cerdaña, Carcasona y Recés, mientras su hermano Alfonso heredaba el Condado de Provenza y los demás dominios del Mediodía de Francia. Y al morir el gran Rey Jaime el Conquistador, que se había apoderado de Mallorca, en la desagertada distribución que hizo de sus Estados entre sus hijos, tocó a Jaime el de Mallorca con el título de Reino, además de los Condados ultrapirinaicos del Rosellón, Cerdaña, Conflant, Vallespir y Montpellier.

El año 1258, San Luis, Rey de Francia, cedió al monarca aragonés todos sus derechos de soberanía sobre el Rosellón.

DESGRACIADA EXPEDICION DE FELIPE EL ATREVIDO.—

Las empresas de los monarcas aragoneses en los territorios italianos y que dieron por resultado la conquista de Sicilia arrancada del dominio de Carlos de Anjou con motivo de la sangrienta devolución de las Vísperas Sicilianas (marzo de 1282) y la enemistad que este hecho le atrajo con el Papa, partidario acérrimo del francés, hasta el extremo de declarar la excomunión de Pedro III, poniendo en entredicho todo el Reino de Aragón (año 1283) cuando éste, en tiempos del Rey Pedro el Católico, se había declarado feudatario del Pontífice, dieron lugar a que la paz de los habitantes del Rosellón se viera turbada por el paso de los ejércitos invasores y el estruendo de las armas.

El Soberano Pontífice, apoyándose en los derechos que le daba la infeudación antes citada, desatendida por el Monarca aragonés, desposeyó a éste de todos sus Estados, y los concedió, en feudo, a Carlos de Valois, hijo segundo de Felipe el Atrevido de Francia (1284), absolviendo a los catalanes y aragoneses del juramento de fidelidad que habían prestado a su Rey Don Pedro. El rey francés, instigado por el Papa, se dispuso a invadir Cataluña, y habiendo investido éste a la empresa del carácter de una Cruzada, pudo reunir un formidable ejército de más de 200.000 hombres. El monarca aragonés, para oponerse a la invasión, buscó toda clase de medios para poder organizar un ejército poderoso, pero las dificultades que encontró para ello fueron

grandes, por cuanto que algunos nobles, eclesiásticos y municipios se consideraron dispensados del compromiso, en tanto que otros no se mostraban muy solícitos en acudir con sus huestes al llamamiento de su Rey. Por otra parte, el Rey Jaime I de Mallorca, resentido contra su hermano Pedro por haberle obligado a reconocerle feudatario, alióse con los franceses, favoreciendo, eficazmente, la marcha del ejército de Felipe el Atrevido, a través del Rosellón. Además, para facilitar el éxito de la empresa francesa, organizóse una numerosa escuadra con los navíos fondeados en los puertos comprendidos entre Marsella y Génova.

En las referidas circunstancias, no resulta extraño que el puerto de las Panisas, así como el de Pertus, estuviesen defendidos y vigilados por unos cuantos almogávares. Al frente del ejército francés venía el propio Felipe III con sus hijos Felipe, Rey de Navarra, y Carlos, titulado ya Rey de Aragón. El rey francés estuvo, durante quince días, vacilando en el modo de iniciar su empresa, y sus primeras tentativas hubieron de fracasar, mas la traición de unos miserables, vendidos al enemigo, indicando a éste como punto de paso fácil el de la Massana, facilitó la invasión del ejército francés, que en cuatro días pudo tumultuosamente penetrar en el Ampurdán, abriendo un camino apropiado, en el col de referencia, por el que pudiera marchar todo aquel abigarrado conjunto de jinetes, peones, máquinas de asalto y bagajes (año 1285).

Sin fuerzas suficientes para resistir la invasión, Pedro III se limitó a batir al enemigo, haciéndole objeto de repetidos golpes de mano, llevados a cabo por sus almogávares, y aunque algunas ciudades opusieron viva resistencia a los franceses, éstos pudieron apoderarse, sin grande esfuerzo, del Norte de Cataluña, llegando a sitiar la plaza de Gerona, no sin haber sido coronado Carlos de Valois como Rey de Aragón, en el Castillo de Llers. Pero, a pesar de todo, no se mostró muy propicia la suerte a Felipe el Atrevido. La inquietud y el desgaste ocasionados en sus tropas por los referidos ataques de los almogávares y la resistencia ofrecida por Gerona, manteniéndose heroicamente en una actitud defensiva, fueron causa de funestas consecuencias, no ya para el triunfo de los invasores, sino, igualmente, para su propia vida.

Derrotada la escuadra francesa, cerca de Palamós, por la de Roger de Lauria, que hubo de acudir rápidamente desde Sicilia, el ejército de Felipe el Atrevido vióse falto del aprovisionamiento necesario para tan crecido número de tropas, viniendo a agravar el mal una epidemia de peste, que sembró la desolación general. Enfermo de ella el propio Felipe, ordenó la retirada de su ejército, convertido al realizarla en una verdadera caravana. Los almogávares cayeron sobre los fugitivos al atravesar éstos las gargantas del col de Pertus, haciendo en ellos una horrible carnicería, y el rey francés, que iba conducido enfermo en una litera, pudo salvarse gracias a haber obtenido del Rey Don Pedro la concesión del paso libre por dicha circunstancia. Felipe el Atrevido falleció al poco tiempo en Perpignan, víctima de la peste y del abatimiento moral que le causara la vergüenza de su derrota.

De empresa tan desgraciada quedó recuerdo permanente en el Mediodía de Francia, y ello fué causa de que el prestigio y la autori-

dad de Pedro III de Aragón quedasen firmemente consolidados en el territorio rosellonés y en las demás comarcas ultrapirinaicas. En lo sucesivo, la vida del Rosellón no se verá grandemente alterada en su paz habitual. Desde el año 1262 al 1344 vióse la bella comarca separada de Cataluña, por haber sido incluída en los territorios del Rey de Mallorca, pero, a partir de la última fecha, en que nuevamente se vió incorporada a la Corona de Aragón, su prosperidad fué tal, que como muestra de ella, Perpignán, la capital del territorio, quedó transformada en una residencia palatina del más acentuado carácter catalán, llenándose la ciudad de bellos edificios oficiales y particulares. En 1349 fundóse una Universidad en ella, que permaneció hasta la misma Revolución francesa, adquiriendo las industrias locales un verdadero auge, y siendo la más importante de todas ellas la fabricación de los tejidos de lienzo, que duró hasta el siglo XVIII.

Tan decidida y paternal protección de los reyes aragoneses llevó a tal extremo la gratitud de los nobles y honrados habitantes de Perpignán, que cuando el año 1473, a consecuencia de la venta que el Rey Don Juan II había hecho al rey francés Luis XI del Condado del Rosellón en pago del auxilio que éste hubiera prestado a aquél al sublevarse el Principado catalán, viéronse en el trance de cambiar de dominación, lejos de someterse al poder del nuevo monarca, se dispusieron a rechazarlo enérgicamente. La capital del Rosellón apresóse a defender sus derechos de lo que pudiéramos llamar soberanía popular, y cerrando sus puertas a las tropas de Luis XI de Francia, durante el año 1475, sostuvo heroicamente un sitio que costó graves pérdidas a los franceses, hasta el punto de llamar a Perpignán **el cementerio** de los mismos. Distinguióse, como jefe de los defensores, el noble y valiente caudillo Bernat d'Ons, quien, caído en manos de los franceses, al rendirse la ciudad, fué ahorcado y decapitado ante los muros de la Ciudadela con inhumana y salvaje saña y con el más despiadado y vengativo furor.

En el sitio distinguióse también Juan Blancas, que repitió la hazaña de Guzmán el Bueno en Tarifa, pues habiendo caído un hijo suyo en poder del enemigo, éste le intimó a rendirse o de lo contrario a presenciar su sacrificio. Blancas arrojó por sí mismo el puñal que había de consumir el sacrificio, y de este modo, con un significado que bien pudiéramos calificar de simbólico, la Providencia Divina permitió que el apellido catalán de Ons y el castellano de Blancas quedasen a la altura de su tradicional hidalguía en la historia de tan heroico sitio. El Rosellón había sido vendido al rey francés por la cantidad de 300.000 escudos.

Mas la dominación de la comarca que nos ocupa por parte de la Corona de Francia no duró mucho tiempo. Carlos VIII, entregado a sus fantásticas expediciones en Italia, y al objeto de verse libre de todo compromiso, el año 1492 devolvió el Rosellón a Fernando el Católico. Los Corbières fueron nuevamente la frontera política entre Francia y España.

EL ROSELLON DURANTE EL PERIODO DEL RENACIMIENTO.— La rivalidad entre Francia y España, entre Luis XII y Fernando el Católico, entre Carlos V y Francisco I, entre Felipe II y los sucesores de

Francisco I hasta el advenimiento de la Monarquía borbónica con Enrique IV, fué causa de que durante ciento cincuenta años la paz del Rosellón se viese perturbada por el estruendo de las armas, que, salvo dos inútiles tentativas por parte de los franceses contra Perpignán, no llevaron su conmoción y su trastorno más allá de la frontera, noble liza en la que el Duque de Alba y los generales españoles más afamados, así como los caudillos de la Liga y de los protestantes y los lugartenientes de Enrique IV, dieron muestra de su valor y talento militar.

El paso de los Corbières fué objetivo principal de las luchas entabladas, y la defensa de Salces, por parte de España, y de Leucate, por la de Francia, el esfuerzo generalmente sostenido. El relato histórico francés mantiene vivo el recuerdo de un hecho heroico, llevado a cabo por una mujer. Sitiando los ligueros la fortaleza de Leucate, en una de las salidas hecha por la guarnición quedó prisionero el gobernador de la plaza. Advertida de ello su mujer, Cecilia de Barri, se consideró en el caso de reemplazarle en sus funciones de mando. Los asaltantes condujeron a los pies de las murallas su prisionero, con una cuerda al cuello, y pusieron a contribución su vida, exigiendo por ella la entrega de la plaza. Como en el caso de Blancas, el sacrificio de la víctima fué consumado, y Enrique IV premió el valor realmente varonil de esta mujer confirmandola en el mando provisional de la plaza.

EL ROSELLON DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV.—Durante el reinado de Luis XIII, hijo de Enrique IV, el Cardenal Richelieu, en su firme propósito de abatir el poder de la Casa de Austria, se dispuso a combatirlo por toda clase de medios, encendiendo la famosa guerra llamada de los Treinta Años. En ella tenía que verse empeñada España de una manera especialísima, pero no fué en los Pirineos en donde había de entablarse realmente el duelo. Sitiado Leucate por los españoles, la plaza fué salvada por el Mariscal Schoemberg. Y habiendo sido en otra expedición francesa asaltado Salces por los soldados de Luis XIII, fué nuevamente recuperado, no volviéndose a alterar la paz en esta frontera hasta que, el año 1639, el Principe de Condé, que había sido vencido en septiembre del año anterior, delante de Fuenterrabía, viéndose obligado a abandonar el sitio de la misma, recibió orden de Richelieu de invadir el Rosellón, e iniciada la empresa, ésta hubo de fracasar por completo.

Pero la sublevación de Cataluña dió nuevamente aliento a los franceses para persistir en sus propósitos. No hemos de relatar aquí el desarrollo de la célebre y lamentable conmoción del Principado, dispuesto en esta ocasión a convertirse en una república fronteriza. Inicialmente, Cataluña llegó a ofrecer su vasallaje al rey francés. Como resultado de aquella sublevación y tras diversas vicisitudes, el año 1642, el Rosellón cayó en poder de las tropas francesas, mandadas por los Mariscales Schomberg y Meylleraie. Según lo había prometido, el propio Luis XIII visitó los campamentos para alentar con su presencia a sus tropas. En abril de 1642 se rindió la plaza de Callioure, después de una defensa heroica, cuando ya la guarnición española iba a morir de sed por haber destruido la artillería enemiga la cisterna que le surtía de agua. Asediada Perpignán por ambos mariscales fran-

cese:
pues
Redu
recil
solda
de c
ciud
zas
dud
aqu

cay
sesi
de
pet
crit
def

LL
no
qui
lar
Aq
de
da
lai
go
és
ce
te
la
co
do
M

p
e
e
s
t
l

ceses, igualmente resistió con heroísmo la guarnición española, compuesta de 3.000 hombres al mando del Marqués de Flores de Avila. Reducidos los 3.000 hombres a unos 500 tan sólo, y sin esperanza de recibir auxilio alguno, fué preciso capitular, saliendo de la plaza los soldados españoles con todos los honores de la guerra, con seis piezas de cañón y municiones para 20 tiros. Los franceses, al entrar en la ciudad el 9 de septiembre del año 1642, encontraron en ella 100 piezas de cañón de diferentes calibres y fusiles para 20.000 hombres. Sin duda alguna era aquél el más rico arsenal con que contaba España en aquella fecha.

Una vez perdida la capital del Rosellón, el resto de la comarca cayó en poder de los franceses, y España perdió, para siempre, la posesión de un territorio que durante tantos años había formado parte de su nacionalidad, constituyendo esta lamentable pérdida una perpetua herida sangrante para los catalanes. La paz de los Pirineos, suscrita en la isla de los Faisanes en noviembre del año 1659, sancionó definitivamente el hecho.

UNA ULTIMA TENTATIVA DE RECUPERACION DEL ROSELLON DURANTE EL REINADO DE CARLOS II.—Luis XIV hallábase no menos dispuesto que su antecesor y el Cardenal Richelieu a aniquilar el poderío de la Casa de Austria, lo que era tanto como aniquilar el de España, y así, a los dos años escasos de firmar la paz de Aquisgrán (2 de mayo de 1668), dispúsose nuevamente a apoderarse de los Países Bajos españoles, pretendiendo con ello atacar a Holanda, que se había declarado enemiga de su persona y política. Los holandeses, ante tamaño peligro, solicitaron el auxilio de los Habsburgos de España y del Imperio austriaco (agosto de 1674), y dándose éstos cuenta de lo que representaría para sus intereses el que los franceses se apoderaran de las provincias unidas, dejando, por consiguiente, a los Estados de Flandes a su merced, se dispusieron a prestarles la más eficaz ayuda. Nuevamente la Europa Central hubo de verse conmovida por los trastornos y los estragos de la guerra, consiguiendo los franceses apoderarse de la importante plaza holandesa de Maestricht (1673).

Al ver generalizada la lucha en la Europa Central y Occidental, España, que no podía resignarse a la pérdida del Rosellón, intentó recuperarlo, y al efecto envió al Duque de San Germán con un fuerte ejército, que, auxiliado por los voluntarios catalanes, logró apoderarse de Bellegarde, derrotando a los franceses en Maureillas (1673), y amenazando con apoderarse pronto de la comarca perdida. La victoria de nuestras tropas hubiese sido un hecho efectivo si éstas no hubiesen tenido que abandonar su empresa, acudiendo en socorro de nuestra plaza de Mesina, sublevada en favor de Luis XIV.

Como consecuencia de esta intempestiva marcha de nuestros soldados, la Campaña del Rosellón, tan felizmente comenzada y tan diestramente dirigida por San Germán, quedó reducida a las correrías de los miqueletes catalanes, insuficientes refuerzos, que no pudieron impedir que el Mariscal Schomberg traspasase el Pirineo, se apoderase de Figueras y llegara frente a Gerona, heroicamente defendida por sus habitantes (1675). Hasta el año 1678 se sostuvo esta lucha con

un carácter indeciso, aunque los franceses consiguieran apoderarse de la plaza de Puigcerdá, en la Cerdaña, conservándola hasta el final de la guerra.

La Fortuna no se mostró propicia a nuestra causa. El año 1689 un nuevo ejército francés cruzó los Pirineos y tomó seguidamente a Camprodón, San Juan de las Abadesas, Olot y Vich. Después de haber tomado Ripoll el año 1691, al año siguiente los franceses se apoderaron de la plaza de Seo de Urgel. En 1693 lograron otro tanto en Cataluña con las plazas de Rosas y Palamós, y después de alcanzar una sonada victoria en Torroella de Mongrí y apoderarse de Gerona, vieron consumados sus esfuerzos con la conquista de Barcelona por las tropas del Mariscal Vêndomê, siendo ayudado por la escuadra y no sin tener que estar asediándola durante dos meses. La capital del Principado hubo de rendirse el 10 de agosto de 1697.

La paz de Ryswick dió fin a la guerra. El monarca francés, vencedor, no se mostró exigente, sino, antes al contrario, muy moderado en sus pretensiones. Todas sus conquistas en Cataluña, en Luxemburgo y Flandes fueron devueltas al monarca español, a quien se le consideraba ya en inminente peligro de muerte. La generosidad del Rey Sol reconocía como causa sus pretensiones a la Corona de España, que pensaba colocar en las sienes de su nieto Felipe de Anjou. Pero el Rosellón no nos fué devuelto.

Hemos de advertir que la conducta de los franceses durante las guerras de referencia no pudo ser más desacertada y desfavorable para su causa. No obstante ser llamados por los catalanes solicitando su auxilio en su rebelde lucha contra el Rey Católico, bien pronto ellos mismos hubieron de reaccionar violentamente contra los llamados, que penetraron en Cataluña como pudieran haberlo hecho en un país conquistado a viva fuerza, llegando, según parece, uno de los generales de Felipe IV a declarar que: "si el Rey mi Señor me hubiera enviado 30 millones, yo no hubiera podido prestarle tan buenos servicios como lo han hecho este invierno los oficiales encargados del mando de las tropas de Francia." No es de extrañar, por consiguiente, que llegara un día en el cual los catalanes, que habían ofrecido su vasallaje al rey francés, fuesen los primeros en arrepentirse del mal paso y se dispusieran a cambiar de actitud.

LA CERDAÑA.—Durante el siglo XV y parte del XVI, las rivalidades entre España y Francia fueron causa de que varias veces la ciudad de Puigcerdá se viera sitiada o amenazada por uno u otro ejército. Para satisfacer las pérdidas que por esta razón sufriera la capital de la comarca, los reyes la autorizaron a acuñar moneda por su cuenta. La primera capital de la Cerdaña, que recibiera el nombre de Ghix, vió cómo se iba formando, a través del tiempo y para su defensa, un grupo de viviendas, que recibió el nombre de Puigcerdá. Edificada por Alfonso I de Aragón en 1177, no tardó en verse constituida en capital de la comarca.

En las guerras entre España y Francia, durante los reinados de Felipe IV de España y Luis XIV de Francia, la Cerdaña hubo de caer en poder de los franceses, y Puigcerdá permaneció en su poder, hasta el final de la guerra. La paz de los Pirineos, fijando los nuevos lí-

mítes entre ambos países, dividió la Cerdaña en dos partes, por medio de una frontera que dejaba a Puigcerdá en nuestro poder.

El año 1678, y como consecuencia de la campaña de Cataluña en el año anterior, el Mariscal de Noailles, trayendo un ejército reforzado como de unos 20.000 hombres, emprendió el sitio de Puigcerdá en el mes de abril. La plaza estaba guarnecida con 2.000 hombres de tropa y 700 ciudadanos armados, a las órdenes del bravo oficial don Sancho Miranda. Un mes entero duró el sitio, siendo la plaza heroicamente defendida por su gobernador, y teniendo los franceses que realizar verdaderos trabajos de asalto, abriendo brechas, volando minas e intentando varios golpes de mano.

Vino en socorro de la plaza un ejército castellano de 13.000 hombres, mandados por el Conde de Monterrey, mas éste, lejos de dar muestras de decisión y capacidad de mando, se limitó a situarse frente al ejército sitiador, sin atreverse a atacar las posiciones enemigas, llegando en su cobardía a abandonar a Puigcerdá a su suerte, lo que obligó a Miranda a capitular, el día 28 de mayo de 1678, en condiciones dignas de su gloriosa defensa. Así conquistada la plaza, Noailles se retiró a descansar de las fatigas del sitio al Rosellón, dejando en Puigcerdá una adecuada guarnición para su sostenimiento.

Poco tiempo duró el descanso del mariscal francés, pues, llegado el mes de septiembre, penetró de nuevo en Cataluña, y sin acometer empresa considerable en el interior del Principado, se mantuvo en el Ampurdán y la Cerdaña, subsistiendo a expensas de ambos países. Como llegase a su noticia que iba a concertarse una paz general que devolviera Puigcerdá a la Corona de España, hizo destruir las fortificaciones y otros castillos que poseían los franceses, al objeto de que no pudieran servir a los españoles de defensa en el caso de una nueva guerra. Nuevamente el año 1691 la Cerdaña española fué hollada por las plantas de los soldados de Noailles. Sitiado Urgel por los franceses, la plaza tuvo que rendirse el 12 de junio de dicho año, no obstante la defensa llevada a cabo con toda bravura por su gobernador, don José Aulló, quedando prisionera toda la guarnición española. Tanto Urgel como Belver, y en general toda la Cerdaña, quedaron en poder de los franceses, hasta la antes citada paz de Ryswick.



CAPITULO IV

La moral y la actitud de los pueblos en lucha

El pueblo catalán ante la guerra. - Su especial situación dentro del ambiente nacional español. - Ocasión oportuna para que Cataluña pudiera intentar sus reivindicaciones históricas. - Presiones que sobre ella actúan. - Patriótica decisión del pueblo catalán ante las mismas. - Influencias de los elementos extraños. - Significación positiva del esfuerzo catalán. - La opinión pública en el Rosellón. Las afinidades étnicas e históricas. - Valor positivo de las mismas. Realidad de lo que la adhesión y el auxilio de los roselloneses pudiera representar en el desarrollo de la guerra declarada

CATALUÑA, FACTOR PRINCIPAL DE LA CONTIENDA

Lo que la declaración de guerra representaba para el pueblo catalán



N el capítulo IV del primer tomo de esta obra, al tratar de la declaración de guerra, expusimos los caracteres de especial entusiasmo y generosa cooperación con que Cataluña, entre todas las regiones españolas, recibió tan importante suceso, aprestándose decididamente a tomar parte en la contienda. Impulsada por la fuerza de su ardiente patriotismo, llena de vigor y de sentimentalidad, vió en aquel hecho la ocasión propicia para realizar sus anhelos, nunca dormidos, de una reconstitución histórica, tanto más convencida de la legitimidad de su propósito por cuanto que, en esta ocasión como en ninguna otra, su interés venía a estar como plasmado en la noble y generosa causa que España entera iba a defender, fiel, como siempre, al servicio de los puros y sagrados ideales que habían constituido el **substratum** de su espiritualidad. El propósito de España, altruista y generoso, en íntima concordancia con el de Cataluña, aunque éste fuese, desde luego, más concreto y definido en su objetivo, constituía una fuerza potente dispuesta a la realización de las mayores empresas. Aquella integración del anhelo catalán, dentro de las aspiraciones de toda España, despertaba en el apasionado carácter de los habitantes del Principado, una energía insospechada. Tras los lamentables acontecimientos, que habían dejado en el pueblo catalán un amargo sedimento de rencor contra Castilla, y en ésta un oculto recelo de desintegración por parte de aquél, el Destino providencial iba a facilitar una circunstancia favorable para que Cataluña pudiera apreciar, por sí misma, cómo su razón de ser está entrañada en la de la nación entera y cómo no cabe hacer por parte de Castilla y de las demás regiones españolas distinción de ninguna clase respecto de ella.

Aquí podríamos hablar del imperativo de los factores subconscientes y de la voz poderosa del Destino, imponiéndose a la influencia de todo otro valor doctrinal o artificioso. El tema es tanto más sugestivo dado que, a nuestro entender, son precisamente los factores geográficos, en relación con los históricos, los que ofrecen razonada explicación del hecho, aunque no puedan pasarse de largo aquellas diferenciaciones de evidente realidad, tales como las del lenguaje, el carácter, la formación política y los rumbos de la misma durante el acusado período de la Baja Edad Media, durante el cual Cataluña, uni-

da a los reinos de Aragón y Valencia, logró constituir una sólida potencia naval mediterránea.

Como pudimos ver en páginas anteriores, el entusiasmo de los catalanes para la guerra es tema ampliamente desarrollado por Ossorio y Gallardo en su obra de referencia. Las declaraciones de Aulestia y Pijoan asegurando que, en esta ocasión, Cataluña no estaba dispuesta a dejarse arrastrar por corrientes que nada le aseguraban respecto a su pérdida autonomía y que ponían en peligro la independencia de la nación; las de Capmany, representante del Ayuntamiento de Barcelona en Madrid, notificándole la impresión que había producido en la Corte la noticia de los importantes contingentes de tropas catalanas que se aprestaban a la lucha y expresando aquel espontáneo concepto de que "parece que aquí no creían tanto de nosotros, pero ahora se desengañarán", y las manifestaciones del Arzobispo de Tarragona, en la pastoral publicada con motivo de la declaración de guerra, que ya conocen nuestros lectores, son pruebas evidentes de lo que el referido entusiasmo de los catalanes representaba.

Como pone muy bien de manifiesto el escritor castellano antes aludido, a esta obra, de exaltación patriótica, los poetas catalanes de la época se sumaban, poniendo a contribución sus fuerzas, que "de ordinario no suelen ser grandes en ocasiones tales". Y a este propósito transcribe una poesía, que aparece en la sección de impresos raros de nuestra Biblioteca Nacional, entre otras muchas agresivas a la República francesa, y que, escrita en Málaga, lo fué, evidentemente, por un autor con barretina. En esta poesía, en la que aparecen Marte y Barcelona dialogando sobre la guerra y agotando todo el bagaje de las más ampulosas hipérboles, el primero, asegura, **esgrimirá su cuchilla en favor de las armas de Castilla**, añadiendo:

*Què temblará la terra
Viendo que Barcelona y Marte a España
Defienden con tenaz, terrible guerra;
Y en ella harán los hechos más gloriosos
Los fuertes catalanes valerosos.*

Y sobre la finalidad que habían de perseguir estos fuertes y valerosos catalanes no podían caber dudas ni distingos, pues todos ellos hallábanse dispuestos a alcanzar el más brillante triunfo en pro del honor nacional. La afirmación era rotunda, según sabemos:

*"... con sus hazañas,
La gloria aumentarán de las Españas."*

Y si esto podía declarar en idioma español un poeta con barretina, en el sonoro idioma catalán las promesas no eran menos categóricas, como podía verse en aquella copla de despedida a los combatientes del nuevo regimiento, formado por la ciudad de Barcelona, de que dimos cuenta en el tomo I y que empieza diciendo:

*A Deu Barcelona, à Deu,
A Deu, regalada patria,*

Todas estas citas, y otras muchas que pudieran recogerse, nos permiten, sin duda alguna, dar cuenta de que no pudo ser más entusiasta y más sincera la adhesión de Cataluña al esfuerzo nacional de España en la guerra por ésta sostenida con la Revolución francesa (1).

ALTA ESTIMACION QUE MERECE LA ACTITUD DE CATALUÑA. Pero no basta con poner de manifiesto el entusiasmo de los catalanes por la guerra, es necesario, asimismo, considerar hasta qué punto este entusiasmo era digno del mayor encomio, por obedecer a los más nobles dictados de la conciencia y a los más dignos y legítimos sentimientos. Recordemos, al efecto, cuanto hemos dicho sobre los caminos que se presentaban a la opción de los catalanes. Las presiones de toda clase que actuaban sobre Cataluña y lo que es muy digno de tenerse en cuenta, tratándose de una región rica y poblada y en un pleno período de progreso industrial y comercial, el peligro que representaba para la prosperidad del Principado, el verse comprometida en la guerra y en el inmediato contacto con el teatro de las operaciones, no fueron obstáculo a que los catalanes tomaran decididamente el partido de la causa nacional y se dispusieran a unir su esfuerzo al de la nación entera.

En contra de esta actitud laboraban múltiples y poderosos factores: los gloriosos recuerdos del pasado; la incitación de los refugiados franceses en Cataluña, muy especialmente del numeroso clero que había traspasado la frontera y que, por su conducta, era digno del mayor respeto; la constante y persistente labor de zapa de los revolucionarios y de los conspiradores, más ninguna de estas incitaciones pudieron torcer el recto camino que desde el primer momento la conciencia catalana adoptó como norma de su conducta.

Analizando la antítesis entre la conciencia catalana y el pensamiento revolucionario francés, y poniendo de manifiesto hasta qué punto era difícil que los catalanes cediesen a las presiones revolucionarias, Ossorio y Gallardo manifiesta que si es natural que Cataluña repudiase la propaganda revolucionaria, ya no lo es tanto que rechazara de igual manera las consecuencias que fácilmente podrían derivarse de la comunidad de historia y de ideales que la unían con el Mediodía de Francia. "Necesitada esta región de auxilios para defenderse de la tiranía de una república a la que odiaba y que se imponía dictatorialmente por el hierro y por el fuego; no pudiendo esperar su salvación sino del Gobierno español y del entusiasmo de los catalanes; vivo aún en el alma de éstos el rescoldo de odios que los reinados de Felipe IV y Felipe V dejaron; surgiendo, por inesperados accidentes, una ocasión como no podía soñarse para estrechar los vínculos entre los catalanes de uno y otro lado del Pirineo, ¿por qué no brotó el espíritu nacionalista?"

La respuesta no es fácil, por no ser iguales las razones que pudieran mover a dichos catalanes en su actitud. "Que no brotase el es-

(1) Advierte el escritor que nos ocupa en una nota final que: «No se ha perdido por completo la memoria de los que espontáneamente abandonaron sus hogares para luchar contra la corriente revolucionaria. Y entre los héroes tortosinos se cita a un tal Juan Castells Monllaó, que a los catorce años se incorporó al ejército de Ricardos, tomando parte en los combates de Ceret, Arlés, Mas-Deu, Trouillás, Colliure, Portvendrés y San Telmo.»

piritu nacionalista en los franceses, se comprende, porque aun sintiendo la afinidad de raza no era de ésta exclusivamente, sino del Rey y de las armas españoles de quienes esperaban el auxilio decisivo. Y aun así y todo, ya veremos en la segunda parte de esta obra cuál era su estado de ánimo. Pero los catalanes españoles ¿cómo no utilizaron, en beneficio propio, aquella favorable e inesperada coyuntura? ¿Cómo no procedieron con egoísmo, pensando en lo que de una u otra manera podrían recabar para sí? ¿Cómo, al menos, no sembraron para el porvenir, cuidando sagazmente de estrechar lazos con sus vecinos?" El escritor castellano no deja flotar en el ambiente de la incertidumbre la contestación a estas preguntas, y así expone:

"La explicación estaba en que había ideales superiores que defender, y el regionalista o nacionalista catalán no es el único, ni aun el primero, como en los períodos de exaltación suele decirse." Y tras una jugosa digresión, a propósito de un concepto de Balme sobre las causas de las revueltas del Principado, Ossorio y Gallardo expone este juicio, verdaderamente importante, que asegura que si en los momentos de la vida ordinaria el catalán cree que sólo de Cataluña tiene que ocuparse, que vive por y para Cataluña, y que fuera de Cataluña no existe nada que le importe; en los momentos críticos para la vida de la nación viene la realidad (como llegó en 1793) a advertirle que en el mundo hay más, y el catalán, mezcla extraña de lírico y utilitario, se rinde a la evidencia y se da al servicio de superiores ideales con vehemencia y desinterés de que él mismo no sospechaba ser capaz."

Pero este asunto nos llevaría más allá de los límites que han de fijar la extensión de nuestro trabajo. Creemos que con cuanto acabamos de exponer y hubimos de manifestar asimismo al tratar de los antecedentes de esta guerra queda bien puesta de relieve la verdadera significación del esfuerzo catalán en la lucha de que tratamos, permitiéndonos darnos cuenta del verdadero e íntimo alcance del mismo y de cuanto había de permanente y substantivo en el heroico entusiasmo del pueblo catalán durante todo el período de las operaciones militares.

CONSIDERACIONES SOBRE LA RAZON DE SER DE LA BRAVURA DESARROLLADA POR LOS CATALANES DURANTE LA GUERRA.—El entusiasmo catalán se manifestaba, de un modo elocuente y positivo, en la heroica y sostenida bravura con que sus voluntarios luchaban en los campos de batalla. "Pero esta bravura, **derrochada** en el amplio espacio que comienza en la necesidad y termina en la imprudencia, ¿era sólo—pregunta Ossorio y Gallardo—la consecuencia obligada de unas exigencias de defensa local? ¿Era, a lo más, producto de la febrilidad contagiosa que se da en el irreflexivo enardecimiento propio de las batallas y que convierte en héroes a muchos que serían sencillamente cobardes en las ordinarias necesidades de la vida civil?"

La contestación a estas preguntas implica penetrar de lleno en las profundidades de la psicología militar y ponernos en conocimiento de algo que no debe dejarse pasar por alto. El escritor aludido no vacila en responder, desde el primer momento, de un modo categó-

rico: "No—escribe—; ese arrojo era algo más que todo eso, era el fruto de un estado de conciencia general firmemente sentido, demostrado a diario de manera consciente y expresado de mil modos. Ya he citado algunos de ellos como preliminares de la lucha. Véase ahora si persistían a través de sus alternativas." Y las pruebas presentadas para la información de este aserto no pueden ser más autorizadas y convincentes. Ellas son las siguientes:

Con el título de "La soberanía francesa humillada y la humildad española exaltada", el Rvdo. Padre Fr. Pedro Pont pronunció un sermón en la solemne función de gracias "por el triunfo de las armas catalanas en la rendición del castillo de Bellaguarda", organizada por algunos devotos catalanes en la iglesia de Santa María del Mar el 7 de julio de 1793.

En tal sermón hay frases tan expresivas como las siguientes, entresacadas de las muchas de igual indole que contiene:

"Si, amados paisanos míos: Bellaguarda se ha rendido finalmente al valor español, sostenido por el favor del cielo. Abatidas las tricolores de una soñada libertad, tremolan sobre sus muros las respetables banderas de España y domina en su recinto el augusto nombre de nuestro amantísimo Soberano Don Carlos IV. Este es el gozo que os anuncio.

...¡Ah! Vos lo sabéis, Señor. Vos sabéis con cuánto respeto miramos al Trono que habéis establecido en medio de nosotros; con cuánta sumisión veneramos vuestra voluntad en la de nuestro Monarca; cuánto amamos su preciosa vida y con cuánto afecto os habemos rogado y renovamos ahora mismo nuestras súplicas por su conservación, igualmente que por la de toda la Real Familia."

Esta misma conquista del fuerte de Bellegarde inspiró los tres sonetos que vieron la luz en el "Diario de Barcelona" el 6 de julio de 1793. Son muy curiosos, sobre todo el primero de ellos, que "personas eruditas señalan como la primera composición literaria en lengua catalana después del derrumbamiento de Cataluña al triunfar Felipe V."

Ossorio y Gallardo expone a continuación un facsímil de la hoja número 187 del "Diario de Barcelona" correspondiente al sábado 6 de julio de 1793, en donde hállanse impresos estos tres sonetos. El primero hace referencia a la conquista de la fortaleza de Bellegarde (Bellaguarda); el segundo, a la rendición de la misma, y el tercero, a la entrada victoriosa del General Ricardos en la importante fortaleza francesa. La conquista de Bellaguarda está cantada en lengua catalana; los otros dos sonetos hállanse escritos en castellano. Dicen así:

PRESSA DE BELLA-GUARDA

Soneto Catalá

Ja del bronse tronant la força activa
Rompé de Bella-Guarda la alsa roca;
Y rendida al foch viu, que la sufoca,
La Guarnició se entrega, y s'fa cautiva.

Lo Gall Francés abac la cresta altiva
 De son orgull, que á tot lo mon provoca,
 Y devánt del Lleó no bada boca,
 Si que fuig aturdit quant ell arriba.
 Vallespir, Roselló, La França entera
 Del valor español lo excés admira;
 La espera resistir, ja desespera.
 Ja brama contra l'Cel pero delira;
 Que lo Cel es qui vol que torne á España
 Lo Roselló, Navarra y la Cerdaña.

Los sonetos en castellano decían, por su parte, lo siguiente:

RENDICION DE BELLA-GUARDA

Soneto

Cayó, por fin, de Bella Guarda altiva
 La Plaza y Guarnición, ya prisionera;
 Y donde antes gritaron LUIS muera,
 Ya suena en todas partes CARLOS viva.
 Ya del gran Dios la espada vengativa
 La diestra armó del Rey que le venera;
 Ya su cresta orgullosa y altanera
 Rinde el Gallo al León, que le derriba.
 Ya teme Perpiñán, tiembla Colibre,
 Se alarma el Rosellón, mas no hay que tema;
 Y sí oprimido espera quien le libre;
 Ya de la Francia en la miseria extrema
 La España va a salvarle, con empeño
 De que vuelva a su antiguo y justo Dueño.

A LA ENTRADA VICTORIOSA DEL GENERAL RICARDOS EN BELLA-GUARDA

Soneto

Pisa Ricardos la Ciudad tomada
 Y entre el tropel de la vencida gente,
 Febo Divino, Marte Armipotente,
 Salen también a celebrar su entrada.
 Febo le toma la invencible espada
 Y con laurel eterno alegremente
 Ciñe y enxuga la gloriosa frente,
 De espeso polvo y de sudor bañada.
 Contempla Marte el ademán vizarro,
 Y al ver que resplandece en su semblante
 La gloria de Cortés y de Pizarro;
 Alargóle la diestra fulminante,
 E hizo subir en su funesto carro
 Al Domador del Rosellón triunfante.

Este último soneto estaba firmado por "El Presidiario de las Galeras".

Como podrán apreciar nuestros lectores, las anteriores poesías, si desde un punto de vista literario no dejan de ser estimables, como testimonios de un estado y de una aspiración de la opinión pública no pueden ser más interesantes. Con acierto indiscutible Ossorio y Gallardo advierte: "Repárese en los tercetos finales de los dos primeros sonetos. Hay en ellos—declara—todo un programa de gobierno." Y añade: "No se utilizaron como tal, pero demuestran cuál era la aspiración latente de los catalanes."

Para éstos era el Cielo el que quería tornase a España: "Lo Rose-

lló, Na
 España
 cerlo
 irrede
 el Ros
 ñola. l
 tirlo a
 abiert
 había
 Españ
 LO
 oportu
 donde
 Pirine
 raleza
 ciales
 de la
 hubo
 que c
 sorpr
 Españ
 tián,
 ses a
 muy
 valor
 Exérc
 nove
 "2.000
 e inn
 en Ir
 C
 decir
 clarc
 mom
 I
 trab
 ocas
 que,
 ta el
 ocup
 Prin
 cual
 en l
 dese
 prer
 ción
 com
 pás

lló, Navarra y la Cerdaña". Y si ésta era la aspiración catalana, la de España era salvar a Francia, **en la miseria extrema**. Y había de hacerlo con empeño de que ésta volviese **a su antiguo y justo dueño**. El irredentismo catalán no podía estar más bien determinado. Navarra, el Rosellón y la Cerdaña eran girones arrancados a la soberanía española. España, mejor dicho, los españoles de la época podrían no sentirlo así, pero en la población del Principado la herida estaba siempre abierta, y el propósito se mantenía firme: volver a recobrar lo que se había perdido; unir a Cataluña lo que como catalán se estimaba; que España recuperase su antigua frontera.

LOS CATALANES FUERA DE CATALUÑA.—Y no se crea, como oportunamente advierte Ossorio y Gallardo, que era sólo en su país donde los catalanes se batían esforzadamente. En el ejército de los Pirineos Occidentales figuraban también contingentes de esta naturaleza, y, según puede comprobarse por lo declarado en los partes oficiales del Teniente General don Ventura Caro, Comandante General de las fuerzas que operaban en Navarra y Guipúzcoa, su conducta hubo de destacarse por su valor y entusiasmo en la lucha. El escritor que citamos transcribe el contenido de dos notas, que hubieron de sorprenderle en la lectura del manuscrito "Guerras de Francia con España". El contenido de tales notas era el siguiente: "San Sebastián, 31 de mayo de 1793. El 29 por la noche acometieron los franceses al campamento de los Miqueletes Catalanes: hicieron un fuego muy vivo, más de dos horas; los nuestros se defendieron con mucho valor y denuedo, y a las seis de la mañana siguiente se puso todo el Ejército sobre las armas y se retiraron a sus destinos sin haber otra novedad."

"San Sebastián, 15 de julio de 1793... Ayer 14 entraron en Irún 2.000 catalanes, para Miqueletes, todos de veinte a veinticuatro años, e inmediatamente se les dió vestuario. Nuestro Ejército permanece en Irún."

Como comentario a estas dos notas, Ossorio expone: "Bien puede decirse que se significan en cuantas acciones toman parte (se refiere, claro está, a los voluntarios catalanes) y que son utilizados en los momentos de mayor compromiso."

LA INTRANSIGENCIA CATALANA.—Y para terminar nuestro trabajo acerca del espíritu que animaba a la población catalana en la ocasión de que se trata, recogemos igualmente las consideraciones que, con referencia a la intransigencia del carácter catalán, manifiesta el escritor aludido. Porque, efectivamente, en esta guerra que nos ocupa, los voluntarios reclutados en las poblaciones y campos del Principado dieron muestras de estar afectados de dicha desfavorable cualidad. Ella arrastró a tales combatientes a abandonar sus puestos en las filas, no teniendo reparo alguno en llevar a cabo frecuentes deserciones, que fueron causa de la desmoralización que puede comprenderse.

Claro está que esta intransigencia, y con ella la insubordinación consiguiente, no dejaban de estar fundadas en causas positivas, como lo eran las imprevisiones del Gobierno no facilitando a las tropas los elementos necesarios para desarrollar en condiciones apropia-

das la penosa labor que habíamos de realizar. En el libro, o mejor dicho, en el manuscrito "Guerras de Francia con España", en una referencia firmada en el campamento del Boulou el 16 de noviembre de 1793, se dice lo siguiente:

"Es incomparable lo que padecen nuestras pobres tropas, así por lo riguroso de la estación como por lo de la mira a la falta de abrigo; escasa, cara y mala comida, pues la menestra, que se da dos veces a la semana, llega regularmente tarde y fría y sin otra sustancia que unas pocas gotas de aceite malo; a esto se atribuye, primeramente, la escandalosa desertión de los Catalanes del Batallón formado en Reus y algunos Dragones con sus caballos y armas."

"Mucho errará—comenta el escritor de quien hacemos mención—quien suponga que la desertión de los catalanes era hija de la cobardía o encubría otros móviles segundos. Yo la concibo perfectamente por los motivos que la nota indica. El catalán tiene de la justicia un concepto primitivo, simple, falto de toda ductilidad, igual al que forman los chicos. Constantemente se les oye decir: "Si esto es justo, ¿por qué no ha de hacerse?" "Si tengo razón, ¿por qué no me la dan?", prescindiendo de todo acomodamiento a las circunstancias, de toda transacción con las conveniencias.

"Por eso me parece natural en aquella raza que no vacilara en entregar la vida para defender un ideal y que se incomodase y abandonase el puesto de honor en cuanto los superiores a quienes servían no cumplieran aquello a que estaban obligados.

"Aparte de esto, hay que reconocer que el ejército ha solido manifestar—y es verosímil que lo manifestara entonces—constantes anhelos de distanciarse de los elementos civiles, de los **paisanos**, según el depresivo **argot** cuartelero. Bueno es notar que en diciembre de 1793 se expidió una Real Orden para que el Capitán General de Cataluña reprendiese y castigase "a cualesquiera militares que no observen la buena armonía prevenida con los Tribunales y jueces de la jurisdicción ordinaria y les faltaren al respeto y decoro que es debido."

"Si los militares daban ocasión a tales prevenciones, ¡cómo sorprenderse de que en algunos casos los voluntarios mostraren sus discordancias con los profesionales de las armas!"

Sin duda alguna estos conceptos de Ossorio y Gallardo responden a una acertada interpretación de los hechos, y si, como él declara, es cierto que esa insumisión engendraba algunas veces la desertión, no lo es menos también que ella creaba tipos como Rius, Cufí, Sansó y tantos otros, a los que España debe aplauso y gratitud.

LA OPINION PUBLICA EN EL ROSELLON. CARACTERISTICAS DE SU ADHESION AL MONARCA ESPAÑOL EN EL MOMENTO DE LA GUERRA.—Sobre la actitud de Cataluña, sobre sus verdaderos propósitos al lanzarse a la lucha, sobre el estado de la opinión pública no creemos sea necesario insistir más. No queda, por lo tanto, otra cosa más sino que poner de manifiesto cuál pudiera ser el sentir y la actitud de los naturales del Rosellón en este momento crítico de la lucha que iba a entablarse, porque, si bien es cierto que las afinidades de sangre, de ideología, de hábito y costumbres entre los habitantes de ambas vertientes del Pirineo catalán eran muchas y muy entraña-

blés, a pesar de todo, como acertadamente apunta el concienzudo y sagaz escritor castellano que venimos transcribiendo: "Muy arriesgado sería lanzar ahora la afirmación de que la Cataluña francesa quisiera dejar de serlo."

Estamos plenamente conformes con el parecer de Ossorio y Gallardo. Afirmar que los roselloneses quisieran romper sus lazos de dependencia política de Francia y encuadrarse (perdónesenos la frase) en la Constitución o régimen de la monarquía española bajo el reinado de Carlos IV constituiría, en nuestro concepto, una aventurada afirmación. Ahora bien, una circunstancia puede, desde luego, ser tomada en cuenta. Como expone el escritor aludido: "No es fácil en historia juzgar por indicios, mas lo que no tiene nada de temeridad en el caso presente es asegurar que en el Mediodía francés las ideas revolucionarias no se impusieron sino por el terror. Y en medio de la airada protesta que esto había de producir en las conciencias honradas, es natural que todas ellas encauzasen la corriente de sus simpatías hacia una encarnación política anterior, que significaba simultáneamente la raigambre de la Historia y la esperanza de salvación." Como veremos más adelante en el documento que los habitantes del pueblo francés de San Lorenzo de Cerdá elevaron al Rey de España, en expresión de su agradecimiento por haber las tropas españolas penetrado en el pueblo, salvándole de una inicua y cruel venganza por parte de los sicarios de la Revolución, estos sentimientos están clara y terminantemente expresados.

Existía, desde luego, una realidad positiva, contra la que no cabía distinguo o contradicción de ninguna clase: "En el siglo XVIII los roselloneses despreciaban las costumbres extranjeras, reputando como tales las francesas, y se pronunciaban hacia las catalanas, teniendo a Barcelona por brújula de la moda y del gusto."

"Los cantos populares eran catalanes, descollando, entre ellos, el aun hoy conocidísimo "Montanyes regalades", a la gloria del cual se ha erigido en Perpignán un monumento. Se bailaban seguidillas y sardanas, celebrábanse procesiones nocturnas en Semana Santa, se distinguía el grado de elegancia femenina por vestir a la **menestrала** o a la **catalana**, siendo esta última ropa la característica de las aldeas, y la faja, la berretina y los espardenyes (alpargatas) eran prendas indispensables del traje de los hombres." La inclinación espontánea, la afición íntima y cordial del alma rosellonesa por todo lo catalán era, por lo tanto, algo recóndito y verdaderamente sentido.

La jugosa personalidad catalana, la fuerza y el vigor de su espíritu, el temple y gallardía de la raza, habían captado por completo el alma rosellonesa al impulso natural de afinidades étnicas, difíciles de contrariar, y que actuaban además de un modo permanente aun después de haberse perdido para la dominación española la comarca del Rosellón. Pero esta captación, esta afinidad, volvemos a repetirlo, no nos permite asegurar, como hemos dicho antes, que la bella comarca de referencia quisiera unir su personalidad política a la de Cataluña, reanudando su antigua dependencia del Estado español. Que en el Rosellón existía un partido francamente catalán, que los roselloneses eran considerados por los españoles como los catalanes del otro lado

del Pirineo Oriental o, en otros términos, como los catalanes franceses, y que nuestra intervención fué acogida con verdadero entusiasmo por casi todos ellos, cifrando en nuestro monarca y en el esfuerzo de nuestros soldados sus esperanzas de liberación, todo esto es evidente, pero también, en honor a la verdad, hemos de reconocer que casi todos los episodios, todas las representaciones, todos los documentos referentes al caso no dan margen a suponer más de lo que acaba de indicarse, aunque sea no menos cierto que, como informaba el representante Fabre al Comité de Salud Pública: "Estos catalanes del Rosellón son más españoles que franceses."

Los propios franceses tenían que reconocer la evidencia de estos lazos establecidos entre los catalanes del Rosellón y los nuestros del Principado. Y así, en una Memoria oficial suscrita el año 1778, el Intendente de Perpignán exponía a su Gobierno cómo "los roselloneses, unidos por largo tiempo con los catalanes, han conservado, por la frecuencia de su comercio y de su relación con ellos, ideas republicanas que no están enteramente borradas, y si éstas no llegan hasta hacerlos soportar con impaciencia el yugo de la dominación francesa, de lo que se les acusaba todavía a principios de este siglo, hay que confesar que les hacen un poco montaraces; que están menos sometidos por el sentimiento del deber que por el resorte del temor, y que la inclinación que muestran a censurar, a criticar las operaciones que emanan de las autoridades de todas clases, revela en ellos el principio de un orgullo que, según parece, caracteriza a la mayoría de las gentes de España".

Y si el año 1778 podían hacerse tales afirmaciones por parte del Intendente de Perpignán, en 1790 otro de ellos, M. de Saint-Sauveur, se consideraba en el caso de afirmar, también oficialmente, que "en general los habitantes del Rosellón conservan de los españoles que les han gobernado la altanería, la indiferencia y el desvío hacia los extranjeros, a quienes llegan hasta mostrar desprecio". Si esto es cierto, habrá que reconocer que eran los franceses los primeros en confirmar cómo, a causa de la dominación española, los roselloneses adquirieron cualidades que ponen de manifiesto cuán digna, cuán sincera y cuán noble resultó para ellos su dependencia de la monarquía, aragonesa primero y española más tarde.

Todos estos hechos incontrovertibles, todas estas muestras de una realidad innegable, nos permiten darnos cuenta de cómo una vez iniciada la guerra, el espíritu de unos y otros catalanes se fué identificando por momentos, y que con toda razón pueda declarar el escritor tantas veces citado cómo "el republicano Chantreau veía con perfecta claridad el problema político español de aquel momento al decir que los catalanes, después de las represalias de Felipe V, lejos de ser partidarios de nuestra revolución, más bien están dispuestos a armarse contra ella, porque los curas, más curas ahora que nunca, les han pintado nuestra constitución como una obra de Satanás... Las calumnias de nuestros emigrados han concluido lo que los curas habían iniciado. Quien los ha trabajado especialmente son los catalanes de las fronteras. Les han hecho temer una próxima invasión de nuestra parte, con todos los excesos que pueden esperarse de una horda

indisciplinada. Para poner sus hogares al abrigo de esas supuestas calamidades han prometido a la corte—que tiene tanto miedo como ellos, pero no su resolución—garantir su país y defenderle contra la irrupción hostil. Pero el Gabinete de Madrid, que no ha olvidado el trabajo que le costó desarmar a los catalanes, no ha sido tan impolítico que les devuelva sus armas; preferiría verlos en poder de los franceses que armados otra vez”.

Mas no creamos, por cuanto acabamos de decir, que la situación de nuestro ejército al penetrar en el Rosellón estuvo exenta de peligros y fué en su totalidad tranquila y confiada. Y en realidad no podía haber sucedido otra cosa. Tengamos presente que el Rosellón se vió prontamente invadido por todos aquellos contingentes de reservistas, reclutas o conscriptos que la Convención enviaba al teatro de las operaciones a modo de confuso y desordenado aluvión. La bella comarca rosellonesa se vió prontamente invadida por gentes de toda clase, y así no es de extrañar el que, como lo denotan las cartas del Teniente don José Heredia a sus tíos el Cardenal y el Obispo Lorenzana, nuestras tropas se vieran en sus campamentos asediadas constantemente, tanto de día como de noche, por la hostilidad de aquellos enemigos aislados, que llevaban a cabo con verdadera insistencia una lucha de frecuentes ataques aislados, calificada con toda propiedad por nuestro oficial como **una guerra de moros**. A consecuencia de ella el ejército español se veía sometido a un permanente estado de inquietud, de zozobra y manifiesto peligro. Y no sin razón podía escribir a dichos familiares el oficial leonés que “la gente de este país nos es desafecta, y así, cualquier paisano que se tome para enseñar las veredas no sirve bien, por no aventurarse en el un partido ni en el otro”. Es lógico que esta actitud de indecisión y reserva se manifestase en los naturales o habitantes del país invadido, una vez que nuestras tropas, habiendo avanzado hasta las llanuras más allá del río Tet, viéronse precisadas, por las vicisitudes de la guerra, a abandonar el terreno conquistado y retirarse ordenadamente para verificar su concentración en el campo del Boulou, al abrigo de la montaña.

Así, puesta de manifiesto la actitud de los catalanes y de los roselloneses en la guerra de que estamos tratando, nuestros lectores podrán disponer de un elemento más de juicio que les permita darse cuenta del desarrollo de los acontecimientos y de las causas que pudieron determinarlos.

CAPITULO V

El Alto Mando del Ejército Español. - Los generales
que tomaron parte en las operaciones

Biografías del General Ricardos, el Duque de Osuna, don Juan
Curten, el Marqués de las Amarillas, el Conde de la Unión, don
José Urrutia, don Gregorio García de la Cuesta y don Alejandro
O'Reilly



HEMOS creído oportuno poner previamente a nuestros lectores en el conocimiento de la personalidad de aquellos Generales que en ambos ejércitos hubieron de destacarse en su importante actuación, desempeñando los puestos más elevados en la escala jerárquica. Por lo que a los Generales españoles se refiere, hemos de limitarnos a hacerlo así con los que acabamos de indicar, dada la imposibilidad de ir señalando los brillantes servicios de cuantos merecieron el reconocimiento de su valía profesional y la gratitud de la Patria.

Sin duda alguna merecían el honor de figurar en este trabajo las biografías de los Tenientes Generales Príncipe de Monforte, don Juan Manuel Cagigal, don Bernardo Tortosa y don Garcerán de Villalba, así como los Mariscales de Campo don Agustín Lancaster, don Pedro Mendinueta, don Tadeo Espejo, don Juan Escofet, el Duque de Montellano, don José Simón de Crespo, don José Moncada y, finalmente, don Rafael Adorno, que recibió gloriosa muerte en el campo de batalla de Vernet (1). Pero no lo hemos hecho ante el temor de distraer demasiado la atención de nuestros lectores, lógicamente interesados en entrar, cuanto antes, en el conocimiento de las operaciones militares.

Mas no hemos de seguir adelante sin hacer una consideración reclamada por los fueros de la justicia. Ha sido costumbre inveterada en los críticos que han tratado de nuestras guerras reconocer siempre el valor y la abnegación de nuestros soldados, acusando, en cambio, de incompetentes e incapaces a la mayoría de nuestros Generales, aunque no se les negaran positivas cualidades de nobleza y de valor. La campaña que vamos a describir pone de relieve cómo, por lo menos en esta ocasión, nuestros Generales dieron las más elocuentes pruebas de conocer los principios y las reglas del Arte militar, sabiendo llevar sus tropas a la victoria.

DON ANTONIO RICARDOS Y CARRILLO DE ALBORNOZ, Teniente General del Ejército español, Capitán General de Cataluña, General en Jefe del Ejército de operaciones en el Rosellón.

Nueve fueron los Generales que hubieron de ser encargados en el Ejército francés del mando superior de las tropas durante la campaña desarrollada en la frontera comarca rosellonesa. Frente a tan

(1) La personalidad del general Morla será objeto de descripción en el tomo III, al tratar de la Campaña de Cataluña en 1794.



*El Excmo. Sr D.ⁿ Antonio Ricardos
Carrillo de Albornoz.*

Goyz pin.

Amedler sculp.

crecido número de ellos, en el campo español no hubo más que un solo General, don Antonio Ricardos y Carrillo de Albornoz, que ejerciese el mando superior de las tropas operantes en dicha campaña.

Hubo en aquella breve guerra (mientras la dirigió Ricardos) páginas gloriosas y poco conocidas, como las batallas de Masdeu y Trullás. Se empleó entonces, acertadamente, la Caballería en los servicios de exploración, extendiendo de modo notable sus funciones estratégicas; se construyó el campo atrincherado de Bulú, haciéndose un eficaz empleo de la fortificación improvisada o de los campos de batalla, según procedimientos después usados en la guerra franco-prusiana de 1870 y en la ruso-turca, dando con ello pruebas nuestro General de conocer muy bien el carácter y empleo que debía darse a un factor tan importante en el desarrollo de la lucha como lo es el terreno.

Como quiera que la campaña del Rosellón apenas ha sido estudiada y difundida entre nosotros, no es extraño que su Jefe no haya alcanzado todo el relieve histórico que su personalidad y su actuación requerían, y no obstante, Ricardos demostró ser un maestro en el arte de mandar y regir ejércitos, con la pericia y reputación de aquellos famosos Capitanes españoles de los siglos XVI y XVII, siendo, igualmente, causa de no alcanzar el preeminente lugar que a su talento correspondía el hecho infortunado de su inesperada muerte en el año 1794, cuando sus servicios eran más necesarios, truncándose, con su muerte, la trayectoria de una política militar que tan beneficiosos resultados hubiera obtenido para el porvenir de España.

Pretendemos, pues, en este modesto estudio sacar del olvido aquella figura preclara, ensalzando sus méritos y los de sus soldados, al llevar a cabo una empresa militar, modelo en su preparación y desarrollo, a la usanza típicamente española, y que mereció de todos los técnicos del mundo grandes alabanzas y plácemes.

EL GENERAL RICARDOS

Su nacimiento.—Su familia.—Ingreso en el ejército.—Guerras de Italia.—Admirador de Federico el Grande.—Estudios sobre táctica.—Orán y Veracruz. Organiza la Caballería.—Vigilancia de la línea del Bidasoa.—El Rosellón.—Su muerte.—Consecuencias

Sobre el lugar de su nacimiento hubo disputas entre sus contados biógrafos. Se dijo que el vencedor del Rosellón había nacido en Cádiz. El error de haber supuesto a Ricardos natural de dicha capital originóse, sin duda, al aparecer registrado en una de las iglesias de aquella ciudad el bautizo de un niño llamado Antonio Ramón Ricardos, hijo de don Felipe Ricardos y de doña Leonor Carrillo. Posteriormente se averiguó, por la partida de defunción existente en el Ayuntamiento gaditano, que dicho niño falleció al año y medio de su nacimiento, el 16 de enero de 1734.

Hoy ya no puede dudarse de que nuestro biografiado nació en la

ciudad de Barbastro el 12 de septiembre de 1727. A continuación insertamos la copia de su fe de bautismo, cuya reproducción fotográfica poseía el señor Valdés. Dice así: "En doce de septiembre del año mil setecientos veintisiete, yo, el Dr. Juan Falceto, capellán mayor, guardando en todo la firma del Ritual Romano, bauticé un niño que nació el mismo día, hijo de D. Felipe Nicolás Ricardos, Sargento Mayor del Regimiento de Caballería de Malta, y de doña Leonor Carrillo de Albornoz, cónyuges; le pusieron nombres: Antonio, Buenaventura, Pedro de Alcántara, Benito, Ramón, José, Rafael, Mariano; fueron sus padrinos D. Diego Ricardos, tío del bautizado, y María Lucía Al mudébar."

El padre de Ricardos era, en efecto, al contraer matrimonio, Sargento Mayor del Regimiento de Caballería de Malta, y estaba de guarnición en Barbastro. Allí nació su hijo, habitando la casa situada en la calle Mayor (después, de Argensola) señalada con los números 39 y 41. En esa mansión, de aspecto señorial, con ricos artesonados en su interior, vino al mundo nuestro héroe, que tuvo tres hermanas: la mayor, llamada doña Antonia Engracia, que casó con el Marqués de Tablantes, y las otras dos, doña Antonia Clara y doña Antonia Bienvenida, profesaron en el convento de Monjas Capuchinas de la misma ciudad de Barbastro, que fundaron sus padres, y cuyo convento tuvo el apoyo y decidida protección de la familia Ricardos y Carrillo de Albornoz.

El padre de Ricardos, unos años después, marchó a Italia, en cuyas guerras intervino con mucho lucimiento, ganando el empleo de Brigadier, desempeñando luego el cargo de Gobernador de la plaza de Málaga, y después, el de Cartagena de Indias, donde murió en 1757, siendo Teniente General.

La familia, de gran abolengo aristocrático, emparentada con personalidades inglesas y españolas, se había establecido en Cádiz el año 1650.

El abuelo paterno de Ricardos fué un distinguido oficial de la Marina Real Inglesa, que casó en Cádiz en 1683 con doña Beatriz Rodríguez de Herrera. Llamábase Jacobo Richards, apellido que castellanizó, como entonces era costumbre, cambiándolo en Ricardos.

Tuvo doña Beatriz un hijo, que fué don Felipe Ricardos Rodríguez Herrera, de cuyo enlace con doña Leonor Carrillo de Albornoz, hija del famoso Capitán Duque de Montemar, nació nuestro biografiado, que había de llegar a ser no menos famoso que su abuelo materno.

La educación militar de nuestro héroe estuvo a cargo de su familiar el Duque de Montemar (1).

A los catorce años de edad ya vestía el uniforme de Capitán de Caballería del Regimiento de Malta, al que se incorporó tres años más tarde, después de una excelente preparación técnica. A pesar de tan corta edad, demostró gran valor e inteligencia en el servicio en toda

(1) Don Juan José Carrillo de Albornoz, el conquistador de Orán, Nápoles y Sicilia, vencedor de los austriacos en Bitonto, fué un jefe valeroso y entendido, a quien Felipe V, por sus distinguidos servicios, le nombró Capitán General y le dió el Ducado de Montemar, con grandeza.

la campaña de Italia, singularmente en la batalla de Plasencia y en las sangrientas jornadas que la siguieron.

Cuando, en 1748, volvió a España, después de la paz de Aquisgrán, era ya conceptuado como uno de los mejores oficiales de Caballería del ejército. Acababa de cumplir veinte años de edad.

El principal papel dado a la Caballería por Federico el Grande, maestro de todos los Generales europeos de la segunda mitad del siglo XVIII, hizo que la consagraran mucha atención en todas las naciones. Los ocios de la paz los empleó Ricardos en los estudios militares, que completaron la educación práctica que recibiera en los campos de batalla de Italia. Gran admirador de la táctica del Rey de Prusia, la estudió a fondo, logrando ser no sólo el aventajado discípulo, sino el difundidor de sus geniales ideas en nuestra Patria.

Estudiando la campaña del Rosellón se advierte el acierto con que supo emplear la Caballería, lo bien que conoció los hechos admirables de Ziethen y de los otros Generales prusianos de la misma arma, y que siempre los tuvo por modelos.

En el año 1763 pasó a Orán, que por entonces era excelente escuela de soldados. Aquella expedición a Argel se malogró por avisos que de Francia mandaron a los moros. El General O'Reilly, que mandaba la Armada, los halló aperecidos, contando con tomarlos de sorpresa, lo que fué causa del descalabro. Nada sufrió entonces la reputación de Ricardos, porque no llegó a combatir.

En 1764 ya era Teniente General y marchó a Veracruz a ordenar el sistema militar de Nueva España, muy descuidado entonces, y con gran necesidad de reformas. En América cumplió como se podía desear y según lo que de él podía esperarse. Cuatro años después se le nombró para determinar, de acuerdo con una comisión militar de Francia, la línea divisoria entre esta nación y España, en la frontera del Pirineo.

Los trabajos que emprendió para organizar, según la nueva táctica, el Arma de Caballería prueban su gran amor al servicio y el fruto que de sus estudios había sacado. Inspector del Arma desde 1773, no se contentó con ordenar todos los servicios administrativos, sino que, además, fundó el Colegio de Ocaña, centro militar del que salieron un plantel de oficiales instruidos en las más modernas teorías militares, de lo que estaba muy necesitado el ejército.

A esta sazón iba dando mucho que pensar a todos los Gobiernos europeos el camino que seguían las cosas en Francia, que era el más a propósito para alarmarlos y detenerlos en la introducción de novedades. Como Ricardos era un innovador, padeció, como era natural, las molestias de un proceso. Algo le perjudicó el disgusto de Florida-Blanca, quien, suponiéndole amigo del Conde de Aranda, le mandó a Guipúzcoa, disimulando el destierro con el encargo de vigilar la frontera del Bidasoa, pues ya en aquel tiempo (1788) se temía que los sucesos políticos de París obligaran a España a intervenir en aquellos negocios.

La actuación de Ricardos en la campaña del Rosellón la mencionaremos a continuación. Su nombramiento para ejercer el mando de aquel ejército fué debido a Godoy. No cabe negar el atisbo y la habi-

lidad política desplegados para ello. El Duque de la Alcudia no era tan ignorante y torpe como le pintaban la mayoría de sus detractores. El mismo Arteche, tan despiadado de ordinario para con Godoy, al cantar los triunfos de Ricardos, reconoce que alguna de su gloria cabe al que, comprendiéndole sin duda, lo eligió para el mando de empresa tan arriesgada e importante.

El General Ricardos falleció en Madrid, a consecuencia de una pulmonía, el día 13 de marzo de 1794. Se disponía entonces a tomar de nuevo el mando del ejército de Cataluña.

Había llegado a la Corte para solicitar insistentemente los recursos necesarios y proseguir la campaña. Le fueron negados.

En el mes de febrero de 1794, días antes de morir, decía el invicto soldado: "Auguro desastres para la futura campaña si no se mejoran las condiciones materiales y morales en que se halla el ejército..."

Y así ocurrió...

BIOGRAFIA DEL TENIENTE GENERAL DON PEDRO DE ALCANTARA TELLEZ GIRON Y PACHECO, NOVENO DUQUE DE OSUNA. Nació este ilustre aristócrata y distinguido General del Ejército español el 7 de agosto de 1755, en su palacio de Madrid. Era hijo de don Pedro Zoilo, a quien sucedió en 1787, figurando como Camarero Mayor de Carlos III y, luego, de Carlos IV. Ingresado muy joven en el servicio militar, el 14 de enero de 1789 fué nombrado Coronel director del Cuerpo de Reales Guardias Españolas. Sus brillantes cualidades personales y su elevada alcurnia llevaronle prontamente al empleo de Teniente General del Ejército, y cuando estalló la guerra con la República Francesa fué destinado al Ejército de operaciones de Cataluña, primero, y al de los Pirineos Occidentales, después, figurando, tanto en la campaña del Rosellón como en la de Navarra y Vascongadas, desempeñando los más importantes cometidos.

Por su clara inteligencia, así como por su probado valor y talento militar, todo ello unido al brillo de su prosapia, bien servida por su gallarda y aristocrática prestancia, fueron causa de que su ascendiente moral sobre cuantos le conociesen y sirvieran a sus órdenes no pudiera ser más efectivo. Tan sólo cuando la batalla de Perpignán del 17 de julio de 1793, su conducta poco clara dió pábulo a que se le acusase de haber sido él, entre los responsables del fracaso de la operación, el principal culpable. Cualquiera que fuese su responsabilidad, la crítica militar reconoce que de haber existido entre los Generales españoles una mayor armonía, nuestro Ejército hubiera podido alcanzar un señalado triunfo. El proceso de la lucha hubiera sido muy diferente.

El General Ricardos había confiado el éxito inicial de la operación a los efectos de un intenso fuego de una masa de artillería, asentada en la meseta de Mas Serre. Mas nuestros cañones no pudieron apagar el fuego de los contrarios. Ordenada, en vista de ello, la retirada de las piezas y tropas españolas establecidas en la citada meseta, los franceses intentaron impedirla, pero duramente contenidos por los nuestros, viéronse, a su vez, obligados a abandonar el campo de batalla en el mayor desorden. Era llegado el momento oportuno para que

nuestra caballería cargase a fondo sobre el enemigo; cortando su retirada. Desgraciadamente no fué así. Bastó el obstáculo de un estrecho canal para detenerla en su avance y ordenar su retroceso.

Según parece, y así lo afirma Fervel, los españoles atribuyeron la causa del hecho a la rivalidad que existía de un modo latente entre el Duque de Osuna y el General Ricardos, siendo sospecha general la de que el primero se veía preterido al no haber obtenido el mando superior del Ejército operante en aquel sector del frente de operaciones.

La suspicacia o malicia popular presumía, como de cosa asegurada, que el Duque de Osuna se hallaba poderosamente secundado en sus propósitos, cerca de la Reina, por su esposa la Duquesa, quien quería poseer en su marido un presunto favorito, deseando verle cuanto antes en un puesto más destacado, para poder secundar sus deseos. Era esta esposa del Duque de Osuna su prima doña María Josefa Alfonso Pimentel, Condesa-Duquesa de Benavente, Duquesa de Béjar, de Gandía, de Arcos y de Monteagudo, Princesa de Esquilache y de Anglona, Condesa de Mayorga, de Bañares, de Belalcázar, de Osilo y de Coguinás, Marquesa de Marchini, de Lombay, de Jabalquinto, etcétera, cuatro veces Grande de España y que, por lo tanto, aportó a la Casa de Osuna todos estos títulos y preeminencias.

Don Pedro, que se había distinguido por su actuación en esta campaña del Rosellón, muy especialmente por su brillante conducta durante la batalla de Mas-Deu, desempeñó más tarde en la defensa de Navarra un papel importante, evitando con su valor y acertadas medidas el que este antiguo reino fuese ocupado por los franceses, causandoles gran número de bajas, especialmente en el enconado combate librado el día 16 de octubre y repetido al día siguiente en el sector comprendido entre el valle del Baztán y las márgenes del Deva. En esta acción el Duque de Osuna derrotó por completo al General francés Moncey, obligándole a retirarse en dirección a Roncesvalles. Es extraño que, dada su personalidad y sus méritos, el personaje que nos ocupa no alcanzara el grado de Capitán General. No sería inverosímil contribuir a ello la mala voluntad del poderoso Príncipe de la Paz. No es presumible, por otra parte, que la dignidad y el orgullo de don Pedro Alcántara Téllez Girón se hallasen dispuestos a hacer concesiones de ninguna clase en esta materia. Frente a la buena estrella del valido, la alteza de su linaje tenía que mantenerse firme y altanera.

El noveno Duque de Osuna, que de tal modo se había distinguido como militar, lo fué también como hombre aficionado a la literatura, mereciendo ser nombrado Académico de número de la Real Academia Española de la Lengua. Murió el año 1807, sucediéndole su sexto hijo, Francisco de Borja, que se distinguió en la Guerra de la Independencia, pero que después tuvo que emigrar por sus ideas liberales. Siendo declarado traidor por José Bonaparte, vió confiscados sus Estados, recuperados luego por su primogénito, Jon Pedro de Alcántara, verdadero padre y protector de los artistas, uno de los primeros entre los grandes señores de su tiempo y que hizo célebre, en unión

de su hermano Mariano, General y Embajador en Rusia, la esplendidez y la grandeza de la Casa de Osuna.

EL TENIENTE GENERAL MARQUES DE LAS AMARILLAS.—Llamábase este ilustre aristócrata y General don Jerónimo, y era hijo de don Pedro Morejón Girón Ahumada Alarcón Fernández de Villalón y Narváez y de doña Bernarda de Moctezuma, sexta nieta del último Emperador de Méjico. Por muerte de su tía, doña María Luisa Ahumada y Vera, hija del primer Marqués de las Amarillas y viuda del Teniente General don Agustín Ahumada, recayó aquel título en su persona. Fué, por lo tanto, don Jerónimo el tercer Marqués de las Amarillas. Nació el año 1741 y murió el 17 de octubre de 1819. Ingresado en el Ejército, por su valor, acreditado en múltiples ocasiones, y por sus buenos servicios prestados, tanto en paz como en campaña, mereció ser ascendido a Teniente General, y como tal fué destinado al Ejército de Cataluña cuando la guerra de que estamos tratando. Tenía, por lo tanto, nuestro General la ya respetable edad de cincuenta y dos años.

Su noble conducta sirvió de ejemplo a su hijo, Pedro Agustín Girón, quien, nacido en Pasajes, el 2 de enero de 1778, falleció en Madrid el 17 de mayo de 1842, y que en plena juventud, apenas salido de la adolescencia, acompañó a su padre durante la campaña del Rosellón, figurando después en la Guerra de la Independencia, y habiendo alcanzado, como su progenitor, el empleo de Teniente General.

Por sus brillantes servicios fué don Jerónimo condecorado con la Gran Cruz de Carlos III, y fué tal su modestia y conciencia de la responsabilidad, que, como veremos más adelante al relatar los hechos de la campaña, no creyéndose en condiciones de poder seguir ejerciendo el mando que poseía, solicitó del General Ricardos su dimisión y destino a servicios de menor significación.

El tercer Marqués de las Amarillas murió a los setenta y ocho años, habiendo acreditado su patriotismo y su profundo amor al Ejército, dejando un recuerdo digno del prestigio y honor de su aristocrático linaje.

JOSE URRUTIA Y LAS CASAS. Capitán General del Ejército.—Nació en Zolla (Encartaciones), el 20 de noviembre de 1739. Empezó a servir como cadete en el Regimiento de Infantería de Murcia, a los dieciséis años, y ascendió a oficial en el de América, después de haber hecho sus estudios en la Academia Militar de Barcelona. De subalterno y Capitán estuvo en el Reino de Nueva España, donde asistió al reconocimiento de todos los presidios establecidos en el mismo, levantando sus planos y el mapa general del país, y realizando diversos e importantes cometidos, como el de disponer la desecación de la laguna Maquetoca, y delinear los planos de las fortificaciones de Perote.

A su regreso de Méjico permaneció seis años en el cargo de profesor de Matemáticas en el Colegio Militar de Avila, al cabo de los cuales fué destinado al sitio de Gibraltar, que abandonó, momentáneamente, para tomar parte en la expedición encargada de la reconquista de la isla de Menorca, en poder de los ingleses, distinguiéndose en las operaciones realizadas al efecto por su brillante actuación. Tan re-

levantes servicios hubieron de valerle, con toda justicia, los empleos de Coronel y Brigadier.

Terminada la paz con Inglaterra, fué nombrado Gobernador de Algeciras, y luego, Inspector y Superintendente del Canal de Castilla; siendo, a continuación, comisionado para realizar un viaje de inspección militar por el extranjero; comisión que, facilitándole el recorrido de casi todas las naciones de Europa, le proporcionó un gran conocimiento de la vida propia de cada una de ellas y de su potencialidad militar, tanto en medios materiales de guerra como en el de los distintos métodos adoptados para el desarrollo de la lucha armada. Incorporado al Servicio del Ejército ruso, tomó parte en varias expediciones, asistiendo al sitio de Okzakow, plaza que fué tomada merced a sus planes de asalto, figurando en la realización del mismo, el año 1789, a la cabeza de una columna; gallarda conducta que le mereció el ser condecorado por la Emperatriz Catalina, ofreciéndole el empleo de Mariscal de Campo, que él rechazó caballerosamente, pero que el Gobierno español le confirió en premio a sus relevantes méritos.

Al regresar a su Patria fué destinado de Gobernador General de la Plaza de Ceuta, restaurándola y dirigiendo muchas salidas contra los moros, hostilizadores frecuentemente de nuestras fuerzas armadas, y diferentes puestos de vigilancia y fortificaciones establecidas para la defensa de la misma. Ascendido a Mariscal de Campo, y comenzadas las operaciones militares en la zona de los Pirineos Orientales, fué destinado al Ejército de Cataluña, tomando parte en las desarrolladas en un principio en la comarca del Rosellón. Lleno de prestigio y conquistadas las voluntades de sus tropas a causa de su honradez intachable y de su paternal trato y solicitud para con ellas, su traslado al Ejército que operaba en Navarra causó el sentimiento general de cuantos habían servido a sus órdenes, seguros siempre del acierto y oportunidad de sus órdenes y disposiciones. Después de confirmar, una vez más, sus excelentes cualidades de mando en la actuación que siguiera en la zona occidental de los Pirineos, fué destinado de nuevo a mandar, como General en Jefe, el Ejército de Cataluña, iniciando en nuestras tropas, tan duramente batidas por los franceses, una reacción favorable que acaso hubiese llevado a la obtención de señalados triunfos y a la retirada de los revolucionarios a su país, si la paz de Basilea no hubiese dado fin a la guerra.

En premio a todos estos servicios fué ascendido a Teniente General y luego, en 1797, nombrósele Ingeniero General, y en 1799 Comandante General de Artillería; conservando estos dos importantes cargos hasta su fallecimiento, acaecido el 1 de marzo de 1803. Don José Urrutia alcanzó la máxima categoría de Capitán General, y tuvo la suerte de ser retratado por Goya, en un cuadro estimado como uno de los mejores del genial pintor aragonés. Pero si nuestro General se distinguía de tal modo por sus relevantes dotes militares, destacábase, también, por su poderosa inteligencia y extraordinaria cultura, siendo un hombre sumamente instruido en las Ciencias Exactas, en la Geografía y en la Historia. A él se deben: el Plan de Campaña contra Portugal, en 1800, y "Las reflexiones sobre la importancia del Cuerpo de Ingenieros del Ejército", publicada en 1801; reconociéndosele

como uno de los que más trabajaron en la redacción del plan de reformas militares, por virtud del cual vinieron a establecerse, en 1802, las ordenanzas por las que habían de regirse los dos Cuerpos facultativos de Artillería y de Ingenieros.

Por la fecha que hemos indicado de su fallecimiento (1 de marzo de 1803), el ilustre General que estamos biografiando, no experimentó el dolor y la vergüenza de ver invadida su Patria por la planta del enemigo. Sin duda alguna, su relieve histórico, como el del General Ricardos, hubiese sido mucho más destacado al haber contado con mayores y más poderosos medios de guerra, y al haber podido disponer de una mayor libertad de acción y de iniciativa; pero, aun así y todo, no obstante la limitación de los elementos puestos bajo su mando y la reducida esfera de acción de las empresas militares, a uno y otro Generales encomendadas, ambos dieron un alto ejemplo de su acrisolado patriotismo y absoluta capacidad militar, figurando en el cuadro de honor de nuestros más ilustres Capitanes, con todo derecho.

DON JUAN ANTONIO CURTEN MASSENET. Teniente General.—Nació este noble General del Ejército español en Tortosa, en octubre del año 1730, e ingresado desde muy joven en la carrera militar, fué ascendido a Teniente General el año 1791, habiendo hecho la campaña de Italia, durante los años 1744 al 46, tomando parte en los combates de Plasencia, Sidone y Vallety. Asistió a los sitios de Tortones, Valenza y Alejandría. Igualmente figuró en la guerra de Portugal y en la expedición contra Argel del año 1775, y, como casi todos los generales de prestigio de su época, tomó parte en el sitio y bloqueo de Gibraltar de 1782, a las órdenes de don Ventura Caro. En 1790 mandaba la plaza de Orán cuando recibió orden de evacuarla, efectuándolo así, mas no sin llevar consigo todo el material de ocupación que estaba acumulado en la misma. Ascendido a Teniente General y lleno de prestigio, fué destinado en el año 1793 al Ejército de operaciones del Rosellón, no desmereciendo en esta campaña de su legítima notoriedad, pues, realmente, su actuación no pudo ser más meritoria, dando prueba de su aptitud profesional y de su capacidad para el mando superior. Cuando el Marqués de las Amarillas solicitó ser relevado del mando de las tropas, emplazadas a la otra orilla del Tet, Curten fué encargado del mismo, no obstante la importancia del que estaba desempeñando, lo que prueba la gran confianza que inspiraba al General Ricardos y, si bien es cierto que su energía y pericia no pudieron evitar los desastres de Peyrestortes y de Vernet, concurren, no obstante, en estas acciones circunstancias especiales que atenúan, en gran parte, la responsabilidad que pudiera alcanzar al digno general que estamos biografiando. A raíz de estos sucesos, el 8 de septiembre, salió en la noche del mismo del campo de Pontellac, con una columna de 2.000 hombres, para atacar a los franceses, que ocupaban una posición peligrosa para la seguridad de nuestras tropas, logrando desalojarles de ella, y, tomando a poco el mando de un Cuerpo de Ejército de 7.000 hombres, atacó la posición del Vernet, a la izquierda de Perpignán, apoderándose de tres cañones que el enemigo tuvo que abandonar al retirarse al abrigo de las fortificaciones de esta plaza. Nombrado Capitán General de Aragón el año 1795, permaneció en

ella por breve tiempo, pues al año siguiente vino a fallecer en las cercanías de Zaragoza.

La avanzada edad que nuestro general había alcanzado y las penalidades propias de la vida activa de campaña a que estaba acostumbrado, debieron agotarle a raíz de su actuación, cuando la conquista del coll de Banyuls, tan admirablemente llevada a efecto por nuestro Ejército, obediente a las órdenes de su respetable y querido jefe; y así lo da a entender el "Diario Oficial de las Operaciones" dando cuenta del hecho: "Las grandes fatigas que pasó el General don Juan Antonio Curten en esta expedición, sin sosegar unos instantes en ocho días de continuos trabajos, trastornaron algo su salud, de modo que, en el último ataque al coll de Bañuls y la villa de este nombre, le asaltó una calentura, y, a pesar de la impresión que debía de hacer en su edad, la despreció su espíritu, esforzándose para no dejar incompleta esta acción, con la esperanza de descansar uno o dos días en Bañuls, dando este general nuevas pruebas de su bizarria, actividad y talentos militares en la buena coordinación de estos ataques y la celeridad con que los ejecutó. Pero agravándose más su mal por las nuevas incomodidades que tuvo que sufrir el día 14, llegó a rendirse y dió parte al Capitán General don Antonio Ricardos, manifestándole el estado de su salud, que le tenía en cama con calentura, y que su segundo, el Mariscal de Campo don Eugenio Navarro, se hallaba herido en un hombro de resultas del ataque último, sin poderse encargar del mando."

Este incidente representaba para el desarrollo de las operaciones militares una grave contrariedad, y así lo da expresamente a entender nuestra información oficial, que continúa diciendo: "Ricardos sintió vivamente que a lo mejor faltase la asistencia y conocimientos de un General como Curten, que conocía ya a las tropas de su mando, y éstas tenían la mayor confianza en su pericia, y no dando tiempo las críticas circunstancias en que esta parte del Ejército se hallaba a esperar la mejoría de Curten, y que convenía seguir las operaciones hasta apoderarse de San Telmo, antes que los enemigos se reforzasen, envió orden a Curten para que, cuidando lo primero de su salud, que por tantos motivos le era tan apreciable, se transfiriese a la Villa de Figueras para atender a ella, y que dejase el mando interino de aquellas tropas al Oficial que quedase más graduado, interin llegaba el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, que había nombrado para sucederle en este mando."

Don Juan Antonio Curten Massonet es un ejemplar más de esos españoles que, pertenecientes a una familia extranjera enraizada en España, dan muestras de estar dotados de las más brillantes cualidades personales y del más acendrado patriotismo. De origen walón, en el sitio de Tortone y al servicio nuestro, el año 1745, se distinguió un antecesor suyo, el Brigadier de Ingenieros don Armando de Curten y González, que había nacido en Dunquerque, el año 1695, y que entró en nuestro Ejército en calidad de Ingeniero, tomando parte en el sitio de Ceuta el año 1720, y de Gibraltar en 1726. Tomó también parte en la expedición a Orán, 1732, y dos años después en la conquista del Reino de Nápoles, siendo el Director de las fortificaciones de la ciudad de Civita-Vecchia, en 1741. Tenía, por lo tanto, el apellido Curten, no-

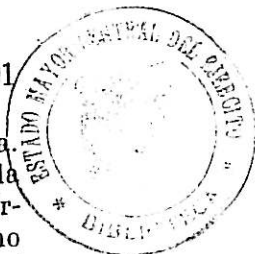
ble abolengo en la genealogía española, a semejanza del Richard inglés que ostentaba castellanizado, nuestro ilustre General en Jefe del Ejército del Rosellón, don Antonio Ricardos.

DON LUIS FERMIN DE CARVAJAL Y VARGAS, CONDE DE LA UNION. Teniente General.—Según figura en la portada de un folleto publicado en Barcelona, el año 1794, el día 14 de abril del mismo, cuando la ciudad de Barcelona recibió con afectuosas demostraciones populares al Excmo. Sr. D. Luis Fermín de Carvajal y Vargas, Conde de la Unión, este señor era Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, Comendador de Sagra y Senet en la Militar de Santiago, Administrador en la de Alcántara de la Encomienda de Esparragosa de Lares, Gentil-hombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio, Teniente General de sus Reales Ejércitos, Gobernador y Capitán General del Principado de Cataluña, Presidente de su Real Audiencia, General en Jefe del Ejército de Campaña del Rosellón, etc., etc.

El folleto de referencia reconoce que: "la prudencia, su integridad, su valor, sus conocimientos militares, su espíritu, su intrepidez, su experiencia en el arte de la guerra (todo altamente acreditado) y el concurso de bellas prendas que adornan la persona de S. E., eran otros tantos motivos en que generalmente se fundaba el acierto de la elección"; y, a ser cierto cuanto en él se manifiesta: "los que le conocían, los que le habían tratado y sido testigos oculares en el Ejército de su valor, los que habían experimentado inmediatamente la dulzura de su mando y la serenidad con que procedía siempre y animaba sus tropas, todos se hacían lenguas en su elogio". Tan bellas cualidades en el joven y afortunado General, venían nuevamente confirmadas en una nota en la que se hace constar que: "el Conde de la Unión partió de Barcelona el día 21 de abril, a las ocho de la mañana, con el mayor sentimiento de estos ciudadanos, que en pocos días habían experimentado la dulzura de su mando y el acierto de sus providencias".

Realmente su actuación, como General a las órdenes de Ricardos, no pudo ser más acertada y provechosa, mas en el desempeño de sus altas funciones como General en Jefe del Ejército de Cataluña y operaciones llevadas a cabo en la misma al ser invadida por las tropas republicanas, si bien siguió dando muestras de su valor y energía para el mando, no demostró, en cambio, poseer el talento militar suficiente para desarrollar, por sí mismo, la dirección suprema del Ejército en difíciles circunstancias. Bajo su mando las tropas españolas fueron rechazadas de la comarca del Rosellón, teniendo que repasar la frontera montañosa y replegarse al abrigo de la plaza de Figueras, y siendo objeto de lamentables reveses en las operaciones posteriormente desarrolladas. Pero su muerte heroica satisfizo la culpa que por su incapacidad para el mando supremo del Ejército pudiera corresponderle.

En el segundo ataque llevado a cabo por el General Augereau sobre nuestras líneas de Figueras, advertido el Conde de la Unión, que se hallaba en Figueras, del ataque francés, por el ruido de la batalla, acudió apresuradamente por el camino de Roure, que él juzgaba inexpugnable y que acababa de ser tomado por el enemigo ante sus pro-



pios ojos. Según Fervel, este desastre le arrebató su última esperanza. "No escuchando otra voz que la de su desesperación, puso mano a la espada y con una treintena de hombres solamente que osaron seguirle, lanzóse fuera de los débiles atrincheramientos, tras los cuales no había podido alcanzar más que un descanso de algunos minutos. Y así fué que, apenas los acababa de abandonar, cuando fueron invadidos por los granaderos franceses. En vista de ello, la escolta del General, desbandada, le empujó en la dirección de Pont-des Moulins y después desapareció en medio de una nube de polvo y de humo que le oculta a la persecución de los soldados franceses. Esta nube estaba producida por una tropa de Caballería española que se le había sublevado, esperando el paso de la escolta del General y saludándola, al aparecer ante su vista, por una descarga."

Afirma el historiador militar francés que: "sobre este punto del campo de batalla, al final de la jornada, nuestros soldados encontraron, al borde de la rampa que desciende hacia Pont-des Moulins, en los linderos de una viña en los que se ve hoy alzarse una modesta tumba, un cadáver abandonado, atravesado por dos balas en la espalda y provisto de ricas insignias. Su mano crispada oprimía todavía una sangrienta espada: era el General en Jefe del Ejército español". La descripción no puede ser más poética.

Pese a la declaración del folleto, publicado en Barcelona, afirmando que el mando del Conde de la Unión era dulce, no parece que la realidad de los hechos, o de otro modo, el puro testimonio histórico, venga en abono de la exactitud de tal declaración, confirmandose, más bien, que su severidad e inflexibilidad no podían ser más acentuadas, viniéndolo a confirmar la dureza de sus castigos, muchos de ellos verdaderamente infamantes. Fervel recoge en su trabajo histórico la insinuación de que el trágico fin del Conde de la Unión viniese determinado, más bien que por los mandatos del Destino, por el artero golpe de una cobarde venganza. "En efecto—expone textualmente—, se recordará cómo por orden de La Unión unos malaventurados soldados habían sido en otro tiempo infamantemente castigados. Se les obligó a pasear por los campamentos innoblemente montados a usanza de los criminales conducidos al suplicio, trocando sus trémulas manos las armas por las ruecas!..." Hácese referencia en este párrafo al castigo que, en efecto, impusiese el Conde a la columna que, en el combate de Montroig (21 de septiembre de 1794), se le desbordó diezmándola primero y obligándola después a desfilar ante los otros Cuerpos con el citado útil femenino. Mas, a pesar de todo, es de justicia reconocer que, no obstante la dureza de su mando y carácter, por su intachable ejemplo y su elevado espíritu de justicia, era estimado de sus soldados.

¿Eran aquellos sometidos a un castigo tan infamante los que, aprovechando acaso lo propicio de la ocasión, al ver pasar al Conde llevaran a cabo su criminal propósito de dar cumplida satisfacción a su venganza?... Las suposiciones, desprovistas de pruebas suficientes, son indignas de la Historia, declararemos con el historiador francés y según sus mismas palabras: "No las despertemos de su letargo, y, en honor de los dos países, apresurémonos a reivindicar la dignidad del

golpe inesperado que, de este modo, vino a consumir el éxito de la empresa llevada a cabo por Dugommier y hubo de costarle la vida, pues el General francés, como el español, cayó heroicamente en el campo de la lucha."

Concluiremos este bosquejo biográfico haciendo constar que don Luis Fermín de Carvajal y Vargas, Conde de la Unión, hubo de nacer en Lima, capital del Perú, el año 1752. Como Cadete de Reales Guardias Españolas ingresó en el Ejército, ascendiendo a Coronel en 1783. A Brigadier en 1789, y a Mariscal de Campo en 1791. Dos años más tarde fué nombrado Gobernador del Castillo de Figueras, pasando a formar parte del Ejército de Cataluña al declararse, en 1793, la guerra a Francia.

Si como General de División no dejó nada que desear, en cambio, como General en Jefe de las operaciones defraudó por completo las esperanzas que el Gobierno español había puesto en él al encargarle del mando supremo del Ejército del Rosellón, aunque sea necesario reconocer que, cuando el sitio de Bellegarde por los franceses, intentando su recuperación, hizo cuanto pudo por ayudar a nuestra guarnición en su heroica defensa, y que al dar cuenta al Gobierno de su pérdida, Godoy le contestó: "Tú has perdido una fortaleza, pero no la estimación pública". Esto nos recuerda aquella frase de Francisco I, dando cuenta a su madre de la derrota de Pavía: "Señora, todo se ha perdido menos el honor".

DON GREGORIO GARCIA DE LA CUESTA, Capitán General en tiempos de la Guerra de la Independencia.—Aunque la personalidad de este General corresponde casi de lleno al período de la indicada contienda, ya en la campaña del Rosellón hubo de distinguirse por su meritoria actuación, dando muestras de una capacidad profesional que, por desgracia, no pudo acreditar como General en Jefe en los últimos años de su vida militar.

Nació don Gregorio García de la Cuesta en Tudanca, provincia de Santander, el año 1740, y falleció en Palma de Mallorca el año 1812, cuando España estaba todavía en plena lucha contra Napoleón.

Enamorado de las glorias militares, y contra la voluntad de su padre, sienta plaza, el año 1758, como voluntario, en el Regimiento de Infantería de Toledo. Asiste después a la campaña de Orán, sitios de Almeida y Gibraltar. Marcha en 1781 a la isla de Santo Domingo; opera en La Habana y Perú, atraviesa con sus soldados los Andes, hasta Potosí, llega a la ciudad del Plata... Su valor y pericia militar rayan a gran altura en las duras luchas de América, resucitando los hechos de los Cortés, Pizarro y Valdivia. El año 1791 llega a España como Coronel, y al comenzar la guerra con Francia en 1793, en el Rosellón, García de la Cuesta era Brigadier, obteniendo poco después el empleo de Mariscal de Campo, al distinguirse de modo notorio en Saint-Ferreol. Al firmarse la paz de Basilea era Cuesta Teniente General y Presidente del Consejo de Castilla.

Al estallar la guerra contra Napoleón, en el año 1808, el General Cuesta desempeñaba el cargo de Capitán General de Valladolid, y al comenzar la contienda tuvo varios tropiezos con elementos de la Junta de Defensa de Madrid, que le restaron muchas simpatías. Real-

mente no debiéramos ocuparnos en este trabajo de las vicisitudes por que corriera nuestro General durante la guerra de referencia, pero como quiera que se trata de una personalidad militar del siglo XIX, ampliamente discutida por propios y extraños, que no estudiaron con calma y fijeza su actuación en las muchas campañas en que voluntariamente intervino, hemos de aprovechar la ocasión para hacer un juicio somero, pero comprensivo y sintético, de la verdadera significación y valía de la misma.

Siguiendo, pues, nuestra iniciada biografía advertiremos cómo, no obstante su enemiga con determinados elementos de la citada Junta, acudió con un ejército heterogéneo, compuesto de paisanos y militares, al inmediato pueblo de Cabezón de Pisuerga, en junio de 1808, siendo vencido por el Mariscal Bessieres. En esta memorable acción dieron pruebas de elevado heroísmo los estudiantes vallisoletanos, que fueron acuchillados por los dragones del General Lasalle, el **"Aquiles de la Caballería napoleónica"**. Con sus dispersas fuerzas acude Cuesta, el 18 de julio de aquel año, a la batalla de Ríoseco, que se perdió por el dualismo existente entre aquél y el General Blake. Sigue luchando el infatigable General en la guerra contra las huestes napoleónicas, pero la suerte adversa, hermanada con un carácter severo, inflexible y adusto, hacen del General Cuesta persona poco grata a los individuos influyentes de la Junta Central. Tiene serias discordias con el Baillo Valdés, con Castaños, con lord Wellington. Después de la batalla de Talavera entrega el mando del Ejército a Egüía, dimite todos sus cargos y se retira a Palma de Mallorca, donde fallece, dejando a la posteridad su famoso **"Memorial a Europa"**, donde justifica su conducta militar y política durante la guerra contra Napoleón.

El General Cuesta fué, indiscutiblemente, a pesar de ser atacado por el Gobierno de la nación y personajes de significación, el ídolo de los patriotas, que en el corazón castellano veían encarnado el temple activo, tenaz e indomable del alma nacional. Por lo demás, sus cualidades militares no fueron sobresalientes, ni mucho menos, porque tuvieron **muchas fallas**. Su constancia a prueba de reveses, su valor imperturbable, dan a su figura las proporciones de un verdadero héroe, digno de mejor suerte, y por ello merecen el respeto de sus contemporáneos y de la posteridad.

Los soldados le temían por su severidad. En Talavera hizo diezmar los Cuerpos de su ala izquierda por no haber sabido resistir las acometidas de la Caballería enemiga, pero le adoraban por su honradez y espíritu justiciero.

ALEJANDRO O'REILLY, Teniente General del Ejército español. Como denotaba su apellido, este General era uno de los muchos irlandeses que al servicio de España hubieron de prestarla nobles y preciados servicios de toda clase a través de los siglos. Había nacido en Dublín, el año 1725, y murió en nuestra Patria, el 23 de marzo de 1794.

Quando fué destinado al mando superior del Ejército de Cataluña y a la dirección de las operaciones llevadas a cabo por el mismo en la

comarca del Rosellón en sustitución del recientemente fallecido General en Jefe del mismo, don Antonio Ricardos, la historia militar y el prestigio del General O'Reilly estaban suficientemente acreditados, no obstante las alternativas de su gestión, que si en un principio fué afortunada, más tarde dejó mucho que desear.

Efectivamente, en los años 1762 y 1768, como Jefe de las tropas que pasaron a Cuba con el Conde de Ricla, en la primera de las fechas citadas, y en la segunda, como Jefe destinado a suceder a Ulloa, que había sido derrotado en la Luisiana, y al frente de una expedición de tropas que salieron de La Habana para remediar el daño, acreditó sus condiciones de mando, organizando, en la isla de Las Antillas, las Milicias de **pardos y morenos**, y apoderándose, en la bella comarca norteamericana que se cita, de la ciudad de Nueva Orleáns. Tan sólo hubo de recriminársele su dureza para con los vencidos.

Regresado a España, y habiendo sido ascendido a los altos puestos de la Milicia, diósele el mando de un Ejército de 22.000 hombres que había de desembarcar en la costa berberisca de Argelia, pretendiendo sorprender a los moros. Nuestras tropas realizaron efectivamente su desembarco en julio de 1709, pero advertidos aquéllos de cuanto se tramaba, aprestáronse a la defensa, logrando derrotar a los nuestros.

Dispuesto a llevar a cabo su empresa, O'Reilly ordenó desembarcar a una División entre Argel y el río Farache. Desembarcadas nuestras tropas en el punto señalado, entablóse la batalla con los berberiscos, y no habiendo podido hacer uso de la artillería a causa de las grandes dificultades de su avance, nuestro esfuerzo quedó por completo inutilizado, y O'Reilly no pudo hacer otra cosa que ordenar la retirada, habiendo experimentado sensibles pérdidas.

Este fracaso concitó, como era lógico, las censuras y el enojo contra el General irlandés, desatándose en contra suya una violenta campaña de crítica acerba y de graves acusaciones. Mas cualquiera que pudiese ser su responsabilidad, es lo cierto que no dejó de contar con el apoyo del rey Carlos III, quien, para aplacar la hostilidad de los acusadores, confirióle mandos apartados en provincias.

Como hemos apuntado anteriormente, al morir el General Ricardos, a primeros del año 1794, el General de que estamos tratando fué encargado del mando superior del Ejército del Rosellón pero apenas se había hecho cargo del mismo, cuando falleció en la citada fecha del 23 de marzo de 1794.

Expuestas en las páginas anteriores las biografías de los Generales españoles que más hubieron de distinguirse en la campaña del Rosellón, transcribimos a continuación la lista del personal destinado a los mandos superiores del Ejército, así como el de sus ayudantes, figurando también en la relación los nombres del Director y Jefes superiores del Cuerpo de Ingenieros y del personal encargado de la dirección de los distintos Servicios auxiliares.

Estos informes constan en el "Diario Oficial de las Operaciones" y hubieron de ser objeto de la publicidad general, apareciendo en la

"Gaceta Oficial de Madrid" la relación de referencia con fecha 13 del mes de mayo, en la siguiente forma:

La "Gaceta de Madrid" del día 13 de mayo de 1793 comunicaba que: Se había dado conocimiento al Ejército de los Generales destinados a él con letras de servicio, de sus Ayudantes de Campo, de los Cuerpos de Caballería e Infantería que han de componer este Ejército y aún no se hallan todos reunidos, de la división de las Brigadas y Jefes que las mandan.

Las clases de que se compone el Estado Mayor de este Ejército son las siguientes:

Comandante General en Jefe

Excmo. Sr. D. Antonio Ricardos Castrillo, Capitán General del Ejército de Cataluña.

Cuartel Maestre General

El Brigadier don Tomás Morla, Teniente Coronel del Real Cuerpo de Artillería.

Mayor General de Infantería

El Mariscal de Campo don Pedro Mendiuneta.

Mayor General de Caballería

El Mariscal de Campo don Agustín Lancaster.

Mayor General de Carabineros

El Mariscal de Campo don Tadeo Espejo.

Inspector General

El Mariscal de Campo don Juan Escofet.

Comandante General de Artillería

El Teniente General don Bernardo Tortosa.

Tenientes Generales

Don Juan Manuel de Cagigal.

El Príncipe de Monforte, Inspector de Dragones.

El Marqués de las Amarillas.

El Duque de Osuna.

Don Bernardo Tortosa.

Don Juan Curten.

Don Garcerán de Villalba.

Don Juan Escofet.

El Conde de la Unión.

Mariscales de Campo

Don Agustín Lancáster.
 El Marqués de Loreto.
 El Duque de Montellano.
 Don Pedro Mendinueta.
 Don Diego de la Peña.
 Don Juan Escofet (a Teniente General en junio del 93).
 Don José Simón de Crespo.
 El Conde de la Unión (a Teniente General en junio del 93).
 Don Rafael Adorno (murió en el ataque de Vernet).
 Don José Urrutia (pasó al Ejército de Navarra).
 El Barón de Desel.
 Don José Moncada.

Vicario General

El Capellán de honor de S. M., don Miguel Oliván.

Ayudantes de Campo del General en Jefe

- 1.—El Brigadier Conde de Möllina; Aragón.
- 2.—El Coronel don Félix Colón; Guardias Españolas.
- 3.—El Coronel don Diego Godoy; Santiago.
- 4.—El Coronel don Pablo Urbina.
- 5.—El Teniente Coronel don Manuel Moreno; Gobierno de Almagro.
- 6.—El Teniente Coronel don Francisco Dameto; Milicias.
- 7.—El Teniente Coronel don Alonso Manso; Retirado.
- 8.—Capitán don Peregrín Jacome; Málaga.
- 9.—Capitán don Diego Castrillo; Caballería Reina.
- 10.—Capitán don José Mendoza; Algarbe.
- 11.—Capitán Príncipe de Crui; Guardias Walonas.
- 12.—Capitán don Antonio de Córdoba; Guardias Españolas.
- 13.—Capitán don Alejandro O'Reilly; Saboya.
- 14.—Capitán don Juan Antonio Caballero; Milicias.
- 15.—Don Rafael Márquez; Ayuda de Cámara de S. M.

Real Cuerpo de Ingenieros

Ingeniero Director don Antonio López Sopena.
 Ingeniero en Jefe don José de Arana.
 Ingeniero en segundos don Félix Arriete (graduado de Coronel).
 Ingeniero en segundos don Francisco Fersens.
 Ingeniero en segundos don Antonio Samper.

Ordinarios

Don Tomás Busunariz.
 Don Manuel Llovet.
 Don Miguel Rengel.

Extraordinarios

Don Agustín Esparza.
 Don Vicente Ferras.
 Don Cipriano Forresurri.
 Don Miguel Taramas.

Ayudantes de Ingenieros

Don Sebastián Taramas.
 Don José Santa Cruz.
 Don José Torres y Pellicer.
 Don Blas Gil de Bernabé.
 Don José Font.

Ayudantes del Cuartel General

El Teniente Coronel de Ingenieros don Antonio Samper.
 El Capitán de Artillería don Manuel Juncal
 El Coronel de Dragones don Diego Torres.
 Don Martín de Castro; Ayudante de Caballería de la Reina.

Ayudantes del Mayor General de Infantería

El Coronel don Francisco Taranco; de Soria.
 El Teniente Coronel don José Urbina; de Guardias Españolas.
 El Sargento Mayor don José Amar; de Granada.

Ayudantes del Mayor General de Caballería

Don Andrés López; Ayudante de Algarbe.
 Don Miguel Galiano; Ayudante de Dragones de Sagunto.
 Don Juan de Poutus; Subteniente de Nápoles.

Ayudante de los Oficiales Generales

Del Teniente General don Juan Manuel Cagigal: Don Francisco Cagigal, Capitán retirado, y don Ramón Senseri, primer Teniente de Extremadura.

Del Teniente General Duque de Osuna: El Coronel don Manuel de la Peña y el Teniente don Joaquín Ibarra.

Del Teniente General don Juan Curte: Don Juan Antón Curte, Teniente Coronel agregado a Córdoba, y don Santiago Pruisense, primer Ayudante de Guardias Walonas.

Del Teniente General don Galcerán de Villalba: El Capitán don Bernardo Velasco.

Del Mariscal de Campo Marqués de Loreto: (Ignorado).

Del Duque de Montellano: El Capitán don Narciso Boer, Gobernador del Condestable de Gerona.

De don Juan Escofet: El Teniente don Ignacio Gayola; de la Compañía de Rozas.

De don José Crespo: El Capitán don José Vizcarrondo, de Valencia.

Del Conde la Unión: (Ignorado).
 De don Rafael Adorno: El Capitán don José Riquelme.
 De don José de Urrutia: (Ignorado).

Conductor General de Equipajes

El Coronel don Diego Torres.
 Su Ayudante: El Alférez don José Santa Cruz, de Ingenieros.

Aposentador

El Capitán don José de Marsal.

Ministerio de Hacienda

Intendente General, el del Ejército de Valencia, don Miguel José Asanza.
 Contador: Don José Aguado.
 Tesorero: Don Pedro José de Asanza.

Comisarios

Ordenador: Don Mariano Domínguez.
 De Guerra: Don Miguel Arnau.
 De Guerra: Don Francisco Lafita.
 De Guerra: Don Anselmo Rodríguez de Rivas.

Proveedor General de Víveres

Don Francisco Javier de Oteiza, como Comisionado de los Gremios de Madrid.

Director de Hospitales

Don Juan Cernadas.

Proto Médico

(Ignorado.)

Cirujano Mayor del Ejército

Don José Capdevila.

Ministerio de Justicia

Auditor General: El de Cataluña, don Manuel Antonio Nario.
 Preboste: Don Juan Caballero.

CAPITULO VI

El Alto Mando francés en la campaña del Rosellón

Biografías de los Generales Champron, Grandpre, Servan, De Flers, Dagobert, Puget de Barbantane, D'Aoust, Doppet y Turreau. Los comisarios del pueblo Cassanyes, Fabre, Gastón



EN el transcurso de nueve meses, 9 Generales producto de la Revolución desempeñaron el Alto Mando del Ejército francés en los Pirineos Orientales. Por trece veces este Mando hubo de ser reemplazado, y uno de los Generales que antes se cita, D'Aoust, por cuatro veces se vió precisado a desempeñarlo con carácter interino. Todos estos datos son suficientes para darse cuenta de la inestabilidad que representaba el desempeño de una función de tan capital importancia en el desarrollo de una campaña.

¡Triste condición la de los Generales franceses durante el período revolucionario! De los que acabamos de citar, De la Houlière se suicidó, De Flers y D'Aoust fueron guillotinado, Dagobert y Puget de Barbantane destituidos de su cargo, y este último, condenado a muerte, pudo salvarse de ella gracias a haberle cogido los acontecimientos del nueve Thermidor.

Presionados por el poder omnímodo de los representantes del Pueblo, su autoridad se desenvolvía dentro de los límites más estrechos y en las condiciones más precarias. Sobre ellos hallábase suspendida, a modo de espada de Damocles, la acusación de su responsabilidad como traidores o como ineptos. Rara vez merecían los honores del triunfo, aunque por ellos fuera éste alcanzado. Siempre había de recaer sobre su precaria actuación el fallo despiadado de la justicia de la Revolución, implacable y vengativa.

Y si condición tan triste y desempeño tan expuesto al fracaso eran lamentables en aquellos Generales, producto natural todos ellos del desorden y de la efervescencia de una sociedad en pleno período de descomposición, lo eran todavía mucho más en aquellos Generales que, como De Flers y D'Aoust, pagaron a tan alto precio, como era el de sus vidas, su traición a la causa que debieron defender por razón de su cuna aristocrática. La Revolución no perdonó ni aun a aquellos de estos Generales aristócratas que, por su adhesión al Movimiento, merecían, siquiera por gratitud, un trato más compasivo. Bien dice el refrán castellano que **así paga el diablo a quien bien le sirve.**

- Como acabamos de indicar, el Alto Mando del Ejército francés se vió presionado por la intervención de los Comisarios del Pueblo. En algunos, como Fabre, esta intervención adquirió todos los caracteres propios del ejercicio de un verdadero mando de General en Jefe. Es, pues, necesario dar cuenta también, aunque sea brevemente, de los rasgos personales de aquellos Comisarios enviados por la Conven-

ción, que, como Cassanyes, Gastón y el citado Fabre, desempeñaron un papel destacado y, por consiguiente, de verdadera importancia.

CHAMPRON.—No llegó a tomar el mando, pues antes de tomar posesión de él, decretó el Comité de Salud Pública fraccionar el mando de los Pirineos en dos sectores, poniendo al frente de ellos a los Generales Servan, en el Occidental, y a De Flers, en el Oriental.

GRANDPRE (**Francisco José Darut de**).—Este General francés nació el año 1726 en Valrens, falleciendo en 1793. Era, por lo tanto, un hombre de avanzada edad cuando fué destinado al mando del Ejército de los Pirineos con carácter de interinidad hasta la llegada del General Champron, nombrado, al efecto, para dicho cargo, no obstante no serlo más que de Brigada. Militar pundonoroso, llegó a la categoría de Teniente General, habiendo escrito varias Memorias y trabajos profesionales y sido el Jefe de la comisión encargada de la delimitación de fronteras entre España y Francia. En este cargo interino de General en Jefe de la zona de los Pirineos no desempeñó labor digna de mención. Creemos que este conocimiento de la frontera hispano-francesa hubo de llevarle al desempeño de dicho cargo interino, que resultó de tan breve duración.

JOSE SERVAN.—Nació en Romans el 12 de febrero de 1741, entrando en la carrera de las armas en plena juventud, siendo nombrado oficial de Ingenieros y después subgobernador de pajes de Luis XVI. Ya antes de estallar la revolución, y no obstante su clase social y los cargos que desempeñara cerca del Monarca, declaróse decidido y entusiasta partidario de las nuevas ideas y doctrinas, publicando, en 1870, un volumen en octavo, intitulado "El Soldado y Ciudadano", en el que ya se hacía expresa declaración de su modo de pensar y sentir, siendo ésta la causa por la que fué llamado a contribuir a la redacción de la "Enciclopedia", facilitándola varios artículos de carácter militar. La fama de su devoción revolucionaria y la estimación de sus cualidades personales, muchas de ellas, sin duda alguna, relevantes, llevaronle a ser nombrado, el año 1790, Coronel de uno de los Regimientos de la **Guardia asalariada** de París, toda ella formada con los guardias nacionales franceses. Ascendido en breve tiempo a Mariscal de Campo, fué encargado del importante desempeño de la cartera de Guerra; nombramiento hecho por Luis XVI cuando este noble e infortunado Monarca, bajo la presión de la Asamblea Nacional y de los partidos políticos, no podía proceder de otro modo que no fuese a su gusto e indicación. Sin consideración alguna a su Soberano, y tratando de señalarse en su fervor revolucionario, Servan quiso en seguida de haber sido nombrado Ministro forzarle, aprovechándose de su debilidad de carácter y crítica situación, a sancionar aquellos decretos que ordenaban la formación de un campamento bajo la vigilancia de París y la deportación de los sacerdotes no juramentados. Mostró tal acaloramiento y empeñado interés en la realización de este propósito que el Rey vióse precisado a revocar el nombramiento, destituyéndole del cargo de Ministro de la Guerra. Pero, como era frecuente en estos casos, la Asamblea Nacional se apresuró a desautorizar la decisión real, declarando, por decreto de 13 de ju-

nio de 1792, que Servan había merecido bien de la Patria, restituyéndole, por consiguiente, en su cargo de Ministro.

Parece ser que consternado por los trágicos y vergonzosos sucesos del 10 de agosto y los posteriores del 2 de septiembre y cuando la invasión de la Champagne por las tropas prusianas, no pudiendo hacerse solidario de tanto exceso y de tantos crímenes cometidos por los revolucionarios, decidióse a presentar su dimisión el 3 de octubre de 1792, que le fué aceptada, solicitando se le concediese un mando militar.

Atendiendo a sus deseos, Servan recibió el mando del Ejército del Mediodía, cuyo cuartel general hallábase establecido en Tolosa, pretendiendo cubrir la zona fronteriza con España. Desde el primer momento dióse cuenta de la deplorable situación en que se encontraba este Ejército, lo que le forzó a manifestar sus quejas al nuevo Ministro de la Guerra, Bouchotte, quien mal informado desde luego por las referencias inexactas que le facilitaban sus negociados, se hacía sordo a toda demanda. Los primeros éxitos de las tropas españolas forzaron a tener que adoptar una resolución inmediata, decretando al efecto el 30 de abril el Comité de Salud Pública la división del frente de los Pirineos en dos zonas, una occidental, al mando de Servan, y otra oriental, bajo el gobierno del General De Flers (1). No fué muy afortunado el personaje que nos ocupa en el desempeño de su nuevo cometido, y acusado poco tiempo después por Robespierre y por Chabot, enemigos personales suyos, hizo dimisión de su mando, siendo a continuación arrestado y luego llevado ante una comisión, que, atendiendo a sus arraigadas opiniones y manifiesta adhesión al movimiento revolucionario, le hizo gracia de la vida.

Vuelto a la libertad, después del nueve Thermidor (1794), Servan fué empleado en diferentes cargos en los departamentos meridionales, siendo nombrado, en tiempos del Consulado, presidente del Consejo de Revistas y Comandante de la Legión de Honor. Finalmente, advertiremos que Servan era hermano de José Miguel Antonio, abogado general en el Parlamento de Grenoble, quien nombrado Magistrado general muy joven, llegó a ser una de las primeras figuras de la Magistratura francesa, publicando numerosas obras jurídicas, políticas, filosóficas y literarias.

Completando los datos que hemos expuesto en esta biografía del

(1) NOTA.—En el apéndice núm. 8, figura el informe facilitado desde Toulouse por el Ayudante General Lecuée, Jefe de Estado Mayor del Ejército de los Pirineos, al Ministro de la Guerra el 14 de mayo de 1793, y en virtud de orden que le fué comunicada por el Jefe de este Ejército, que lo era el General Servan, aunque éste no hizo su presentación en Perpignan hasta el mismo día que se cita, 14 de mayo.

Igualmente se acompaña en dicho apéndice la traducción española del informe facilitado por el General Grandjean, agregado al Ejército de los Pirineos Occidentales, al General Dubois Grance, miembro del Comité de Salud Pública, al 4 de noviembre del año III, que aunque hace referencia a los Pirineos Occidentales y es, como se ve, de redacción posterior al anterior que transcribimos, ni pareciendo, por lo tanto, oportuna aquí su exposición, no obstante, creemos oportuno hacerlo por completar el concepto general que de la lucha en este frente pirenaico se tuvo siempre por el alto mando francés.

En este informe se hace al final una alusión a lo temibles que se consideraban por los franceses las reacciones violentas de las tropas españolas en retirada, a causa de sus llaves sobre la retaguardia.

General Servan de Gerbey, anotaremos cómo las fechas de su campaña de Górcega y de ascenso a Capitán fueron las de los años 1769 y 1772, habiendo sido nombrado, en 1779, Mayor de Granaderos Reales, tras el cual fué destinado, como indicamos, a la función palatina de subgobernador de pajes de Luis XVI. El campo militar que proponía establecer a la vecindad de París había de alojar a 20.000 federos, y a propósito de ello sostuvo un violentísimo altercado con Dumouriez en pleno consejo. La causa de su destino al Ministerio de la Guerra fué la subida de los Girondinos al Poder, en cuyo partido político militaba. Su abandono de esta cartera, el 12 de junio de 1792, era obligado, desde el momento que sus compañeros Roland y Clavière lo hubieron de hacer así, aunque, como sabemos, la recobró después de la jornada del 10 de agosto, acreditándose en el desempeño de su función ministerial como un hombre activo en su propósito de aprovisionar a los ejércitos y reclutar las tropas con motivo de la invasión del territorio francés por los ejércitos de las potencias centrales. Pero, a pesar de ello, Dumouriez, "su enemigo personal", le atacó sin descanso, siendo ésta una de las causas que le obligaron a presentar su dimisión el 3 de octubre. Su destitución del mando del Ejército de los Pirineos Occidentales coincidió con la caída en desgracia de sus amigos políticos, los diputados de la Gironda. Su prisión se llevó a cabo en el edificio de la Abadía, en la que quedó hasta cerca de la citada jornada del 9 thermidor. Los historiadores franceses consideran a Servan como un General mediocre, pero reconocen en él las circunstancias favorables de haber sido un militar instruido, un patriota sincero y un administrador honrado y hábil. Fué autor de los siguientes trabajos: "Constitución del Ejército francés" (año 1790); "Suplemento al arte militar de la enciclopedia" (1802); "Historia de la Guerra de los Galos y de los franceses en Italia" (1805), obra ésta notable, compuesta en compañía de Subé de la Perelle, y el tercer volumen del cuadro histórico de la "Guerra de la Revolución", publicado el año 1807.

DE FLERS (Charles).—Este general francés es la figura más noble e interesante entre los generales que figuraron al frente del Ejército de la Revolución, en la campaña desarrollada en los Pirineos Orientales durante el año 1793. Procedente, como Dagobert y D'Aoust, de una familia noble, nació en 1756, entrando muy joven, gracias a esta condición aristocrática, en la carrera militar, como Oficial de Caballería. Sus brillantes servicios y su manifiesta y reconocida simpatía por las nuevas ideas, le llevaron a ser nombrado Mariscal de Campo, en 1791, y, como tal Mariscal, fué destinado al Ejército del Norte que mandaba Dumouriez, tomando parte en la invasión de Bélgica, y luego en la de Holanda (1793); y aunque las circunstancias le forzaron a tener que capitular, en el sitio de Breda, la entrega de la plaza no se hizo sino después de una valiente defensa y no sin lograr, gracias a lo estipulado en una honrosa capitulación, la libertad de los 18.000 soldados franceses que, con firme tesón, sostuvieron el sitio. Al marchar Dumouriez a batirse en Nerwinden, quedó encargado accidentalmente del mando del Ejército del Norte, y al establecerse la división del frente de los Pirineos en dos demar-

caciones, con la consiguiente separación de las fuerzas encargadas de la defensa de la frontera, su propio prestigio le llevó a ser nombrado general en jefe del Ejército de los Pirineos Orientales, quedando el General Servan al frente del territorio y de las tropas de la Zona Occidental.

Incorporado a su destino, bien pronto dió De Flers pruebas palmarias, tanto de sus dotes de mando, como de la firmeza de su carácter, siendo a él debida la iniciación de los trabajos de establecimiento del campo atrincherado de la Unión, como elemento imprescindible para la defensa de la ciudad de Perpignán. Pero, en este nuevo mando superior, la situación del joven general francés no podía ser más delicada y peligrosa. "De Flers—expone Fervel—se encontraba en una de esas posiciones que reclaman un valor muy superior al que se impone en el desarrollo de las batallas. Tenía tras de sí una ciudad entusiasta; clubs incendiarios prestos al momentáneo desencadenamiento de todas las pasiones ante los peligros presentados. En el campo, las bandas indisciplinadas que le rodeaban, los nuevos representantes del pueblo que acababan de reemplazar a los primeros; todo, hasta su propio Estado Mayor, se manifestaba en contra suya. Finalmente, el estampido del cañón que destruía la fortaleza de Bellegarde, las repetidas señales de angustia ante la situación de las tropas en la cresta de los Alberes, venían a mezclarse día y noche a los murmullos de cobardía y de traición que incesantemente no dejaban de zumbar en torno al antiguo lugarteniente de Dumouriez. Mas él, siempre impassible y tranquilo, proseguía sin inmutarse la obra de reconstrucción del Ejército". No dejaremos de advertir que estas acusaciones o sospechas de infidelidad y de traición, hubieron de alcanzar no sólo a De Flers, sino a casi todos cuantos militares figuraron en el Estado Mayor de Dumouriez, considerándoles a todos ellos como copartícipes del mismo delito de traición a la República.

Por esta razón, cuanto pudiera hacer el general de quien estamos tratando, por muy provechoso y brillante que ello fuese, resultaba completamente estéril para poder merecer la aprobación y la confianza de los revolucionarios. Así fué en vano el que, gracias a su competencia y a su enérgico tesón, se llevasen a cabo los trabajos de establecimiento del campo atrincherado de la Unión, y se iniciara, de un modo efectivo, la reorganización del Ejército francés en los Pirineos Orientales; siendo de reconocérsele, asimismo, el que, gracias a sus disposiciones acertadas, la jornada del 17 de julio, conocida con el nombre de batalla de Perpignán, resultara favorable para las tropas de la República. La rendición de Villefranche, la de Bellegarde, e incluso su propia prestancia y condición señorial, que le llevaban a detestar profundamente toda manifestación de entusiasmo popular y toda comunicación con la plebe callejera, hubieron de atraerle el odio de los comisionados por la Convención para la vigilancia del Ejército y el de la turba revolucionaria, desde el primer momento dispuesta en contra suya. Se le acusaba de ser un hombre débil de carácter, de no poseer ascendiente alguno sobre las tropas, de estar dominado por la inercia y la pasividad. Bastó que,

con motivo de la celebración del 14 de julio, se manifestara con poco entusiasmo para que los **patriotas** empezaran a acusarle de ser un traidor a la causa. La acusación no dejó de verse acogida incluso por sus mismos compañeros del generalato, cuyos escrúpulos de conciencia no pudieron por menos de forzarles a que hiciesen depositario de sus sospechas al Poder Soberano.

Pero la actitud de De Flers no podía ser más digna, aparte de ser la única susceptible de seguirse en aquellas peligrosas circunstancias. A estas acusaciones insensatas, a estas cobardes denuncias, el sereno general no opuso, por el momento, otra actitud que la del silencio y el desdén. Mas aquella situación no podía sostenerse por mucho tiempo, y la pérdida de Villefranche dió ocasión a que los clamores populares adquirieran un carácter de tal violencia, que fué preciso imperiosamente, no sólo hablar, sino también obrar.

El desdichado general francés estimó llegado el caso de declarar cuáles eran las razones que informaban su conducta y, al efecto, convocó un consejo de guerra en Perpignán, que hubo de celebrarse el día 5 de agosto, y el cual, como podía suponerse, resultó infructuoso y nada favorable al objeto de librarle del fatal destino que le venía amenazando. El 7 de agosto, Espert, Fabre y Bonet, por propia determinación, decretaron la suspensión de funciones del general en jefe, justificando su actuación como la única que imponían las propias circunstancias, pues dicho general había perdido, según ellos, la confianza de los ciudadanos soldados que componían el Ejército. De ser así, la razón no podía ser más convincente.

Pero el juicio de un compatriota suyo, el historiador Fervel, sobre la personalidad del General De Flers, no puede ser más favorable. Según este historiador, "era él uno de esos hombres con quienes Francia ha podido contar en muchas de sus horas críticas; hombres fríamente entregados al cumplimiento de su deber, aun a riesgo de morir; hombres de carácter grave y solícito, cuya alma se sentía abrumada por el peso de la tristeza y cuyo lenguaje manifestaba su amargura; no amando la causa por la que sacrificaban su vida y su honor; nobles mártires que no ignoraban cómo el dios a quien servían era un dios despiadado, devorador de sus propios hijos; pero hombres a quienes un maravilloso instinto venía a persuadirles de la santidad de su religión, al consagrar ésta, de un modo terminante, al culto más ferviente a la Patria y a la Libertad". Al expresarse de este modo, Fervel muéstrase en la más completa conformidad con los ideales calificados de avanzados, de la época en que vivió. No podía expresarse de otra manera, lo reclamaba la intelectualidad del siglo XIX. Y por lo que hace referencia a las relaciones mantenidas por el General De Flers con Ricardos y los nuestros, como hemos de ver por el relato de los hechos, que determinaron el proceso de la campaña de que tratamos, éstas no pudieron ser más correctas. No es aventurado suponer que el general francés sentía cierta simpatía por los españoles.

De la suerte que pudo aguardarle no hay por qué hablar. Puede, desde luego, imaginarse. Denunciado a la Convención, y sometido al consiguiente proceso criminal por traición a la Patria, fué condena-

do a muerte en julio de 1794. La guillotina segó, una vez más, el cuello de uno de tantos patriotas franceses, tan dignos caballeros como competentes militares. Cúpole el triste privilegio de ofrecer a la posteridad el ejemplo, tantas veces repetido en la Historia, de los hombres a quienes la ceguedad del Destino sacrifica injusta y despiadadamente, habiendo visto su vida entregada al impulso arrollador de las circunstancias.

DAGOBERT DE FONTENILLE (Lucas-Simeón-Augusto).—Este general francés nació en la Chapelle, cerca de Saint-Ló, diócesis de Coutances, baillage del citado Saint-Ló, el 8 de marzo de 1736 y murió en Puigcerdá el 18 de abril de 1794. Por sus cualidades personales, por el carácter original de su conducta y de las empresas por él llevadas a cabo, es uno de los tipos más interesantes de la Francia revolucionaria y una de las primeras figuras de las guerras sostenidas por ella en este accidentado período de su historia. Su personalidad era conocida de un modo imperfecto entre los franceses, hasta que Fervel, en su obra tantas veces citada en este libro, vino a presentarle al conocimiento público en toda la realidad de sus meritorios servicios, y así, después de anotar cómo, "desdichadamente, vergonzosas defecciones habían hecho sospechosos a los Poderes revolucionarios a casi todos los profesionales de la Milicia (les gens de l'art)", pasa a describir su personalidad destacada cuando la condición de general del Ejército no podía ser más peligrosa y desairada. "No se les escuchaba ya, afirma Fervel, rechazando el espíritu revolucionario como lo hiciera con todos los demás, los privilegios del saber y de la experiencia. Mas hubo, no obstante, una especie de excepción en favor de un hombre de guerra." Esta excepción resultaba tanto más extraña por cuanto que, "sin embargo, este hombre era, no solamente sospechoso por su origen aristocrático como De Flers, y como éste, un patricio desdeñoso de la plebe y con un genio imperioso, sino que, además, nadie ignoraba su condición de ser un realista convencido, que apenas se tomaba en sus partes oficiales el cuidado de disimular su antipatía por la causa que estaba sirviendo.

No renegaba, por lo tanto, de su auténtico origen aristocrático, pues, en efecto, había nacido en el seno de una familia noble, entrando al servicio del Rey en 1756, como subteniente, y prestando sus servicios en el transcurso de todas las campañas de la llamada Guerra de los Siete Años, siendo herido varias veces, sobre todo en Clostercamp, en Córcega, llevando treinta y cinco años de buenos servicios cuando surgió la Revolución. Destinado por ésta al Ejército de Italia, como Mariscal de Campo en una de las primeras guerras, distinguióse por su extraordinaria bravura en el col de Bronns, en el que se apoderó del campo enemigo; en Sospello, en donde con 800 hombres tan sólo, aplastó a 2.000 austriacos; finalmente, en el col Negro, en las orillas de la Vesúbia, y en todas las brillantes operaciones que condujeron a la conquista de los Alpes marítimos y del Condado de Niza.

Tan meritorios servicios le habían hecho alcanzar el grado de General de División. Por ellos mismos fué enviado al Ejército de los Pirineos Orientales. Hubo de llegar a Perpignán un día antes de la salida

de De Flers, el 13 de mayo, y conocedor de esta parte de la frontera francoespañola, desde el primer momento, propuso el llevar a cabo un plan que, aunque osado, era el más a propósito para alcanzar un éxito provechoso: la ocupación de los Aspres. Si recordamos las especiales condiciones geográficas de esta zona montañosa, y sus características como campo de batalla, se comprenderá que la empresa propuesta por Dagobert no dejaba de estar fundamentada. Tomó parte activa en el combate de Mas-Deu, ganado por los españoles, y en la batalla de Perpignán del día 17 de junio, recibiendo, el 7 de agosto, la orden de encargarse de la defensa fronteriza en el sector comprendido desde Olette hasta el Garona y el mando de las tropas que hubieran de operar en ella.

Para garantizar la defensa de Mont-Louis, designado por los revolucionarios con el nombre de Mont-Libre, Dagobert fué encargado de apoderarse del campo español de la Perche, lo que pudo conseguir, lanzándose sobre la Cerdaña española, y apoderándose de Puigcerdá y de Belver, en el curso del Segre, y habiendo tenido noticia, más tarde, de que la posición de Mont-Libre estaba amenazada por una División española reunida en Olette, tomó consigo 1.400 hombres y gracias a una marcha rápida hacia la meseta de Llançades, cayó como una centella en la cuenca de Olette, derrotando a nuestras tropas. "Caímos sobre ellos como gavilanes", escribía en el parte dado a la Convención el representante Cassanyes, leal acompañante del general en muchas de sus expediciones. Nombrado general en jefe accidental después de las acciones de Peyrestortes y del Vernet, desgraciadas para nosotros, la enemiga que le profesaban los representantes de la Convención Fabre y Gastón, y los otros generales franceses, le dejó reducido a una especie de impotencia, y derrotado en la batalla de Trouillas, y no pudiendo imponer sus planes, dimitió del mando que se le había encomendado, yendo a reanudar su guerra feliz y favorita en plena Cerdaña.

Hay que convenir en que las operaciones llevadas a cabo por el General Dagobert en las montañas pirinaicas fueron afortunadas y valientemente dirigidas, merced a golpes de mano audaces, temerarias expediciones al corazón de los valles españoles, súbitos raids que, entusiasmando a sus soldados, causaban, entre los españoles, un verdadero asombro, a tal punto que éstos hubieron de dar el calificativo de **demonio** al bravo general francés.

Pero la situación de Dagobert, tan amado por sus soldados como odiado por sus compañeros de profesión y por los comisarios del pueblo, tenía que hacerse cada vez más crítica, y oponiéndose, desde el primer momento, a los proyectos de Fabre sobre Rosas, fué encargado de una diversión sobre Ceret que, mal combinada, le obligó a acogerse una vez más a la accidentada comarca de los Aspres. Se apoderó de Ceret, pero éste volvió a caer, prontamente, en manos nuestras.

En el consejo de guerra, celebrado en los Aspres el 12 de noviembre, se opuso tenazmente a repetir la empresa sobre Rosas, con la oposición general de todos sus compañeros, menos de su lugarteniente, el General Poinçot, compartidor no sólo de los trabajos de Dago-

bert, sino también de su desgracia. El éxito poco lisonjero de su expedición a los Aspres y la indicada oposición, que no vacilase en manifestar a los planes de Fabre y de Gaston, en el citado Consejo de Guerra, concluyeron por dar el resultado que era presumible. Ambos convencionales firmaron el 17 de noviembre un decreto suspendiendo de sus funciones al General Dagobert, y, según lo dispuesto por las mismas leyes, le conminaban a retirarse de la frontera a una distancia inferior a 20 leguas. Pero Dagobert, al verse desbordado y sin defensa, por el odio de los convencionales, algunos días antes había escrito una carta al Ministro de la Guerra, fechada en Palauda el 6 de noviembre, solicitando, en primer lugar, una licencia temporal, para librarse de las garras de sus enemigos, y, en segundo término, otro mando o destino donde pudiera verter hasta la última gota de su sangre al servicio de la República, siempre a condición de verse libre, desde luego, de Fabre y de Gaston. Mas como hemos visto, éstos no esperaron a la respuesta del Ministro y decretaron por propia cuenta la destitución de Dagobert. Tan brutal medida levantó clamores universales. La propia sociedad popular de Perpignán, bravamente, aconsejó a Dagobert no llevara a cabo su apartamiento según se le había prescrito y demandó de los representantes una declaración expresa de las razones por virtud de las cuales se había expedido dicho decreto. Gaston respondió a la Diputación: "Id a decir a los rebeldes de Perpignán que yo les enviaré 6.000 hombres para castigarles."

Pero el irascible representante popular no pudo castigar ninguna rebeldía, y Dagobert se apresuró a obedecer, no obstante el lastimoso estado de salud en que se encontraba después de su retorno de los Aspres a punto de no haberle permitido salir de su alojamiento más que una sola vez, el 12, para trasladarse trabajosamente al Consejo de Guerra de referencia. Limitóse a solicitar la autorización oportuna para trasladarse a París y someter al Comité de Salud Pública su conducta política y militar, y como no existían razones para denegar tan legítimo deseo, fué autorizado para hacerlo, realizándolo sin tardanza.

Dagobert fué precedido, a su presentación en la capital del Rosellón, por odiosas recriminaciones, llegando el estúpido encarnizamiento de sus enemigos a denunciar como crimen de aristocracia la vanidad tan natural que este guerrero, prematuramente envejecido, cubierto de heridas, experimentaba ante la consideración de sus enfermedades y de sus nobles cicatrices, adquiridas todas ellas al servicio de su Patria. Pero felizmente, llevaba consigo la adhesión pública de todos los verdaderos soldados, y estas manifestaciones de adhesión y de hondo pesar que durante tres meses no cesaron de enviar a París los Pirineos, sirvieron de escudo a esta venerable cabeza. La sinceridad de su lenguaje, su fama de bravura y patriotismo, los referidos testimonios favorables que desde el Mediodía llegaban, justificáronle plenamente ante la Convención, poco propicia a absolver a los generales. Dagobert recuperó su antiguo mando en el Ejército de los Pirineos, llevando consigo un atrevido plan de operaciones que mereció la aprobación de Carnot. Mas encontrando al incorporarse a su destino al bravo General Dugommier de General



en Jefe, limitóse a retornar a la Cerdaña en disposición de operar en ella de concierto con los propósitos de éste.

No obstante su deplorable estado de salud, todavía pudo abrillantar los últimos momentos de su vida con nuevas empresas: batiendo, en Monteilla, un Cuerpo nuestro mandado por un emigrado francés, conduciendo sus soldados al asalto de los atrincheramientos enemigos a través de la nieve, y arrojando en seguida al enemigo de muchos puestos importantes, avanzó hasta Urgel, pero teniendo que detenerse en tan victoriosa carrera al sentirse consumido por una fiebre devoradora. Trasladado en una litera, por sus soldados, consternados, a Belver, firmó en este punto su último parte de guerra, muriendo algunos días después en Puigcerdá (18 de abril de 1794). Trasladado su cadáver a Mont-Libre, fué enterrado a la sombra del árbol de la Libertad, pero más tarde, a semejanza de lo que se había realizado con los restos de Dugommier, fué llevado igualmente al cementerio de Perpignán, recibiendo sepultura al lado de éste.

Como tratadista, Dagobert dejó escrito en 1793 un trabajo titulado "Nuevo método de mandar la Infantería, combinado con arreglo a las ordenanzas griegas y romanas".

Aunque desde el punto de vista de la mentalidad no podamos considerar a Dagobert a la altura de su compañero Dugommier, o incluso del propio General De Flers, y por más que la fantasía y la pasión francesas hayan podido rodear a esta figura militar de un relieve, o de un brillo que, a nuestro juicio, no llegó a poseer, realmente es de justicia reconocer que por sus apreciables servicios militares, por su bravura y por los rasgos típicos de su personalidad, Dagobert es una personalidad digna de la estimación y alabanza de los suyos. Ya en su aspecto ofrecía una particularidad que no dejaba de influir en su prestigio. Aunque no contaba más que con cincuenta y siete años de edad, por su envejecido aspecto parecía un anciano de setenta y cinco años, razón por la cual era conocido y llamado por la gente como el **viejo general**, no pareciendo tuviese ningún empeño en deshacer este error. "Figura atrayente, original, lleno de generosidad y de candor—escribe Sainte-Beuve—, viejo oficial gentilhomme convertido en el más alegre y joven de los generales republicanos; tan sólo entregado a su bandera, a la Patria; sin miras ocultas, sin gran esperanza, no sabiendo frecuentemente a dónde iba, pero celoso, ávido, como todos los grandes corazones, de reparar los retardos de la suerte, o de señalar sus últimos días por golpes de mano valerosos y por empresas brillantes. Tan original en su persona como en su carácter, marchaba bajo el fuego con la cabeza descubierta, con sus largos cabellos blancos flotantes, dándole más bien el aspecto de un patriarca que el de un capitán. Sus soldados le adoraban, era para ellos un camarada más, un padre y un modelo; no habiendo dejado de ser objeto en el Ejército de su acostumbrada leyenda, por la cual se le consideraba como invulnerable a las balas enemigas. Hasta su nombre contribuía a hacerle popular y decíase en broma de él, "que gracias a la conocida canción llamada **del Rey Dagobert** (antigua canción burlesca) no se había visto obligado a esforzarse tanto como otros para mostrarse y ser reconocido como **un buen sans-culotte**". Esta

condición de **sans culotte** representaba la máxima investidura revolucionaria.

Se ha dicho de Dagobert, que lejos de desanimarle las dificultades, éstas no lograban otra cosa que despertar su viril alegría y su empuje, según hubo de declararlo él mismo en aquella frase que aparece estampada en uno de sus informes: "Los generales están enfermos o ausentes, los cañones no me cumplen su compromiso (faltan a su deber), mas, a pesar de todo, **ça ira!**"

Formulaba preceptos militares que electrizaban a los soldados, y han quedado como normas definitivas de moral militar. Un día, ante la precipitada retirada de unos bisoños voluntarios, batidos por la lluvia de las balas españolas, hubo de gritarles con ese hermoso gracejo tan propio de los héroes: "Hijos míos, acordaos bien que es preciso llevar el paso ordinario cuando se vuelve la espalda al enemigo y el paso de carga cuando se le presenta el pecho". Pero para nosotros los españoles, sin tratar de menoscabar en lo más mínimo el prestigio de Dagobert a tal punto ensalzado por los suyos, ni mucho menos regatear sus excelentes prendas militares, ante el testimonio y la enseñanza de los propios hechos históricos, nos consideramos en el caso de declarar que, por su modo de proceder cuando la invasión de nuestras comarcas catalanas, Dagobert mostró una crueldad merecedora del más absoluto vituperio, y una dejación completa del mando ante el salvajismo de sus soldados, quienes, por donde quiera pasasen, no dejaban otra cosa que un reguero de crímenes y desmanes de todo género. Este general francés, tipo tan característico entre los generales de la Revolución, se hizo acreedor por parte de nosotros al calificativo de "demonio", no a causa de su reconocido valor, ni de sus acertados golpes de mano, sino precisamente por su sanguinaria conducta y despiadado proceder. La conducta de Dagobert y de los suyos en sus correrías por Cataluña, no es la que corresponde al general y a las tropas de un ejército nacional y medio civilizado, sino que es la propia del capitán y de los individuos de una cuadrilla numerosa de bandidos, al margen de todo freno moral y todo honrado sentimiento. Aquello no era un Cuerpo de tropas, sino una horda salvaje. Bastaría, para confirmar esta declaración, transcribir aquí lo que el mismo Fervel expone al dar cuenta de la expedición llevada a cabo por los franceses el 15 de octubre. Los desmanes cometidos por los **patriotas** franceses ante la impasibilidad de Dagobert fueron tales, que no obstante persistir éste en su propósito de continuar el avance sobre Urgel, el honrado y sensato convencional Casanyes, que le acompañaba, decidióse a convocar un Consejo de Guerra, el cual acordó **era preciso retornar a nuestros alojamientos para restablecer la disciplina**". ¡Cómo andaría ésta para adoptar semejante determinación, tan contraria no sólo a los preceptos del arte militar, sino también al carácter activo y emprendedor de este convencional, tan bien dispuesto a seguir o aprobar las determinaciones y planes del veterano general, cuya personalidad hemos descrito!

PUGET (Hilarión-Paul-François, Bienvenu). **Marqués de Barbantane**.—El encargado por la Convención de sustituir al General De Flers en el mando superior del Ejército de los Pirineos Orientales fué

este renegado aristócrata, de cuya condición moral da irrecusable testimonio el dato de haberse hecho famosa la exaltación de sus fervores revolucionarios y las respectivas muestras por virtud de las cuales se esforzaba por **lavar su pecado original**, calificando así de tal la nobleza de su nacimiento. Puget de Barbantane era el reverso del noble general que le había precedido en el mando, es decir, del infortunado De Flers. Si éste se distinguía por su seriedad, por su firmeza, por la lealtad de su proceder y de sus ideas, Barbantane se caracterizaba por su blandura, su facultad de adaptación llevada a los límites extremos de la más entusiasta temporización.

Su historia militar era realmente brillante. Había nacido en París el año 1754, de una familia de antiguo abolengo y floreciente posición económica, recibiendo una educación esmerada, principalmente orientada hacia las ciencias militares. Antes del 89 era ya coronel del Regimiento de Aunis. Pronto ascendió a segundo coronel de Royal-Marine y ascendido, el 91, a Mariscal de Campo, diósele prontamente el mando de la Octava División Militar. Abrazó las nuevas ideas con una exaltación que vino a empañar su honor y su prestigio militares, como aconteció con motivo de un conflicto promovido el 26 de febrero de 1792, en Aix, entre una columna de federales marseleses y un regimiento suizo. Nombrado este general como parlamentario o mediador entre ambos partidos, con manifiesta parcialidad, hizo desarmar y expulsar a los suizos.

Suspendido, por este hecho, y enviado ante un Consejo de Guerra, trató de justificarse, lo que pudo lograr, siendo reintegrado a su puesto el 3 de abril y después encargado, sucesivamente, de organizar el Ejército del Var y de restablecer el orden en el Condado veneciano, del que formaba parte el marquesado de Barbantane, frontero con Avignon. Finalmente, nombrado teniente general a finales del año 92, no tardó en ser destinado, a petición suya, al Ejército de los Pirineos Orientales, al que se incorporó el 20 de mayo.

El celoso general revolucionario tuvo una brillante ocasión de poner de manifiesto su fervor republicano, y si, según consta en una carta oficial del representante Projean: "Uno de los crímenes que la multitud reprochaba con la mayor amargura al General De Flers era la desanimación con que, según se decía, había celebrado la fiesta del 14 de julio." Puget de Barbantane se apresuró a remediar el daño, quedando fijada la fecha del 10 de agosto para el acto de la toma de posesión del mando, haciéndola coincidir con el aniversario del salvaje asalto al Palacio Real y prisión de Luis XVI y su familia.

Pero Puget de Barbantane había cometido el desacierto de meterse, por su propia voluntad, en el desarrollo de una empresa difícil, que acarreó su desgracia. Aunque, durante el período de su mando, la plaza de Perpignan se vió libre de la amenaza de una caída en manos de las tropas españolas, y es de reconocer que éstas fueron rechazadas en el combate del Vernet, y seriamente atacadas en su campo de Peyrestortes, todo esto no fué suficiente a garantizar su prestigio y merecer la plena confianza de los revolucionarios, que no podían por menos de reconocerle ser la causa de estos éxitos de las tropas republicanas, atribuyéndosele a la acertada disposición de or-

ganizar un Cuerpo de Ejército en Salcés, con la misión de contener el avance del Ejército español, el que éste se viera contenido en sus progresos.

Su vacilante conducta ante la amenaza de nuestras tropas, el abandono de Perpignán en los momentos más críticos, dejándolo entregado a su propia suerte, concitaron en contra suya el anatema y el odio de los representantes de la Convención y de la masa popular republicana, quienes, bien pronto, hubieron de acusarle de cobardía y de traición, denunciándolo como sospechoso, y, como es lógico, destituyéndole de su elevado cargo y disponiendo su traslado a París, a cuya llegada fué encerrado en la prisión de San Lázaro.

Puget de Barbantane pudo sortear el riesgo de ser condenado a muerte y, desde su encierro, llegó a ver cómo perecían, víctimas de sus propios crímenes, los sanguinarios jerarcas de la época del Terror. El trece vendimiario obtuvo de Barrás el mando de la Octava División militar, pues había recobrado su libertad y salido libre del proceso a que se le sometiera. Destituído, el año 1797, de su cargo, una vez más, no obtuvo en lo sucesivo mando alguno en el Ejército de la República, retirándose a su posesión de Barbantane cuando la época del Imperio, y permaneciendo en ella hasta el advenimiento de la Restauración, que le permitió volver a París.

Pero, aunque la figura de este renegado aristócrata francés resulte poco digna y simpática, habrá de reconocerse, a su favor, que fué un republicano sincero, plenamente convencido de que la República era la forma de gobierno más propicia al logro de la felicidad del pueblo. Fiel a sus convicciones políticas, renunció a su título de Marqués, y se hacía llamar simplemente el ciudadano Puget Barbantane, dejando escritas unas Memorias, publicadas en París el año 1827, que merecen ser leídas, y que no dejan de constituir una fuente de información histórica, digna de ser tenida en cuenta.

D'AOUST.—Este joven general del Ejército francés era hijo del Marqués Juan María, que, a semejanza de otros muchos aristócratas franceses, hubo de mostrarse decidido partidario de las nuevas doctrinas, renegando de su aristocrático origen y privilegiada condición social. Convertido en uno de los más furibundos convencionales, fué uno de los muchos que votaron por la ejecución del desdichado monarca francés, considerando que su muerte se imponía, como garantía indispensable del triunfo revolucionario: "La muerte de Luis o de la República", hubo de declarar despiadadamente en aquella triste y vergonzosa sesión decretadora del trágico fin del legítimo descendiente de San Luis, del infortunado Luis XVI. El Marqués D'Aoust había nacido en Duai el año 1740, falleciendo el año 1812. También había nacido en Duai, el año 1763, su hijo Eustaquio, quien, ingresado muy joven en el Ejército, fué Ayudante de Campo de Rochambeau, alcanzando rápidos ascensos, y, consiguiendo, en plena juventud, la jerarquía de General de División en premio a sus servicios y, sobre todo, al manifiesto y encendido fervor que él sintiera por los principios de la Revolución, reflejado en una ciega fidelidad a los Poderes republicanos. Al manifestarse de este modo, y proceder de la manera señalada, Eustaquio D'Aoust, resultaba digno hijo del autor

de
nu
ap
en
pir
vió
del
que
par
hul
tan
a l
Jef
y c
jar
ral
mis
má

cul
últi
esp
tod
ca
gen
sab
can
de
de
un
sati
blic
verl
cru
D'A
la s
ca c
do
vori

vaci
perí
rio,
desj
que
mer
civi
com
que
lado



de sus días. Su juventud, su natural despejo, su citado culto hacia las nuevas doctrinas, hicieron merecerle, desde el primer momento, el apoyo y la confianza de los comisarios del pueblo, seguros de haber encontrado, en tan adicto general, un elemento dócil a todas sus inspiraciones y proyectos. Por cuatro veces el joven General D'Aoust se vió encargado, con carácter interino, eso sí, de la suprema dirección del Ejército francés de operaciones en los Pirineos Orientales, aunque, a decir verdad, no diera pruebas de una gran capacidad natural para el alto mando. La primera vez que aparece de General en Jefe, hubo de serlo a raíz de la destitución del General Barbantane, y en tanto era llegado el General Dagobert, nombrado al efecto; siendo, a la destitución de éste, por segunda vez, designado como General en Jefe hasta el arribo del General Turreau, quien habiendo solicitado y obtenido su relevo en el mando que se le confriera, hubo de dejarlo confiado a su compañero D'Aoust, en tanto no llegara el General Doppet, quien habiéndose encargado de él hubo de cesar en el mismo a causa de su dolencia, teniendo que entregárselo, una vez más, con el carácter interino de siempre. ¡Fué la última vez!

Pero si en los tres primeros cargos D'Aoust pudo sortear las dificultades de su situación, llegando a conseguir algunos éxitos, en la última etapa de su actuación no pudo impedir el triunfo de las armas españolas, las cuales se apoderaron, en diciembre del año 1793, de todas las plazas francesas de la costa, dejando a Perpignán en crítica situación. Ante hecho semejante, y como ocurría con todos los generales fracasados, D'Aoust fué llamado a París y sometido al consabido proceso como traidor, atribuyendo a deslealtad lo que, únicamente, era incapacidad militar para poder desempeñar un cargo de tanta importancia y responsabilidad, como el de General en Jefe de un ejército en campaña. El renegado Marqués Juan María, que por un momento pudo vanagloriarse de la suerte de su hijo y llenarse de satisfacción al verlo convertido en uno de los generales de la República de mayor categoría, tuvo, en cambio, que soportar el dolor de verle sometido despiadadamente a aquel mismo suplicio que él había cruelmente solicitado para el monarca francés. El General Eustaquio D'Aoust vino a ser uno más en la lista de las víctimas devoradas por la sed insaciable de venganza y de sangre de la Revolución en su época de terror. Llevóse a cabo su ejecución durante el año 1794, cuando el poder de Robespierre había alcanzado el grado máximo de su voracidad destructora.

Por lo que se ve, el viejo D'Aoust no pudo hacer nada por la salvación de su hijo, y arrastrado por las vicisitudes propias de aquel período histórico, tras ser nombrado alcalde de Quincy, el 18 brumario, sumido en el más completo ostracismo, murió mucho tiempo después de su hijo, siendo de justicia reconocérsele, en honor suyo, que su adhesión al nuevo régimen fué sincera y constante, plenamente convencido de que el régimen político, propio de los pueblos civilizados y progresivos, no era otro que el republicano; proceder completamente contrario al de tantos capitostes de la Revolución, que extraídos de las más bajas capas sociales, muchas veces, y señalados en un principio por su crueldad y salvajismo al sacrificar las

vidas de los aristócratas, más tarde no vacilaron en mostrarse decididos partidarios de la Monarquía o del Imperio, anhelantes por ostentar, en medio de una vida depravada y del desordenado disfrute de riquezas, títulos aristocráticos y condecoraciones y dignidades nada democráticas ni populares.

TURREAU.—Sucesor de Barbantane en el mando del Ejército francés que operaba en la zona de los Pirineos Orientales, llegó al Rosellón el 11 de octubre. Apenas tenía treinta y ocho años, llevando fama de ser un hombre entusiasta e inteligente, y estar dotado de un carácter resuelto y sostenido. Muy joven había entrado en el servicio militar, y trasladado a América, tomó parte en la guerra, en ella desarrollada, como oficial subalterno. Era capitán de Infantería cuando la guerra estalló en Francia, y teniendo en cuenta sus méritos y servicios hubo de ser destinado, como Ayudante general, al Ejército del Moselle, y en seguida como General de Brigada al de la Vendée, donde acabó de distinguirse, recibiendo una herida grave en uno de los combates. Pero en la situación difícil y desairada de todos los generales de la Revolución, incapaz de oponerse a los fantásticos planes del Convencional Fabre, obsesionado con la realización de su concebida expedición a Rosas, convino en llevar ésta a efecto, y bajo la responsabilidad como General en Jefe de la grave derrota sufrida por las tropas de la República en este disparatado propósito, fué destituido, siendo reemplazado por el General Doppet, que se hallaba en Tolón, quedando el General D'Aoust de General en Jefe hasta la llegada del mismo.

DOPPET.—El 28 de noviembre se presentó en el Cuartel General de Banyuls-les-Aspres. Su carrera había sido fantástica como la de otros muchos personajes de su cuerda. De médico y novelista había saltado a General, dejando en los Ejércitos de Lyon y de Tolón, donde actuó de General en Jefe, el triste recuerdo de la más absoluta incapacidad. Napoleón I, que encontré en Tolón a las órdenes de Doppet, execra su memoria en los escritos de Santa Elena, calificándole de cobarde, médico y malvado. Fervel, que recoge esta información tan poco favorable procedente del Gran Capitán del siglo XIX, la confirma, no vacilando en expresar los siguientes conceptos: "Era difícil haber hecho una elección más desdichada. A un mismo tiempo médico e insulso novelista; luego, elegido Teniente Coronel de la Legión de los Allobroges, y, bien pronto General de División, era tan sólo debido a la violencia de un jacobinismo declamador, cómo este nuevo jefe, que no hacía más de un año que era francés (pues era saboyano de origen) había podido alcanzar sucesivamente el citado mando superior de los Ejércitos de Lyon y de Tolón. Su incapacidad notoria hubo de excluirle rápidamente de estos puestos elevados, en los que sus cortas apariciones habían sido, no obstante, lo suficiente para dejar en todos los servicios huellas profundas de desorden y de confusión. Pero no se tenía en cuenta todo esto tratándose de la frontera de los Pirineos. Enviábase a ella el primer general disponible y se le dejaba sin instrucciones para el desempeño de su función; solamente había, de modo terminante, dice Doppet en sus memorias, la orden implícita de vencer bajo pena de muerte". Pero al iniciar su

gestión quiso dar buena prueba de ella dictando varias medidas administrativas que, si bien ponían de manifiesto su solicitud como médico de las miserias de los soldados de la revolución, no recibieron de su autoridad la fuerza necesaria para ser ejecutadas como era preciso.

Su impotencia resaltaba tanto más por cuanto que el Jefe de Estado Mayor General, el bravo y hábil Giacomoni, agobiado por la fatiga, acababa de ceder su plaza a un recién venido, al General de Brigada De Vergés, antiguo oficial de Artillería, de noble origen, que hasta aquel entonces no se había hecho notar por otra cosa que no fuera la exaltación, no ya calurosa, sino febril, de sus opiniones políticas, excesivamente ruidosas para ser realmente sinceras. "Vergés era el quinto, y no fué el último Jefe de Estado Mayor de aquel desdichado Ejército francés cuyos continuos cambios en un servicio en el que, por su propia condición, el espíritu de continuidad tiene tanta importancia, no dejaba de constituir una de sus mayores plagas" (Fervel).

Como veremos en el relato de esta campaña del Rosellón, si Doppet hubo de confirmar en ella sus deficientes cualidades como general, en cambio, dió buenas pruebas como hombre de honor, y hallarse dotado de buenos sentimientos. Tras el segundo combate de Villalonga, Doppet fué atacado de una fiebre subida, siendo trasladado a Perpignán. Y relevado de su cargo, el resto de su existencia no ofreció relieve alguno.

A semejanza de lo hecho al tratar de los contingentes y de los cuadros de mando del Ejército español, damos a continuación la siguiente

Relación del personal correspondiente al Estado Mayor General francés que hubo de tomar parte en la campaña del Rosellón (1793), según lo expuesto por el historiador Napoleón Fervel en su obra "Campañas de la Revolución francesa en los Pirineos Orientales".

Generales en Jefe (por orden de fechas)

Servan (reemplazado). De la Houlière (suicidado). Champron. Grandpré. De Flers (guillotinado). Puget de Barbantane (destituido y condenado a muerte, pero salvado por el indulto de 9 thermidor). D'Aoust. Dagober (destituido). D'Aoust. Turreau (reemplazado a petición suya). D'Aoust, Doppet (reemplazado por causa de enfermedad). D'Aoust (guillotinado).

Jefes del Estado Mayor General

Lacuée. Gautier-Kerveguen. D'Aoust. Giacomoni. De Vergès. Lamer.

Generales de División (por orden alfabético)

Los Generales en Jefe (excepción hecha de Champron). Delattre. Giacomoni. Gimis. Goguet. Mondredon. Schawembourg.

Generales de Brigada

D'Arbonneau. Argenvilliers. Augereau. Bellon. Bernède. Bethencourt. Boiscouteau. Cavray. Champron. Dugua. Duvignau. De Frégevillè. Gautier-Kerveguen. Gué. Labadie. Lachapelle. Lafitte. Lamartillère. Lamer. Lasalcette. Laterrade. Lemoine. Marbot. Massias. Mathias. Menu. Nucé. Pérignon. Poinçot. Ramel. Sahuguet. Sauret. Solbeaclair. Souleirac. Soulié. Voulland. Willot.

Ayudantes Generales Jefes de Brigada

Anteserre. Banel. Boissière. Chabal. Grézieux. Goui d'Arcis. Jouye. Labarrière. Lenteric. Mélinet. Quesnel. Rampon. Raymond.

Ayudantes Generales Jefes de Batallón

Baudeaîné. Bonnet. Causse. Causson. Clauzel. Clément. Jouffe. Pontis. Savaray.

Adjuntos a los Ayudantes Generales

Baudecadet. Bessièrès. Boileau. David. Dupré. Fortin. Guérin. Lacuée. Lannes. Marrast. Mayer. Robert. Saint-Laurent. Salles. Salomon.

CASSANYES.—La figura de este representante del Pueblo, o dicho con más propiedad, de la Convención, ha sido puesta de relieve por Fervel, y si la pasión no ha cegado el juicio de este historiador francés, de entre todos cuantos hubieron de desempeñar tan odioso papel en el Ejército de los Pirineos Orientales, él figura en el número de los pocos que escapan a una justa condenación, o, cuando menos, a una desfavorable censura.

La revelación de Cassanyes hubo de producirse con motivo de las pérdidas francesas experimentadas en el Rosellón durante los meses anteriores al de julio. La pérdida de Bellagarde, sobre todo, conocida directamente por él cuando precisamente el periódico oficial del 1 de julio aseguraba hallarse la plaza avituallada para tres meses, colmó su indignación, y decidido a todo, marchó al Comité de la Salud Pública, dando cuenta del hecho. Danton acogió la denuncia y dando cuenta de ella a la Convención, ésta facultó a Cassanyes para regresar inmediatamente al Rosellón provisto de facultades y medios adecuados para remediar situación tan comprometida y males tan graves y en número tan crecido.

Hay que reconocer que el nombramiento de Cassanyes hubo de decretarse en condiciones verdaderamente críticas y desfavorables para la nación francesa. A la amenaza de los Ejércitos de los Imperios Centrales y demás Estados declarados en contra de la naciente República, uníase, como circunstancia no menos grave, la explosión de la ira popular en diversas comarcas del territorio francés, en las que se mantenía vivo el culto a las viejas tradiciones, y a los altos ideales que en todo momento habían constituido la base de su manera de ser y de sentir.

Según logra ponerlo de manifiesto Fervel, la actuación de Cas-

sanyes respondió de lleno a la confianza que en él depositara la Convención. Cerca del Alto Mando, muy especialmente al lado del General Dagobert, en más de una ocasión, como hemos de verlo en el resto de la campaña, pudo templar el ánimo violento de éste, como en otras levantar el espíritu de los suyos, y según expusimos anteriormente al tratar de la condición de los representantes enviados por París a los Ejércitos de la frontera, él dejó a la posteridad el ejemplo de una nobleza de espíritu y de un sentimiento humanitario, de que no dieron grandes pruebas sus otros colegas.

Y no es porque Cassanyes no estuviese dotado de un carácter activo. En la acción de Peyrestortes, en tanto que el impulsivo Fabre no había desempeñado más que un papel secundario, Cassanyes se destacó en primera fila, y su decisión de descender a Ceret, en las jornadas del 29 y 30 de octubre, no obstante los avisos de Dagobert, pudo costarle la vida, y no fué sino a costa de la pérdida de alguno de los suyos y de arrostrar serios peligros como pudo retornar de nuevo a la montaña y salvar aquella crítica situación. Para su uso particular, y con carácter íntimo, Cassanyes dejó escritas unas Memorias que un día pudo facilitar, según sabemos, al historiador militar, que, con tanto acierto, aprovechó de ellas para escribir su notable obra tantas veces citada por nosotros.

FABRE DE L'HERAUT (Denis).—Convencional perteneciente al partido de la Montaña, de tan triste recordación, nacido en Montpellier y que, tras de intervenir con la mayor actividad y entusiasmo en la obra revolucionaria, influyendo de una manera poderosa en el desarrollo de las operaciones llevadas a cabo por el Ejército francés en la campaña del Rosellón del año 1793, pereció al frente de los suyos, en la acción del 22 de diciembre, cerca de Collioure y de Port-Vendres. Nombrado Diputado en la Convención por el voto de sus conciudadanos, fué uno de los que contribuyeron a la muerte de Luis XVI, siendo destinado como representante de la misma en el Ejército de los Pirineos Orientales, en cuyo cargo permaneció desde el 31 de mayo hasta la citada fecha de su muerte. Tanto por las circunstancias que en ésta concurrieron, como por ser el primer Convencional víctima de sus ideales revolucionarios, la Convención Nacional le concedió, el 12 de enero de 1794, los honores del Pantheon, y, cuando sobrevino el Directorio, el año 1797, le fué concedida una pensión vitalicia a su viuda. Fabre fué el primer Convencional que pereció con las armas en la mano, por la República, tratando de contener la desordenada huida de las tropas francesas, presas de pánico ante el formidable empuje de los soldados españoles, y así Robespierre pudo, días después, en nombre del Comité de la Salud Pública, pronunciar su elogio fúnebre ante la Convención, solicitando los citados honores funerarios del Pantheon para este representante fiel a la causa del pueblo, y muerto combatiendo por la Patria.

Su cadáver, encontrado entre los 150 muertos abandonados en el campo de la acción, estaba con la cabeza atravesada por una bala, y con el tronco seccionado a sablazos. A juicio del historiador francés Fervel, al caer de este modo, Fabre hubo de expiar noblemente sus faltas con una muerte gloriosa en medio de la confusión del comba-

te, y es cabalmente este historiador francés quien declara que su memoria "fué tratada por los suyos como lo fueron sus restos mortales por el enemigo", es decir, que, una vez más, es el testimonio extranjero el que rinde culto a la compasión y a la caballería española. Y algo más, apunta Fervel, que conviene tener muy en cuenta, para estimar en su verdadero valor el juicio de la posteridad, cuando es la pasión y no la justicia la que impera en las conciencias. Refiérese esta indicación a aquellos que, tan culpables como pudiera serlo el malogrado Convencional, a causa de sus bajas adulaciones, tanto habían contribuido a exaltar la cabeza volcánica del fogoso Procónsul, lanzando, sobre su inerte cadáver, la responsabilidad de los desastres franceses. "Nosotros no queremos rehabilitar los actos de esta febril Dictadura a la cual, a Dios gracias, no hemos escatimado nuestra censura", escribe textualmente el historiador francés, y añade: "Pero en presencia del vergonzoso encarnizamiento de sus póstumos acusadores, ¿no tiene la Historia el derecho de emitir algunas dudas acerca de la equidad del tanto de culpa achacado a esta memoria, tan cobardamente sobrecargada de ultrajes?" "Hay grandes culpables—se apresuraba a escribir al Comité bajo la primera impresión del desastre del 22 de diciembre, un representante que, no obstante, no había tenido nada que reprochar a su colega—, ¡no se sabe qué ha sido de Fabre! Esta fué la única calumnia que la muerte pudo desmentir."

GASTON (Roberto).—Este representante de la Convención en el Ejército de los Pirineos Orientales nació en Foix el año 1760. Juez de Paz en su Villa natal, el año 1791 fué enviado por sus conciudadanos de representante de la Asamblea Legislativa, y cuando la discusión acerca del juramento cívico, exigido a los sacerdotes el 26 de mayo de 1792, solicitó fueran puestos al margen de la Ley los que lo rehusasen. Reelegido por la Convención Nacional, fué uno de los muchos que votaron la muerte del Monarca *sans sursis*, es decir sin tregua o apelación alguna, y uno de los que solicitaron la concesión de gracia de la Asamblea, en favor de aquellos orleaneses que habían asesinado a Leonard Bourdou. Ante la circunstancia de existir otro conciudadano del mismo apellido, uno de sus colegas, con la mala intención que puede suponerse, le preguntó si era su hermano, pues de tener que contestar afirmativamente se colocaba en una situación difícil, al ser este individuo, de su mismo apellido, un jefe vendeano, notable por su actuación en contra de los ideales revolucionarios. Roberto respondió que el individuo citado llevaba, en efecto, su mismo apellido, pero sin tener con él lazo alguno de parentesco, y añadiendo que, si tuviera un hermano rebelde, semejante a Bruto, él reclamaría el honor de apuñalarlo. Su admiración y fidelidad a Robespierre y su odiosidad hacia Danton y su partido, le dictaron frases enérgicas. En un principio, cuando el asunto de los girondinos y, luego después, con ocasión del debate acusatorio de Danton, a cuya caída contribuyó encarnizadamente. Enviado como Procónsul al Ejército francés de los Pirineos, demostró en el desempeño de su cargo mucho más tesón que habilidad, siendo tantos los desafueros cometidos, que la misma Convención se vió precisada a llamarle, siendo

suspendido en su cargo. Vuelto a la Convención, a raíz de la caída de Robespierre, manifestóse, en más de una ocasión, contra los thermidorianos, viéndosele un día en actitud tan violenta como la de amenazar con su sable, en plena sesión, al amigo y vengador de Danton, llamado Legendre. Este perverso político francés de la Revolución se contentó, en los últimos años de su vida, con desempeñar obscuras y modestas funciones, y murió en el más absoluto olvido, ignorándose el lugar y la fecha de su fallecimiento.

OTROS REPRESENTANTES.—El 20 de abril, el día mismo de la derrota de las tropas francesas de guarnición en Ceret, y de la toma de este pueblo por los españoles, cuatro representantes del pueblo acudían a Perpignán. Eran éstos: Leyris, especialmente designado para los Pirineos Orientales, y otros tres con misión mucho más amplia, pues abarcaba a todos los departamentos fronterizos con España: Rouyer, Brunel y Le Tourneur. Este último era un oficial de Ingenieros justamente distinguido por su capacidad profesional y dotes de carácter, mereciendo de Carnot una sincera amistad, y figurando, más tarde, como colega suyo en el Comité de Salud Pública, y luego en el Directorio. Puede afirmarse de Le Tourneur que, por su actuación, constituyó el alma de la defensa, debiéndose a sus planes el establecimiento del campo atrincherado de la Unión para la defensa de Perpignán, que hubo de rendir todo el brillante y eficaz servicio que de él se esperaba y que, como veremos más tarde, fue ideado por el General De Flers, tan pronto se hizo cargo del mando del Ejército del Rosellón. Leyris acompañado de otros dos convencionales llamados Gastón y Fayan, el primero representante del Departamento de l'Aude, recorrieron todas las comarcas vecinas, reclutando por todas partes soldados, organizando batallones, y supliendo, por su actividad revolucionaria, aquella experiencia de que necesariamente carecían, al verse encargados de una misión tan difícil de por sí y tan nueva para ellos. Ahora bien, es de justicia reconocer que, por otra parte, fueron calurosamente secundados, pues si ciertamente la causa de la libertad era la de la Francia entera, no era sino con la vehemencia del ambiente propio del país, como se habían apasionado por ella los habitantes de aquella parte del Mediodía de Francia, al pie de los Pirineos. Pudiendo, por ello, escribir el representante Gaston a la soberana Asamblea, el 4 de mayo, noticias tan categóricas como la siguiente: "De todas partes los defensores de la Patria acuden, y se congregan a nuestra voz."

Más tarde, con Fabre, aparecen designados por la Convención como Comisarios en el Ejército de los Pirineos Orientales: Projean, Bonnet y Espert. Fabre y Bonnet se encargarían de las costas, los puertos y las fortificaciones. Los otros tres, de los campamentos y acantonamientos. Pero la labor de todos ellos no representa gran cosa al lado de la de Fabre, Gaston y Cassanyes. Nuestro General Almirante, con aquella desenvoltura que le era característica, formula, acerca de estos tipos clásicos de la Revolución Francesa, un juicio que consideramos interesante transcribir aquí: "Por más que en libros militares sea de fórmula ridiculizar a aquellos paisanos metidos

a generales, no hemos de admitir en éste—declara con toda firmeza—lo que juzgamos una vulgaridad.”

“Los había—prosigue arguyendo con desapasionado criterio—entre aquellos convencionales, quienes merecen de la Historia no sólo ridículo, sino maldición eterna sobre sus nombres; pero otros muchos quedarán como tipo legendario de la energía que en hombres valerosos infunde el noble sentimiento de la libertad, y de la independencia de la Patria.”

“Ni todos eran tampoco extraños a la ciencia de la guerra...” El nombre del ya citado Le Tourneur viene aquí impuesto por la realidad. Pero nosotros, sin tratar de contradecir al ilustre general que esto afirma, y a mayor abundamiento de lo que en otra parte de este trabajo hemos expuesto sobre la materia, no terminaremos sin transcribir, asimismo, lo que el Diario francés expone, sobre el papel desempeñado por dos de ellos: “Los representantes del pueblo Fabre y Gaston, se desviaron, frecuentemente, del objeto de su misión y, cuando por una parte trataban de remediar nuestros males escatimando los aprovechamientos, solicitando socorros y llamando a todos los ciudadanos a la defensa común, por otra, los agravaban con sus proyectos bizarros y sus medidas caprichosas. Sus intenciones no fueron, sin embargo, criminales, pero, frecuentemente engañados por la intriga, seducidos por falsos ideales de gloria, y no escuchando otra voz que la del entusiasmo de que estaban animados, cometieron grandes errores, e hicieron un funesto uso de la autoridad que se les había conferido.” Después de esto, todo otro comentario resultaría ocioso.